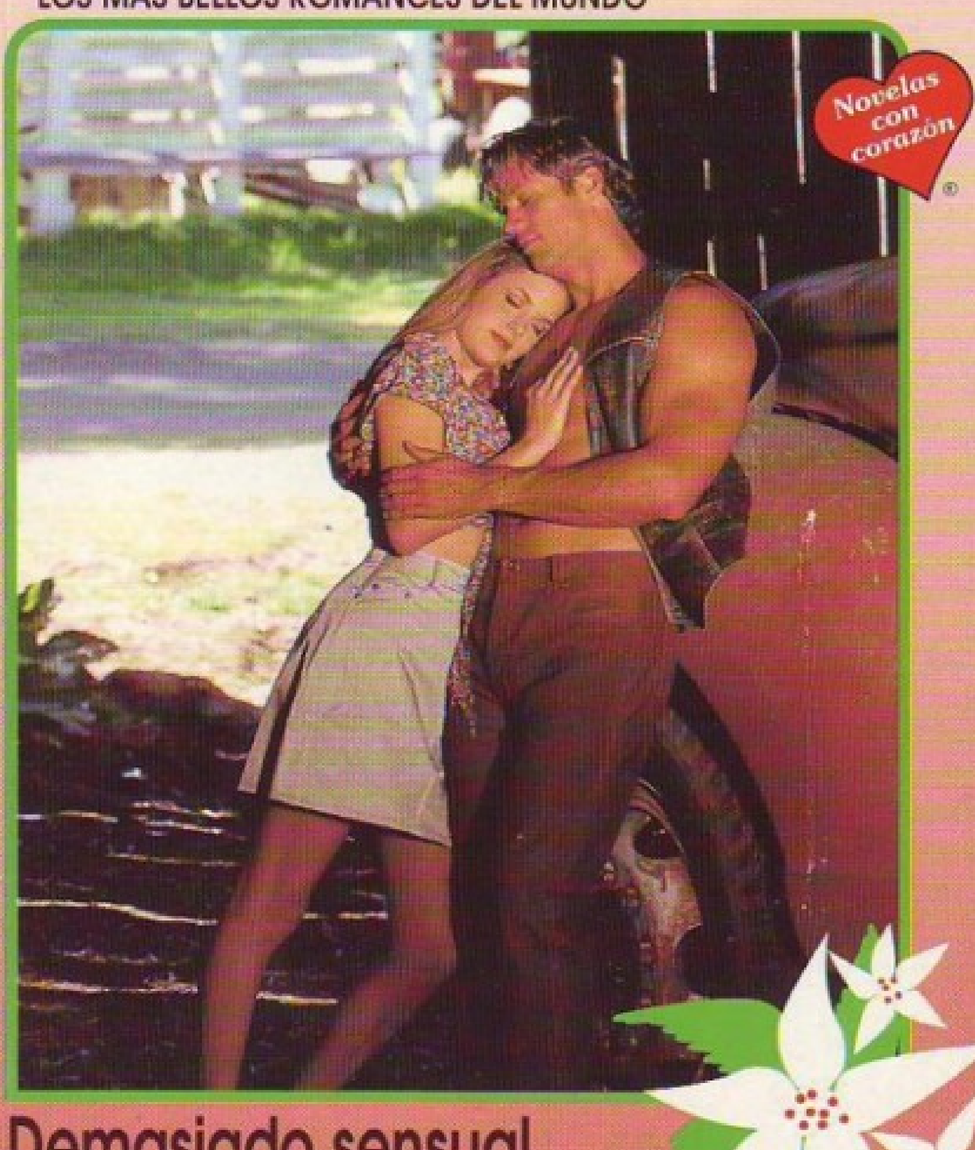
HARLEQUIN

JAZMIN

LOS MAS BELLOS ROMANCES DEL MUNDO



340 ptas. - Argentina: $2.70 - México: $9.00

Demasiado sensual

Barbara McMahon

Demasiado sensual

Barbara McMahon

Demasiado sensual (1997)
Título Original: Wanted: Wife and Mother **Editorial:** Arlequín Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 1266
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Nick Silverman y Caroline

Argumento:

Nick Silverman necesitaba una madre para su sobrina huérfana y Caroline necesitaba dinero para pagar las facturas del hospital de su abuela.

Ciertamente, no ibaa a ser un matrimonio basado en el amor, pero iba a tener que funcionar. Lo peor era que, aunque Carolinehabía nacido en Texas y sabía bastante acerca del ganado, sabía muy poco acerca de los ganaderos atractivos... así que, iba a tener que aprender unas cuantas cosas si quería sobrevivir al lado de un hombre tan sensual como Nick y, además, deprisa...

Prólogo

Silver Creek Station, N. T

Septiembre 18

Querida Señorita Evans:

El abogado de mi tía, indudablemente, la habrá informado de la razón de esta carta. Me ha asegurado que la mejor solución al problema al que nos enfrentamos, podría ser que nos casáramos. No tengo mucho conocimiento de los términos del testamento de mi tía abuela Edith, pero su abogado me ha dejado muy claro que sus condiciones son completamente legales. El hecho de que, para poder disfrutar de su herencia, tengamos que estar casados por lo menos un año, es, por lo menos, chocante. Sabiendo mi tía abuela lo que yo pienso del matrimonio, me sorprende aún más esa cláusula de que lo que la pueda sorprender a usted. Su abogado me ha sugerido que, si decidimos aceptar sus condiciones, nos tomemos ese matrimonio estrictamente corno un trato comercial y nos recomienda que demos los pasos necesarios para dejar zanjado el asunto cuanto antes.

Ya sé que ha hablado de la situación con usted. La escribo con la esperanza de que haya usted aceptado la sugerencia y, por si ése es el caso, para asegurarme de que el abogado de mi tía se lo haya dejado muy claro. He de decirle que Silver Creek Station está en la Australia profunda. Aquí nos dedicamos sobre todo a la cría de ganado y la población más cercana está a una hora de camino en coche. Mi tía mencionó a su gran amiga, su abuela, en sus cartas en muchas ocasiones. Nos dijo que los ranchos en la zona árida de Texas se parecen mucho a las estancias de por aquí, así que se podrá usted hacer a la idea de lo que es esto.

Mi hermano y su esposa murieron hace seis meses y yo me he quedado al cuidado de su hija, Amanda, desde entonces. Todavía no tiene ni dos años y ahora sus abuelos están pidiendo su custodia. Yo quiero que la niña crezca aquí y voy a hacer lo que sea para asegurarme de que tiene un hogar feliz. Aunque el pensamiento de heredar la mitad de la fortuna de Tía Edith es muy atractivo, lo que es más importante para mí es que quiero una esposa y una madre para Amanda.

El amor no es necesario en un arreglo comercial como éste, pero insisto en que Amanda sea querida. Está muy necesitada de una

influencia femenina. A cambio de su lealtad hacia mi familia, yo le proporcionaré un hogar para toda la vida.

Si está interesada es este acuerdo, por favor, escríbame y hágamelo saber. Como ya se habrá dado cuenta, el tiempo es precioso. Si su respuesta es afirmativa, yo me ocuparé de los preparativos necesarios.

Sinceramente suyo:

Nicholas Silverman

Capítulo 1

CAROLINE Evans pensó aterrorizada que no estaba preparada cuando salió mareada del pequeño bimotor y se encontró de golpe con el calor de Australia.

Echó un vistazo a su alrededor y vio la tierra vacía que rodeaba al pequeño aeropuerto. Más allá se veía el pequeño pueblo. Se humedeció los labios mientras el corazón le latía fuertemente. ¿Qué estaba haciendo ella allí, en Boolong Creek, en el Territorio del Norte? ¿Estaba loca? Todavía no era demasiado tarde para pensárselo mejor, ¿verdad?

Se apartó el cabello color miel del acalorado rostro y, entonces, se sorprendió al ver que los dedos le temblaban.

Pensó que no tenía otra posibilidad que seguir con eso. Nada había cambiado.

Bueno, aquello era un negocio, puro y simple. Y ella necesitaba el dinero desesperadamente para su abuela.

Se dirigió hacia el pequeño y solitario edificio del aeropuerto en busca de algo de sombra y allí pasó al lado de un hombre que estaba indolentemente apoyado contra la pared en sombra sin dedicarle ni una mirada. ¿Cuándo la recogerían?

¿Cuánto tiempo más iba a tener que controlar su nerviosismo?

—¿Caroline Evans? —preguntó una voz firme desde detrás.

Se dio la vuelta. Era la del hombre alto y fuerte que estaba apoyado contra la pared y la estudiaba por debajo del ancha ala de su sombrero. Fascinada por la visión que tenía delante, lo recorrió con la mirada. Tenía unos brazos bronceados y musculosos cruzados sobre el pecho. Caderas estrechas y una piernas poderosas envueltas en unos vaqueros gastados. Una de ellas estaba doblada y apoyada en la pared. Llevaba unas botas polvorientas y, cuando ella levantó la mirada, se encontró con la suya y casi le fallaron las piernas.

—Sí —respondió—. Yo soy Caroline Evans.

—Yo soy Nick Silverman —dijo el hombre—. No estaba seguro de que fuera a venir.

Los ojos azules de Caroline se encontraron con los grises claros de él. La piel de ese hombre parecía tan bronceada como la madera de teca y hacía un fuerte contraste con sus ojos claros y cabello

oscuro, pero ella encontró fascinante esa combinación.

Su voz era profunda y sonaba maravillosamente con su acento australiano.

Caroline se preguntó de repente si se había perdido algo. Agitó la cabeza para aclararse los pensamientos, para ver si se había confundido en algo. ¿Ese era Nick Silverman? ¿Ese tipo que parecía tan seguro de sí mismo que tenía delante, irradiando fuerza y sexualidad? Alto, dominante, decidido, no se parecía en nada al hombre que se había imaginado. Su tía abuela no se había equivocado en lo de su buen aspecto, pensó.

—Dije que vendría —respondió ella, tratando de pensar razonablemente.

Él le ofreció la mano y Caroline dudó sólo un momento antes de aceptarla. Era dura y callosa, cálida y firme. Ante ese contacto, la recorrió como un relámpago y el corazón se le aceleró. Retrocedió nerviosamente y casi tiró de la mano.

Deseó apartarse de ese magnetismo de sus ojos, de la atracción que había experimentado de repente. Incluso con Stuart nunca había sido tan consciente de sí misma como mujer, de la masculinidad de un hombre. No podía casarse con él, ¡la tendría dominada en menos de una hora!

Nick Silverman la superaba bastante en altura, y eso que ella era alta, pero debía medir más de metro noventa. La anchura de sus hombros tampoco hacía mucho por disimular su estatura. Llevaba el sombrero bajado sobre el rostro para protegerse del sol, pero esos ojos la estudiaban atentamente de una manera que el calor que ella sentía en su interior aumentó. Era un calor extrañamente intoxicante que la hizo alegrarse mucho de ser mujer.

Entonces, se sorprendió al ver una cierta confusión en su mirada.

—No eres lo que me había esperado —dijo él, recorriéndola con la mirada.

Luego, sin mostrar lo que estaba pensando, se separó de la pared y empezó a andar hacia la avioneta. Lo hacía de una forma arrogante, como si fuera el dueño de todo aquello.

—Recogeremos tu equipaje y luego comeremos algo. Nos queda una hora de camino hasta la casa —dijo él mientras caminaba.

Caroline lo siguió sólo entonces; se había quedado como

pasmada y deseó llevar puestas unas gafas de sol, no sólo por el sol en sí, sino para tener algo de protección contra esa penetrante mirada.

—¿Qué habías esperado? —le preguntó entonces.

¿Se sentiría decepcionado? ¿Querría anular el acuerdo? ¿Estaba cambiando de opinión o seguía interesado en seguir con el plan? Entonces, volvieron sus propias dudas. ¿Estaban locos por querer realizar un matrimonio de conveniencia en esta época? Sorprendentemente, se dio cuenta de que no quería que él hubiera cambiado de opinión.

Nick se encogió de hombros y, cuando llegaron a la avioneta, sacó su equipaje.

—Para empezar, no me esperaba que fueras tan bonita —dijo frunciendo el ceño.

Eso la pilló por sorpresa, pero él no pareció darse cuenta de que se había quedado tan muda como una adolescente tímida en su primera cita.

Luego llegaron a lo que debía de ser su furgoneta, bastante sucia y vieja. ¿Había sido eso un cumplido? A él no parecía gustarle el hecho de que fuera bonita.

Entonces, notó que ella dudaba y le señaló el vehículo.

—Es imposible mantener nada limpio cuando el viento trae polvo. Yo uso esto en la estancia y por el campo, así que tiene un aspecto lamentable, pero el interior está limpio.

Ella asintió, esperó a que él pusiera atrás las maletas y se preguntó si no se estaría preguntando el porqué había mandado a buscar al otro lado del mundo a una mujer que ni siquiera conocía. Pensó que ese hombre no debía tener ninguna dificultad en encontrar una esposa, más bien, debía tenerla en mantener apartadas a las mujeres.

Deseó fervientemente que no hubiera cambiado de opinión, y esa herencia compartida no tenía nada que ver ahora.

Cuando entró en la furgoneta, se alegró de llevar pantalones, ya que el asiento de vinilo quemaba bastante. Una vez dentro, él la miró detenidamente y Caroline le devolvió la mirada, deseando que no se le notara lo que se le había acelerado el corazón ni el calor que sentía en su interior.

—En el pueblo hay un sitio donde dan almuerzos; allí podemos

comer y hablar antes de ir a la estancia.

—Me parece bien, Nick.

Esas palabras le salieron como si estuviera tan tranquila, y se alegró. Tal vez él no se diera cuenta de lo alterada que se sentía, de lo repentinamente insegura de sí misma y con la situación que estaba.

Él sonrió de medio lado y arrancó. Se había dado cuenta.

Caroline estaba de lo más interesada en todo lo que veía. El pueblo consistía en la calle principal, pavimentada, pero con tanto polvo encima que parecía una pista.

Algunas tiendas se alineaban en ella, aunque había poca gente por las aceras. Un almacén de dos plantas dominaba toda una manzana. Vio algunas casas en las calles laterales, cuyos jardines ofrecían algo de color. Evidentemente, Boolong Creek era un sitio bastante pequeño.

Y no veía agua por ninguna parte. ¿Dónde estaba el arroyo que indicaba el nombre del pueblo?

Nick se detuvo delante de un pequeño lugar llamado Mattie's. Cuando entró, Caroline se dio cuenta de que debía ser un sitio popular. El pub estaba casi lleno, sólo quedaban vacías dos mesas. Nick la condujo hacia la más apartada y, según pasaba, saludó a algunas personas, pero no la presentó a nadie.

Cuando estuvieron sentados, una camarera les tomó nota y charló amigablemente con Nick. Él siguió sin presentarla y la idea de que había cambiado de opinión con respecto a ella se vio, fortalecida. Si nadie la conocía a ella ni la razón por la que había ido allí, menos cotilleos habría cuando se marchara. Se preguntó qué le habría él contado a toda esa gente. ¿Sabría alguien que había encontrado en Estados Unidos una novia desconocida?

Lo miró y se preguntó si él siempre estaría tan seguro de sí mismo y de los demás. Si ése era el caso, ¿cómo podría haber estado de acuerdo en un matrimonio de conveniencia como ése? No tenía el aspecto de un hombre que hiciera otra cosa más que lo que quisiera.

La camarera volvió rápidamente con su pedido. Los dos permanecían en un silencio incómodo, pero Caroline decidió que no iba a ser ella la que lo rompiera.

Cuando ya habían satisfecho un poco el apetito, Nick le dijo:

—¿Qué tal el viaje?

—Bien, gracias. Gracias también por enviarme el billete.

Él asintió y la miró fijamente.

—La situación es incómoda, ¿verdad?

Ella se ruborizó, pero no pretendió hacer como si lo hubiera malinterpretado.

—Sí... no estoy segura...

Él la interrumpió entonces.

—Yo tampoco, ahora que ya está aquí la realidad. Yo creía que los americanos eran gente independiente. Y aún así, aquí estás tú, dispuesta a casarte con un hombre al que acabas de conocer.

Caroline se lo pensó un momento y, entonces, decidió contestarle sinceramente.

—Necesito el dinero que voy a conseguir casándome contigo. Y el pensamiento de ser la madre de una niña pequeña que necesita una es muy atrayente. Me imagino que tiene que haber cosas peores.

—Ah, ¿así que estoy un poco por encima de un destino peor que la muerte?

—Yo... um... quiero ser necesitada.

Caroline no había querido insultarlo.

—Y Amanda y yo te necesitamos —dijo él como si comprendiera—. Así que, no es solamente por el dinero, ¿no?

El escepticismo se notó claramente en la voz de Nick.

—No, aunque con toda sinceridad, la idea de rechazar semejante suma haría que cualquier se lo pensara dos veces. El dinero es esencial para mí, para conseguir la asistencia médica que necesita mi abuela. Creo que ya te escribí contándote que está muy enferma.

—Eso explica la razón de la urgencia en conseguir el dinero. ¿Qué piensa ella de que hayas venido aquí?

—Se sintió muy excitada. Ella y tu tía abuela fueron muy amigas durante tanto tiempo que le parece hasta como si te conociera a ti. Y le gustó la idea de que yo hiciera de madre de la niña. Tengo que mandarle unas fotos.

La verdad era que ya estaba echando de menos a su abuela. Había sido la única estabilidad que había tenido en toda su vida de nómada.

—Creo que debería asegurarme de que comprendes la situación

—dijo él sin dejar de mirarla—. Mi abuelo vive conmigo en la hacienda. Cuando murieron Alex y Tessa, la pequeña Amanda se vino a vivir con nosotros. Sus otros parientes, los padres de Tessa, están ahora tratando de conseguir la custodia. Alex me nombró a mí su tutor y yo quiero criar a su hija. Pero ella necesita una madre. El juzgado quiere para ella un hogar estable y, si yo no se lo puedo proporcionar, le darán la custodia a los padres de Tessa.

Ella asintió. Nick también quería casarse por algo más que por sólo el dinero. El futuro de una niña estaba en juego. Eso hacía que la idea de un matrimonio entre ellos pareciera menos fría, menos mercenaria.

—Pero yo no estoy buscando una solución a corto plazo —continuó él—. Si lo que estás pensando es en casarte, conseguir el dinero y luego irte, olvídalo. Quiero a alguien que esté con Amanda por lo menos hasta que haya crecido. Busco permanencia.

Caroline asintió. La verdad era que no había pensado mucho en eso de casarse.

Estaba muy claro que él quería el bienestar de la niña y ella no estaba dispuesta a darle a Amanda la clase de existencia que ella había tenido en su infancia.

—No he venido aquí a pasar sólo unos días, casarme y marcharme. He hecho que todas mis pertenencias me las manden aquí. Mis maletas son sólo una parte. No estoy de paso.

Había arriesgado su futuro por el bienestar de su abuela.

Nick la miró por un momento.

—Yo nunca pensé en casarme después de que mi hermano Alex lo hiciera con Tessa. Pensé que ellos eran la generación futura de la familia y tendrían muchos hijos. Pero se mataron en un accidente de carretera y todo cambió. Amanda necesita una mujer, una madre. Y, por ella, yo se la daré.

—Y por el dinero.

—Por supuesto; es demasiado para rechazarlo —respondió él sarcásticamente.

Caroline asintió. Eso lo había sabido antes de llegar. No el que su abuelo viviera con ellos, pero sí el resto.

—Haré lo que pueda para ser una buena madre.

—Tienes que saber desde ya que yo no creo en el amor. Es una fantasía para chicas soñadoras y poetas insípidos, así que no cuentes

con ello. No me parecería justo casarme con alguien a quien yo le importara más que lo que me importara ella a mí; alguien que se imagine que está enamorada de mí. O que se espere veladas románticas. Lo nuestro no será más que un acuerdo estrictamente comercial.

Ella volvió a asentir.

—¿Sabes qué motivos podría tener tu tía abuela para hacer semejante testamento?

—Tía Edith siempre fue una celestina. Incluso viviendo en Texas, tú siempre estuviste muy recomendada por ella —respondió él, sonriendo—. Tengo entendido que te gusta la vida tranquila, que sabes algo de ganado, ya que has trabajado como contable para una asociación de ganaderos. Que no te van las extravagancias salvajes y que eres buena cocinera y ama de casa.

Entonces, se detuvo y frunció el ceño cuando vio la expresión de Caroline.

—Mira, todo esto no fui yo el que pedí que me lo contaran. Tal vez quieras contarme tus mejores cualidades antes de que sigamos adelante —continuó. —

Vamos a dejar clara una cosa. Nosotros no nos casaríamos si no fuera por ese testamento, ¿no? Este trato nos proporcionará a los dos lo que queremos. A ti el dinero para ayudar a tu abuela y a mí una madre para Amanda. Siempre que tengamos eso presente, lo llevaremos bien y esto funcionará.

—A mí me parece como si tú quisieras algo más que este acuerdo funcione cuando me hablas de permanencia.

Él se inclinó entonces sobre la mesa y la agarró de la muñeca.

—Mi familia no es famosa por sus matrimonios duraderos. Mi abuela murió joven, mi madre abandonó a mi padre cuando Alex era sólo un recién nacido y Tessa lo había dejado a él justo antes de que se mataran. Yo pretendo romper esa tradición.

Pretendo que este matrimonio dure hasta que uno de los dos muera de viejo, ¿queda claro?

—Completamente.

Un destello de temor la invadió. ¿Y si resultaba ella tan inestable con las relaciones como lo había sido su madre?

—No te daré motivo para terminar con el matrimonio, pero ¿puedes decir tú lo mismo? —dijo más valientemente de lo que se

sentía.

Él la soltó y, lentamente, empezó a pasarle los dedos por las finas venas que se veían a través de la pálida piel.

—Yo tampoco te daré ninguna causa de ruptura.

Entonces, Caroline se miró la mano y se estremeció levemente por la respuesta que le producía ese contacto. Iba a ser la esposa de ese hombre y no iba a tener que preocuparse porque él se enamorara. Ese pensamiento no le pareció tan desagradable como podía haberse imaginado. Pero entonces algo le pasó rápidamente por la cabeza. ¿Tendría que preocuparse porque ella se enamorara de él?

—He venido desde Texas y supongo que ése es un compromiso tan bueno como cualquier otro en un acuerdo de negocios —dijo ella.

Quería hacerle ver que ella también estaba por la continuidad en aquello.

—Muy bien. Ya he hecho los preparativos necesarios para la boda. Podemos casarnos esta misma tarde.

Caroline se preguntó si siempre iba a tener esa sensación en el estómago. Había vuelto a marearse con las palabras de Nick. Cierto que había acordado casarse con él, así que no había ninguna razón para retrasarlo, pero había pensado que, por lo menos, tendría algunos días de margen para conocerlo mejor. Pero, ¿qué conseguiría con ello? La verdad era que no se quería casar, pero la oportunidad de poder ayudar a su abuela era demasiado buena como para dejarla pasar. Aún así, no se había esperado que sucediera nada más bajarse del avión. ¡El le estaba hablando de casarse dentro de pocos minutos! Era demasiado pronto.

—¿Algún problema? —le preguntó él, dándose cuenta de sus dudas.

Caroline agitó la cabeza, tomó una patata frita y la mojó en el catchup, esperando parecer tranquila y llena de confianza.

—Ninguno. Sólo me ha sorprendido que quieras casarte hoy mismo. ¿Has recibido ya todos los papeles que te mandé?

Él asintió.

—Hay un largo camino hasta la estancia. La verdad es que, entre unas cosas y otras, me ha llevado casi todo el día de hoy y no quiero volver al pueblo por una temporada —le explicó él sin dejar

de mirarla.

Caroline deseó que no la mirara así. Se sentía expuesta, vulnerable. Y no le gustaba su propia reacción cada vez que lo hacía.

—Es una buena razón práctica para casarnos hoy mismo —dijo.

De alguna manera, se había esperado algo más formal que la ropa de trabajo de él los vaqueros y blusa arrugada que llevaba ella. Pensó entonces en el vestido blanco que llevaba en la maleta. ¿Debía mencionárselo? Seguramente no. Él pensaría que estaba tratando de hacer más romántica la situación y ya sabía lo que pensaba de ello.

—En casa hay un coche para ti. Así no te sentirás atada allí, Caroline, si es eso lo que te está preocupando. Pero yo no tengo tiempo de andar yendo y viniendo ni aquí ni a Sydney o a Darwin en busca de vida nocturna. Yo soy el que lleva la estancia y no puedo estar mucho tiempo fuera.

—Yo no esperaba llevar una vida nocturna. He puesto toda la carne en el asador con este trato y no tienes que preocuparte por eso. En tus cartas dejaste muy claro lo que me esperaba. Y, de todas formas, no suelo ir a discotecas.

Las únicas veces que había frecuentado la vida nocturna había sido con Stuart y ahora, relacionaba esa clase de vida con los hombres como él, unos hombres a los que quería evitar.

—Seguramente no aguantas aquí. Tessa no paraba de decirle a Alex que quería irse a vivir a Sydney, no dejaba de quejarse de que esto está en el fin del mundo y es lo más aburrido del mismo.

—No tienes que preocuparte por eso.

¿Es qué se estaba quejando de Tessa con ella?

—No, pero Tessa venía de Sydney y pensaba que la excitación de la gran ciudad era infinitamente preferible a la rutina de una finca de ganado en lo más profundo del país. ¿Alguna otra pregunta antes de que nos vayamos?

Nick ya había terminado de comer y ya había tomado su sombrero.

Caroline tenía miles de preguntas que hacerle, pero ninguna de ellas era urgente.

—Ninguna. Estoy lista.

Una hora más tarde, Carolina estaba sentada al lado de su nuevo

marido en la furgoneta que la llevaba a la estancia. La ceremonia había sido de lo más breve y concisa. Se miró la alianza que llevaba en el dedo, sorprendida todavía de que él la hubiera comprado y, más por el hecho de que le estuviera bien. El hecho de que la ceremonia no se pareciera en nada a la lujosa que había planeado con Stuart no significaba que los votos que había hecho de ser una buena esposa no fueran sinceros.

Además, con el dinero que iba a conseguir con esa boda, podía tener la casi completa seguridad de que su abuela se iba a recuperar totalmente y la hacía feliz saber que, con eso, le iba a devolver lo mucho que la anciana había hecho por ella.

Capítulo 2

CAROLINE casi podía tocar la tensión que había entre ellos, que casi echaba chispas. Nunca antes había sido tan físicamente consciente de otra persona.

Apartó la mirada y la dirigió al exterior, luchando contra la locura que la invadía. Iba a hacer todo lo que estuviera en su mano para cumplir con ese acuerdo y entender que la fantasía no entraba en él.

Recordó que, cuando el sacerdote los había declarado marido y mujer y le había dicho a Nick que la besara, los grises ojos de él se encontraron con los suyos y ardieron. Ella casi había estallado en llamas ante ese leve contacto y fue como si la recorriera una corriente eléctrica. No se había esperado algo así. ¿Qué le hubiera pasado si él la hubiera besado de verdad, como si fueran amantes? Trató de apartar los pensamientos de semejantes especulaciones. No parecía que eso fuera a suceder a corto plazo, si es que pasaba alguna vez. Que era lo que ella se había esperado. Y así era como lo quería, ¿no?

—¿Es esto muy distinto a Texas?

Carolina se sorprendió al oír su voz de repente y lo miró:

—¿Perdón?

—Te he preguntado si esto es muy distinto a Texas —dijo él lentamente, como si le estuviera hablando a alguien que no comprendiera el idioma.

Lentamente ella se fue dando cuenta del paisaje, de los verdes arbustos, de las acacias que surgían aquí y allá. La hierba estaba seca y polvorienta.

Sonrió y le contestó:

—Casi me siento en casa. El oeste de Texas es así de desolado. No conozco los árboles, pero esos arbustos son similares a los de por allí, y la hierba seca es igual en todo el mundo. Creo que no echaré de menos mi país. Yo no estaré deseando irme a vivir a la ciudad, te lo aseguro.

Eso era lo que él le estaba preguntando en realidad, ¿no?

—Eso es el límite de la hacienda Silver Creek —dijo él, cuando pasaron por un portón que dividía una cerca de alambre que debía

tener interminables kilómetros de larga.

—¿Cómo es de grande? —preguntó ella educadamente.

La tierra era exactamente igual que la que rodeaba al pueblo, pero a lo lejos se veían una colinas bajas. ¿Cómo podía decir alguien dónde terminaba una propiedad y empezaba otra?

—Tenemos cien mil kilómetros cuadrados —dijo él como si nada.

Ella lo miró anonadada.

—¿Cien mil kilómetros cuadrados? Cielo Santo, ¡es enorme!

Entonces trató de traducir a acres esa cantidad para compararla con los ranchos que conocía en Texas. Era mareante.

—Esto es demasiado seco como para soportar la misma cantidad de ganado por kilómetro cuadrado que Nueva Gales del Sur, así que necesitamos mucho más terreno para tener un rebaño razonable.

—¿Es todo tan seco como esto?

—En la estación seca, sí. Tenemos pozos bien situados por toda la propiedad para proporcionarnos agua durante esa temporada. En la estación húmeda llueve y tenemos bebederos para retener el agua todo lo posible.

—¿Cuántos hombres trabajan en el rancho? Quiero decir, en la estancia.

—En la casa principal estamos mi abuelo y yo, además de una docena de peones. Cuatro de ellos tienen familia, así que tenemos otras dos casas más pequeñas para ellos. Mi abuelo no hace demasiado, pero trata de mandar a todo el mundo.

Hace un par de años que me pasó a mí el cuidado cotidiano de la estancia. Dijo que quería retirarse pronto —dijo Nick, agitando la cabeza—. La verdad era que sólo quería una excusa para ocuparse más de sus máquinas y olvidarse del ganado.

—¿Y tus padres?

Nick la miró inexpresivamente.

—No he visto a mi madre desde que se marchó hará unos treinta años. Mi padre vive en Sydney, se dedica a los barcos.

—¿Voy a tener que cocinar para todo el mundo? —preguntó ella, cambiando rápidamente de conversación al darse cuenta de la intensidad que había por debajo de la respuesta de Nick.

—No, sólo los de la familia comemos juntos. Los solteros se hacen ellos la comida en su barracón.

—¿Quién ha estado cuidando de Amanda desde la muerte de sus padres?

—Mi abuelo y una de las mujeres, Maggie Taylor. Pero Amanda ya anda y es un verdadero problema para ella, que tiene su propia familia que cuidar. ¿Y tú? ¿Sabes mucho de niños?

Ella agitó la cabeza.

—No, pero puedo aprender. Y me he traído algunos libros.

¡Realmente podría ella arreglárselas con una niña de dieciocho meses? Nunca había tratado con niños, a pesar de que siempre había querido ser madre, darle a algún niño una infancia más feliz que la que ella había tenido.

Nick maldijo en voz baja y le dedicó toda su atención a la carretera.

—Yo creía que las mujeres lo sabían todo acerca de ser madres.

—No sin tener hijos. Y yo no he tenido muchas oportunídades para eso. No te preocupes. Aprendo rápido.

—Será mejor que sea así. Esa es la razón principal por la que me he casado contigo.

—Yo creía que era por el dinero de tu tía.

—El dinero vendrá bien, aunque la estancia se mantiene muy bien. Mi razón principal es Amanda.

—Y ésa es también una de mis razones.

—Pensé que necesitabas el dinero.

—Y lo necesito, pero mi abuela no vivirá siempre, aunque pueda sobrevivir a su enfermedad. Mientras que tú y yo seguiremos casados para siempre, incluso cuando pase la inmediata necesidad de dinero. No tienes que preocuparte, seré una buena madre para Amanda.

Al final iba a resultar que la pequeña Amanda iba a ser la única cosa buena que saliera de ese matrimonio y Carolina no haría nada que pudiera estropear eso.

Necesitaba que algo bueno saliera de todo aquello.

Cuando llegaron a la vista de la casa, ella la estudió ávidamente.

—Es más grande de lo que me esperaba. ¿Sólo vivís en ella los tres?

—Es una casa antigua, construida para una familia grande. La hizo mi bisabuelo, aunque nunca ha habido niños en ella, salvo mi abuelo. Él tuvo un hijo y mi padre dos. Estamos acostumbrados al

espacio. Incluso hay algunas habitaciones sin amueblar.

La casa era de dos pisos, con una ancha marquesina delante, cuya valla había sido blanca en su momento y ahora era color polvo. Unos cuantos gomeros daban algo de sombra a la fachada y la protegían del viento mientras su hojas verde plateadas susurraban con la brisa vespertina.

—¿Hay otros edificios?

Detrás de la casa principal había otros que hacían parecer aquello un pueblo pequeño, además de un gran establo cercano.

—Algunas de esas casas son para los peones. Está también el establo de los caballos, los del ganado, y uno para las herramientas y maquinaria. Ya sabes cómo es esto.

—He trabajado para una asociación de ganaderos, pero vivía en la ciudad. Está en medio de una zona de ganado, pero yo nunca he vivido en un rancho.

Cuando se detuvo delante de la casa, Nick la miró.

—Bienvenida a Silver Creek Station, señora Silverman. Esperemos que esto funcione.

¡Señora Silverman! Ella sonrió y apartó la mirada. La sonrisa se esfumó cuando vio su nuevo hogar. Incluso la poderosa atracción que sentía ante la proximidad de Nick se esfumó ante la magnitud de lo que acababa de hacer se le hizo presente por fin. No había vacilado después de la decisión que tomó allá en Texas. Había sopesado sus opciones, tenido en cuenta todas las facetas, el testamento de Edith había sido de lo más inesperado, pero sí muy claro. La mitad de su considerable patrimonio era para Caroline en el supuesto de que se casara con su nieto. Y ella necesitaba ese dinero tan desesperadamente por su abuela que se había comprometido y había quemado sus naves. Ahora era cosa suya hacer que aquello funcionara. Como Nick, esperaba que lo hiciera por los dos.

—Vamos, estarán dentro —dijo él amablemente, como si sospechara sus vacilaciones.

Su comprensión era inesperada. Pero bienvenida.

Nick la hizo entrar a la cocina y Caroline se vio agradablemente sorprendida al ver que todo estaba de lo más limpio. de alguna manera, se había esperado que una casa de hombres solteros debía estar hecha un asco.

Todo estaba limpio y ordenado, pero tan desnudo como el día en que fue construida la casa. No había taburetes, ni cortinas, nada que rompiera la sensación de sequedad del lugar.

—Ya era hora de que volvieras. ¿Es que ha llegado tarde el avión de Ben? —

preguntó un hombre grande de unos sesenta y tantos años cuando entró en la cocina.

Cuando vio a Caroline frunció el ceño, la recorrió con la mirada, pensativamente. En brazos llevaba una niña.

La mirada de Caroline se vio atraída inmediatamente por Amanda y le dolió el corazón. No era la niña perfecta de foto que se había esperado. La pequeña llevaba el cabello castaño tan corto como el de un niño. Llevaba sólo una camiseta gastada y los pañales. Tenía las piernas muy morenas y sucias, y miró a Caroline con unos ojos grandes y castaños. Se agarraba al anciano como a un salvavidas.

El anciano agitó la cabeza y la recorrió con la mirada antes de dirigirse a Nick.

—Eres un idiota, chico. Ésta no se quedará nunca; es demasiado femenina y frívola para esta clase de sitio. Se marchará antes de un mes. De todas maneras, no sé por qué has querido a una maldita yanky. Todo esto no es más que una completa tontería, si quieres saber mi opinión.

—Abuelo —dijo Nick con una voz que era una advertencia.

Caroline se movió instintivamente hacia su reciente marido. Su fuerza era casi palpable, la clase de fuerza en la que ella se podía apoyar.

—Ya hemos hablado de esto antes. ¡Caroline es ahora mi esposa y será mejor que lo recuerdes!

—Se habrá ido antes de un mes —gruñó el anciano.

Era tan alto como su nieto, pero más pesado. Mostraba algo de la fortaleza de carácter que Nick había demostrado y parecía un hombre formidable.

—No se va a ir a ninguna parte —dijo Nick firmemente y con la mirada tranquila cuando se cruzó con la de su abuelo.

—¡Maldita sea! —exclamó el viejo.

Luego dudó por un momento manteniéndole la mirada a Nick y luego se volvió a Caroline.

—Bienvenida a Silver Creek Station, señora Silverman —dijo ofreciéndole la mano y sujetando a la niña con el otro brazo—. Yo soy George Silverman, el abuelo de Nick. Tú también me puedes llamar abuelo, si quieres. Por lo menos, lo puedes hacer mientras sigas aquí.

—Ahora ella es parte de la familia, así que, por supuesto, te llamará abuelo —

dijo Nick.

Caroline los miró y se dio cuenta de que ahora sabía cómo sería Nick cuando fuera viejo. Alto, orgulloso, todavía con músculos firmes. George Silverman era un hombre duro. Tenía que serlo para sobrevivir en la ruda Australia profunda. Pero parecía justo. Esperó que no la condenara sólo por su apariencia.

—Y, supongo que ésta es Amanda —dijo Caroline, sonriéndole a la niña.

—No podría haber dos bebés, ésta sola es suficiente para todos nosotros. Dile buenos días a la bonita señorita, querida —le dijo George a Amanda y su expresión se suavizó inmediatamente.

Estaba muy claro que quería mucho a su biznieta.

—¿Me deja que la tenga en brazos? —preguntó Caroline, extendiendo los brazos.

Amanda se echó sobre ella con una expresión solemne.

—¡No! —exclamó Nick.

Pero ya era demasiado tarde, la pequeña se abrazó a Caroline con brazos y piernas, manchándole toda la ropa.

Caroline miró a Nick. ¿Debía ir más despacio al tratar de conocer a la niña?

—Te ha ensuciado toda la ropa.

—Se puede lavar. Es adorable.

Abrazó fuertemente a la niña y, entonces, le sucedió algo completamente inesperado: se enamoró. Miró a la pequeña a la cara y sonrió. Todas sus dudas y confusiones desaparecieron inmediatamente. Había hecho bien yendo a Australia y casándose con Nick Silverman. Ella podía ser una buena madre para esa niña. Miró a su reciente marido con ojos entornados y se preguntó si alguna vez podría ser también una buena esposa.

Nick la estaba mirando y la tensión volvió a crecer de nuevo entre ellos.

Finalmente fue Nick el que rompió el contacto visual y fue a por su equipaje. Ella casi respiró aliviada. Sería mejor que aprendiera a controlar sus reacciones hacia él, si no, no sobreviviría a aquello.

—Ven arriba, te enseñaré dónde vas a dormir —le dijo Nick, cuando volvió un momento después—. Abuelo, ¿sigues pensando hacer tú la cena esta noche?

—Claro, como siempre. Dale a Caroline un día o dos para acostumbrarse. Tú sabes cocinar, ¿verdad?

Caroline asintió y se volvió para seguir a Nick. Estaba empezando a sentirse sobrepasada. Se había esperado tener que tratar sólo con Nick y la niña, no con un anciano gruñón que, evidentemente, no la quería allí.

Entraron en la habitación y ella la recorrió con la mirada; estaba tan desnuda y sobria como la celda de una monja. La cama tenía sábanas y mantas, pero no colcha.

Tampoco había cortinas en las ventanas, sólo unas persianas. En una de las paredes había un armario solitario. Aquello era todo.

Ni siquiera una mesilla de noche con su luz para leer...

—La habitación de Amanda es la de al lado y la del abuelo la otra. La mía está al otro lado del salón. El baño es la segunda puerta a la izquierda.

—Está bien —dijo ella, tratando de parecer alegre.

Él miró a su alrededor como si viera la habitación por primera vez.

—Puede que quieras arreglar esto un poco.

Caroline asintió. No quería ofenderlo, pero pensaba que había que arreglarlo mucho.

Nick dudó, como si fuera a decir algo más, pero luego se encogió de hombros y se dirigió a la puerta.

—La cena es a las seis y media. A partir de mañana, tú te ocuparás de las comidas.

Caroline se quedó donde estaba, oyendo cómo se alejaban los pasos de él por las escaleras. Luego, el silencio. La niña la miraba, hasta ese momento no había dicho ni una palabra.

—¿Quieres mirar mientras deshago las maletas? —le preguntó y se vio recompensada cuando Amanda la sonrió y asintió.

Después de organizar su ropa y de pasar por el cuarto de baño con la niña y lavarla, Caroline estaba agotada. No había encontrado

mucha ropa para la niña, así que le había puesto una camiseta limpia y la había cambiado de pañales. Por lo menos, ahora Amanda parecía limpia. Fatigada por el viaje, la diferencia horaria y las tensiones del día, acostó a Amanda con ella en la cama, pensando que era mejor que descansara unos minutos y luego exploraría la casa. Cerró los ojos, arrullada por el ruido de las hojas de los árboles que se oía a través de la ventana abierta y sentía el soplo cálido y aromático de la brisa contra la piel. Era algo de lo más pacífico y relajante.

—¿Caroline?

Una mano encallecida le apartó un mechón de cabello del rostro y se quedó allí por un leve momento. Ella se estremeció ante ese contacto.

—¿Mmmm?

Mantuvo los ojos cerrados, semidormida, deseando disfrutar de esa sensación inesperada, temiendo que desapareciera si se despertaba por completo.

—Caroline, despierta. Es la hora de la cena.

La voz de Nick se coló hasta su cerebro como un vino bueno. Volvió a rozarle de nuevo la mejilla con la mano.

Caroline abrió los ojos lentamente. Él estaba muy cerca y la observaba con sus ojos plateados mientras se despertaba. Movió la cabeza tratando de atrapar esa mano que la acariciaba contra su hombro. Nunca antes se había sentido así. Por supuesto, tampoco nunca antes había sido despertada en su habitación por un hombre tan viril.

Aquello le parecía intensamente íntimo.

—Despierta —dijo él de nuevo—. Ya es hora de cenar. Hace un rato que vine a por Amanda. El abuelo lo tiene todo listo.

Ella asintió y se sentó lentamente en la cama. Nick retrocedió un poco, la tomó de las manos y la ayudó a levantarse de la cama.

Parecía enorme así de cerca y Caroline fue muy consciente entonces de que estaba descalza.

—Ahora mismo bajo —dijo.

Pero la proximidad y el contacto de Nick la había dejado como atontada. Su tremenda masculinidad llenaba por completo sus sentidos. Podía sentir la fuerza de sus callosas manos. Temiendo a dónde la podían llevar esos pensamientos, tiró de las manos y se

soltó.

—Ahora mismo bajo —repitió.

¿Qué tenía ese hombre que la hacía sentirse tan póderosamente atraída hacia él?

Retrocedió un poco. El no esperaba algo así de ella. Aquello era sólo un trato comercial.

El rostro de él se endureció levemente y la sonrisa se esfumó, luego se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

—Te esperaremos.

Cuando Caroline entró en la cocina minutos más tarde, George y Amanda estaban sentados a un lado de la mesa y Nick al otro. Cuando la vio se levantó y le apartó la silla que estaba a su lado.

Durante la cena, los dos hombre estuvieron hablando de lo que había sucedido durante la jornada en la estancia y ella se dio cuenta de que no le sonaba raro nada de todo eso.

—¿Has deshecho ya las maletas? —le preguntó Nick, cambiando de repente de conversación.

Caroline asintió.

—¿Has encontrado todo lo que necesitas?

—Sí. Salvo ropa para Amanda.

Nick miró a la niña y luego de nuevo a ella.

—Lleva una camiseta limpia, así que tienes que haberla encontrado.

—¿Dónde está el resto de su ropa? Sólo he visto camisetas en los cajones.

—La ropa que le dejó Tessa ya no le vale. Así que sólo tiene camisetas. De todas formas, aquí hace calor.

—Tal vez pueda comprarle algunas cosas en el almacén del pueblo —murmuró Caroline.

No quería insultar a su marido, pero una niña necesitaba más cosas que sólo camisetas.

—Tal vez vosotros dos habríais tenido que esperar un poco más a casaros —dijo George—. No lleva aquí ni cinco horas y ya está hablando de volver al pueblo. Te di;o, Nick, que no va a durar mucho. El testamento de Edith fue una tontería tremenda y el que tú quisieras se—uirlo fue más tonto aún. Pero, cuando una chica bonita como ésta aparece en escena, eso hace que tu plan sea simplemente imposible.

Creía que ya te habías aprendido la lección. No se va a quedar mucho tiempo.

Caroline no pudo ignorar esos comentarios. ¿Cómo se atrevía ese hombre a hablarle a Nick como si ella no estuviera presente?

—Creía que habías dicho que este acuerdo durará hasta que uno de los dos muera —le dijo a Nick orgullosmente.

—Lo hice. Estamos casados ahora y así seguiremos.

Estaba claro que la ira que se reflejaba en su voz iba dirigida a su abuelo.

—Eres un tonto —murmuró George.

La ira de Nick salió a la superficie y se enfrentó al anciano.

—A estas alturas ya no necesito ningún consejo, abuelo. Caroline y yo hemos hecho un trato y espero que los dos lo cumplamos.

El parecido entre esos dos hombres duros fue más evidente que nunca cuando la ira de George salió también a relucir.

—Bueno, tal vez debieras escuchar a un hombre más sabio que tú. Tu madre apenas duró cinco años. Tessa se quedó menos de dos. ¿Qué te crees que va a hacer esta jovencita? Sólo se ha casado contigo por el dinero. Cuando lo tenga, no habrá nada que la retenga aquí.

—Los dos sabemos lo que estamos haciendo. Caroline ha comprendido dónde se estaba metiendo. Un matrimonio de conveniencia es como un trato de negocios y, tal vez sea lo mejor para la clase de vida que tenemos aquí —respondió Nick.

Caroline pudo sentir las oleadas de su ira, aunque se daba cuenta del fuerte control de Nick sobre sus emociones. Tenía razón, no había nada de amor entre ellos; era simplemente un matrimonio de conveniencia. Por un momento se preguntó lo que sería ser amada por Nick. Estaba muy claro que era un hombre de emociones fuertes. ¿Y si amaba con la misma fuerza? Parpadeó. Ella no creía en el amor. No de un hombre. Estaba demasiado escarmentada como para volver a ofrecer su corazón.

No se volvería a abrir a semejante dolor, ni iba a dedicar toda su vida a la búsqueda del amor, como lo había hecho su madre.

—No la conoces —afirmó George.

—Ni tú tampoco —intervino Caroline, ya harta de que la trataran como si no estuviera allí—. Ni yo tampoco conozco a Nick, pero confío en él cuando dice que esto funcionará. ¿Qué es lo que

tenemos en este matrimonio? ¿Amor? Esa es una emoción efímera que no tiene poder para durar. Yo lo sé muy bien. Mi madre se enamoró docenas de veces y se casó en siete ocasiones. Ninguno de esos matrimonios duró. Tampoco creo en las manifestaciones de amor de los hombres. Son sólo engaños para asegurarse lo que quieren y luego dejarla a una destruida.

George la interrumpió.

—Mi Anna amaba esta estancia y trabajó codo con codo conmigo para levantarla. Nos amamos mucho. Murió joven, cuando el padre de Nick era sólo un niño. Yo nunca quise a otra mujer después de ella. La esposa de Pete, por otro lado, no pudo soportar la vida en la estancia y se marchó al cabo de pocos años. Y a Alex no le fue mejor; Tessa sólo estuvo dos años.

—Y no paró de quejarse en todo ese tiempo —dijo Nick ya más tranquilo.

—Pero yo no soy la madre de Nick ni Tessa. Yo soy Caroline y me voy a quedar.

—Ya veremos, ¿no? —dijo George, mirándola pensativamente.

Caroline estaba casi temblando. ¿Serían así todas las cenas, o ésa había sido sólo en su honor?

—No permitas que el abuelo se pase contigo —le dijo Nick, cuando el anciano se hubo marchado —.Sigue dolido por lo de Alex.

Ella asintió y deseó que su llegada hubiera sido más suave. No iba a permitir que la actitud de George la afectara demasiado. Había prometido estar toda la vida al lado de Nick e iba a mantener esa promesa, por mucho que le costara o las provocaciones que tuviera que sufrir. No iba a ser como la madre de Nick ni como Tessa; ni, por supuesto, como su propia madre. Estaba resuelta a ello.

Durante los siguientes dos días, Caroline se dedicó a explorar su nuevo hogar, a cuidar a la niña y a preparar las comidas. Nick trabajaba de sol a sol y, cuando él no estaba, ella era casi capaz de olvidarse de las poderosas reacciones que originaba su presencia en lo más profundo de su ser, pero cuando se sentaban a la mesa, le costaba cada vez más trabajo mantener la compostura.

Tratando de olvidarse de esas sensaciones, se dedicó de lleno a hacer planes para hacer más cómoda y habitable la casa. No había

señales del toque femenino por ninguna parte de la casa.

También se dedicó a conocer mejor a Amanda, que no dejaba de seguirla por donde quiera que fuese. Lo que más le gustaba a la niña era cuando la bañaba y se dedicaba a chapotear en el agua, empapando todo lo que tenía a su alrededor.

Caroline encontró una mesa pequeña que se llevó a su habitación y la puso junto a la cama, pero no había ninguna lámpara. Si podía ir al pueblo, compraría una, además de algo de ropa para la niña y unos juguetes.

Tenía que preguntárselo a Nick lo de ir al pueblo, pero teniendo cuidado con George, ya que no quería darle ningún motivo para que empezara de nuevo a quejarse de ella. Pero en los dos días que llevaba allí sólo había visto a Nick durante las cenas y, cuando estas terminaban, él se retiraba a su despacho con George para hablar de negocios hasta mucho después de que ella se acostara.

Caroline sabía que el único momento en que podría tener algo de intimidad para preguntárselo sería por la noche, después de que George se retirara.

Capítulo 3

ESA NOCHE, Caroline mató el tiempo como pudo hasta que oyó a Nick meterse en su cuarto. Luego ella se acercó y llamó tentativamente a la puerta.

El la abrió y la miró, sorprendido. Había empezado ya a prepararse para meterse en la cama y llevaba la camisa desabrochada y fuera de los pantalones. El bronceado de su pecho era claramente visible, lo mismo que la capa de vello que le cubría los músculos.

—¿Caroline?

—¿Puedo hablar un momento contigo? —le preguntó ella, tratando que no se le notara lo seca que se le había quedado la boca al verlo así.

—Por supuesto.

Entonces, la tomó del brazo y la hizo pasar, cerrando luego la puerta.

Caroline se dio cuenta de que esa habitación estaba casi tan desnuda como la suya, pero con una cama de matrimonio y una lámpara en la mesilla. Más allá estaba la puerta de su cuarto de baño privado.

—¿De qué se trata? —le preguntó él sin soltarla.

Ese contacto le estaba produciendo cosas raras y era incapaz incluso de recordar por qué había ido a verlo ni qué tenía que decirle.

—¿Carolíne?

Nick le abarcó entonces la barbilla con la otra mano y bajó la cabeza, luego su boca cubrió la de ella con un cálido beso. Sorprendida, Carolina continuó muy quieta, alucinada por el placer que le producía ese contacto. Sus labios eran firmes y cálidos y siguieron sobre los suyos hasta que ella se vio obligada a responder. Luego, él la hizo retroceder hasta que su espalda se apoyó contra la puerta. Las dos manos de Nick le abarcaron el rostro e inclinó la cabeza para mejor recibir sus besos.

Ella entreabrió los labios y Nick le introdujo la lengua en lo profundo de su boca y el corazón empezó a latirle a ella a toda velocidad y tuvo que agarrarse a sus muñecas para no caerse al

suelo. Todo el cuerpo se le estremecía ante ese contacto, y ansiaba más. Nunca antes había sido besada así. Ni siquiera por Stuart. ¿Era así como besaban los maridos? No le extrañaba entonces que su madre se hubiera casado tantas veces.

Entrelazó entonces tímidamente la lengua con la de él, mientras crecía la tensión en su cuerpo hasta alcanzar unas proporciones gigantescas. Los besos de Stuart se quedaban cortos. ¡El de Nick era fantástico!

Cuando él se apartó unos centímetros, respiraba con dificultad y Carolina encontró una evidente satisfacción en ello. Ella no había querido que el beso terminara. Incapaz de moverse, permaneció donde estaba, con el rostro entre sus dos callosas manos y notando en los dedos la rapidez del pulso de él. La mirada de él se clavó en la suya. ¿Podría darse cuenta del deseo de otro beso que ardía en sus ojos?

—No te esperaba. Por lo menos, no tan pronto —dijo él.

Luego le rozó levemente los ojos, las mejillas, con los labios.

—¿Esperarme?

A ella le costó trabajo comprender. Sólo quería que la volviera a besar.

—No te esperaba tan pronto en mi cama.

Entonces, Caroline se dio cuenta. No era por eso por lo que había ido allí. Nick bajó entonces las manos y la miró desconcertado.

—Estás loco. No me puedo acostar contigo, apenas te conozco. Sólo llevo aquí un par de días —balbuceó ella, apenas sabiendo lo que decía.

No estaba segura de sus emociones, pero lo cierto era que estaban fuera de control. ¡Cielos! Él se había creído que quería acostarse con él. Y así era, pero no debía hacerlo. No podía. Caroline agitó la cabeza.

—Eso no forma parte de nuestro acuerdo. Lo nuestro no es más que un acuerdo comercial para cumplir las condiciones del testamento.

Ella no había pensado en el aspecto físico. Qué estúpida. La respiración se le cortó cuando, por un momento, se los imaginó a los dos en la cama, el gran cuerpo de él cubriendo el suyo, sus manos callosas acariciándola, haciéndola alcanzar unas delicias de

las que sólo había oído hablar.

Respiró profundamente.

La expresión de él cambió de repente. La irritación reemplazó al calor y apretó los puños.

—Es algo natural entre un hombre y una mujer.

—¿Y el amor? —le preguntó ella, sorprendida por el torbellino que habían despertado esas palabras en su interior.

—Ninguno de los dos cree en eso. Tenemos un compromiso, ¿qué más puedes querer?

—¡Mucho más! ——exclamó ella casi gritando.

Maldita sea. No se había esperado sentirse tan atraída por Nick.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—He venido para ver si puedo ir al pueblo mañana para comprar algunas cosas.

Dijiste que tenía un coche a mi disposición. Ni siquiera tengo una lámpara cerca de mi cama para leer. Y Amanda no puede llevar camisetas toda la vida.

Caroline lo miró entonces y se dio cuenta de que él estaba recordando las palabras de su abuelo, así que añadió:

—Yo confío en que tú no me des una patada ahora que ya puedes conseguir tu parte de la herencia, y creo que tienes que empezar a confiar en que yo no me voy a marchar como hizo Tessa.

Nick se dio la vuelta y se dirigió al armario. Tomó unas llaves y se las arrojó.

—Son las de la furgoneta que está cerca del establo. Es tuya. ¡Y la próxima vez que vengas aquí, que sea dispuesta a quedarte!

Carolina susurró unas gracias, pero antes de que pudiera salir huyendo hacia la seguridad de su dormitorio, él la miró fijamente y le dijo:

—Eres una chica bonita, Caroline. Un hombre ha de tener mucho de santo o de monje ermitaño para no querer acostarse contigo. Y yo no soy nada de eso. Después de esta respuesta no pienso esperar mucho para consumar este matrimonio nuestro.

Caroline tragó saliva y echó a correr.

Tardó mucho en quedarse dormida, no paró de darle vueltas a esos besos. Por lo menos, ahora sabía que él se sentía tan atraído por ella como ella por él. Nick había dicho que aquello era un proceso natural entre un hombre y una mujer. Ella no podía hacer

el amor con alguien a quien no amara. Y, él tenía razón, ella no confiaba en el amor. ¿Dónde los dejaba eso entonces?

A la mañana siguiente fue al pueblo a comprar lo que necesitaba. Por suerte, no había tráfico, porque, por primera vez en su vida, tenía que conducir por la izquierda. También era una suerte el que no pasaran coches porque no podía dejar de pensar en los besos de la noche anterior, por mucho que lo intentaba.

Quería estar pronto de vuelta para no provocar más comentarios agrios de George. Lo cierto era que se sentía incómoda estando él cerca, así que había decidido evitarlo todo lo que le fuera posible. Si el anciano estaba tratando de espantarla de allí, se estaba equivocando. Cada comentario que hacía reforzaba la decisión de ella por quedarse, a pesar suya.

Nick no había tratado de cortar esos comentarios como lo había hecho la primera noche. Pero Caroline no necesitaba que él peleara sus batallas. Ella estaba muy satisfecha con al acuerdo que habían tomado.

O lo estaría si lo de la noche anterior no hubiera sucedido.

Nick lo había dejado muy claro. Se estremeció al recordar el deseo que había visto en sus ojos. Ella se había creído que amaba a Stuart y había disfrutado acariciándose y besándose con él, pero su contacto no la había hecho arder como el de Nick. Y con Stuart no había querido ir más allá sexualmente, cosa que estaba empezando a hacer con Nick.

Estaba muy claro que él la deseaba. Era ella la que los mantenía apartados. Si la volvía a besar, existía el peligro real de que lo mandara todo a paseo y se dejara llevar. Lo mejor que podía hacer era mantenerse apartada de él.

Cuando aparcó delante del almacén, pensó que iba a tener que enfrentarse a otra situación extraña. Todavía no conocía a nadie de por allí. ¿Qué pensaría la gente de ese matrimonio?

Por esa incertidumbre suya, se sintió incómoda con la amabilidad que le mostraron los dependientes del almacén. Se mostró educada, pero distante, para evitar preguntas a las que no sabía cómo responder. La cortesía del encargado de la oficina de correos le provocó una reacción parecida cuando fue a depositar allí una carta para su abuela. Tenía que hablar con Nick para saber cuanto antes qué tenía que decirle a la gente del pueblo antes de

volver de nuevo por allí.

—¿La señora Silverman, supongo? —le dijo un hombre alto de uniforme de policía cuando ella estaba instalando a Amanda en su asiento.

—¿Sí? —respondió ella sonriendo educadamente, preguntándose si no habría cometido alguna infracción.

—Soy Nate Wilson, un amigo de Nick. Bienvenida a Boolong Creek.

—¿Cómo está usted, señor Wilson? ¿Cómo ha sabido quién soy?

Nate era tan alto como Nick, pero menos corpulento. Tenía el cabello castaño claro y ojos azules, mientras que no estaba ni mucho menos tan bronceado como Nick.

—Por aquí se corren las noticias muy rápidamente. ¿Tiene tiempo para tomar algo?

—Gracias, pero creo que hoy no puedo. Quiero llevar a Amanda de vuelta a casa antes de que le entre sueño.

—La próxima vez que baje al pueblo, entonces. Dígale a Nick que pasaré por allí cualquier tarde de éstas.

Mientras salía del pueblo, Caroline pensó que no estaría mal que comprara algunas cosas para picar, por si aparecían visitantes por la estancia. ¿Recibirían muchas visitas habitualmente? Había tantas cosas que no sabía de Nick, de lo que él esperaba de ese matrimonio...

Amanda se había comportado perfectamente y Caroline estaba encantada con ella. Le había comprado una muñeca y un juego de construcciones y la niña se pasó todo el viaje de vuelta a la casa jugando. Carolina estaba más que satisfecha por esa escapada.

George estaba trabajando en el despacho cuando ella llegó a casa. Le dio el correo que había recogido sin decirle una palabra. Luego, tomó las cosas que había comprado para llevárselas a su habitación y, cuando él la vio con los paquetes no se ofreció a ayudarla. Como tuvo que pasar varias veces por delante de la puerta abierta del despacho, el anciano se limitó a mirarla cada vez que lo hizo.

Luego, Caroline empezó a sacar la ropa que le había comprado a Amanda mientras le hablaba.

—Vas a estar preciosa con este vestido. ¿Quieres que les demos una sorpresa al abuelo y a Nick en la cena? Toma, puedes jugar con

estos bloques...

Luego sacó las cortinas y demás. Casi no podía esperar a ponerlas, pero necesitaba la ayuda de Nick, ya que no sabía ni dónde estaban las herramientas.

Colocó entonces unos cojines sobre la cama y unos taburetes y le echó un vistazo a la habitación, satisfecha. Sólo con esas pinceladas de color ya tenía otro aspecto. También había comprado papel para las paredes que hacía juego con las cortinas. Y pintura. Todo eso lo podía hacer ella sola.

Llegó el momento de empezar a preparar la cena, no quería retrasarse y darle más motivos de queja a George. Tomó en brazos a la niña con su muñeca y se dirigió a la cocina.

A las seis y media en punto, la comida ya estaba preparada. Los hombres ya se habían lavado y estaban sentados a la mesa. Sonriendo ampliamente, Caroline puso en medio la bandeja con el pollo frito que había preparado. Luego los guisantes, las patatas y demás guarnición. A continuación, sacó unos bizcochos del horno y los dejó también sobre la mesa.

Luego se sentó junto a Nick y observó ansiosamente el efecto que podía tener lo que había cocinado. Era una cena típica en Texas, pero ella sólo había comido carne de vaca desde que había llegado allí. ¿Les gustaría el pollo?

—Creía que te pondrías ropa nueva esta noche —dijo George, dándose cuenta de que llevaba sus habituales vaqueros y camiseta.

—¿Por qué? —le preguntó Caroline, sorprendida por el comentario—. ¿Es esta noche una ocasión especial?

—Ya he visto que hoy no pudiste esperar mucho tiempo para marcharte de la estancia. Has ido al pueblo, ¿no? Llevas aquí sólo tres días y ya has tenido que salir.

Ella asintió cautelosamente. Había ido al pueblo, pero no a causa de sus ganas de marcharse de allí, ni para comprarse algo para ella, salvo las lámparas y la pintura.

George la observó con ojos entornados.

—Vi todos los paquetes que has traído. Debes haberte comprado el almacén entero —dijo y luego miró a Nick—. Te va a arruinar enseguida a este paso.

—No me he comprado nada de ropa. Por lo menos, no para mí. Le he comprado algunas cosas a Amanda —dijo ella

tranquilamente.

¿Es que nadie se había dado cuenta del vestido nuevo que llevaba la niña?

—Ha subido las escaleras por lo menos seis veces, cargada hasta los topes.

—¿Las has contado? —le preguntó Nick duramente a su abuelo.

—Maldita sea, ¿cuándo te vas a dar cuenta de que ella no pertenece a este lugar?

Te va a arruinar y luego te dejará.

Caroline le puso una mano sobre el brazo a Nick, evitando que le contestara.

—He comprado algunas cosas para arreglar mi habitación. Y he utilizado mi propio dinero.

—¡No me digas! —exclamó George—. ¿Qué pasa, jovencita? ¿Es que esta casa no es suficientemente buena para ti?

—Éste es su hogar y puede hacer lo que quiera. Y no sólo con su habitación y la de la niña. Si quiera cambiar también todas las demás, puede hacerlo —dijo Nick.

—¡Ésta no es tu casa!

Nick se quedó callado, mirando fijamente a su abuelo. La cena había quedado olvidada por el momento.

—No, no es mi casa, pero sí es mi hogar y el de mi esposa. Si no quieres que sea así, házmelo saber y me construiré otro —dijo con una calma mortal.

Entonces, se produjo un silencio incómodo, y el tiempo pareció detenerse.

Caroline contuvo la respiración y pasó la mirada de uno a otro. No había sido su intención precipitar ninguna crisis.

Entonces, George agitó la cabeza lentamente.

—No, no quiero que os mudéis.

—Entonces, Caroline puede arreglar y hacer lo que quiera en la casa.

—Sí.

—Caroline es mi esposa, abuelo, y tú tienes que aceptar eso. No voy a tolerar más ingerencias ni quejas. Si no podemos vivir aquí en armonía, me iré. Pero Amanda se vendrá con nosotros.

La mirada de Nick se clavó en la de su abuelo y, por un momento, nadie se movió ni habló.

El corazón se le aceleró a Caroline al oír esas palabras. Pudiera ser que entre ellos sólo hubiera un acuerdo comercial, pero Nick estaba dando la cara por ella, estaba de su lado. Empezó a creer entonces que iba a poder dejar de preocuparse de que a fuera a abandonar como los maridos de su madre. O que la fuera a traicionar como Stuart. Casi se mareó por los sentimientos que la asaltaron. ¡Por ella, Nick se había enfrentado a su abuelo! Y eso que se conocían desde hacía sólo tres días. Nunca olvidaría eso.

—Ni mi dormitorio ni el despacho —dijo George por fin, admitiendo su derrota.

Caroline asintió y bajó la mirada a su plato, deseando ponerse a gritar por la alegría que la embargó. Transformaría esa casa en un hogar para todos ellos. Pero lentamente, para que esos hombres no se sintieran amenazados. Y sólo su habitación y la de la niña serían netamente femeninas. El resto lo haría cómodo y relajante, pero manteniendo el tono masculino.

—¿Qué has comprado? —le preguntó Nick, cuando la tensión se aflojó entre los tres.

Ella se lo contó, explicándole los planes que tenía para la habitación de Amanda y la suya.

—Lo puedo hacer yo sola todo, salvo las cortinas, con las que vas a tener que ayudarme.

—Lo haremos después de cenar —dijo él.

—Yo iré luego a ver cómo van las cosas. Una niña necesita algunos adornos —

dijo George, como tratando de hacer las paces.

Caroline le agradeció el intento. No tenía que resultarle fácil al anciano verse invadido de repente de esa manera. Esperaba que, con el tiempo, llegaran a llevarse bien, después de que ella aprendiera a hacerlo con su marido. Sabía ahora sólo un poco más sobre Nick que el primer día.

Cuando terminaron de cenar, Caroline se puso a fregar los cacharros, George se llevó a Amanda a dar un paseo y Nick se quedó sentado a la mesa, con un café, observando a su esposa mientras trabajaba en la cocina. Ella era muy consciente de su mirada y trató de que no se le notara lo nerviosa que la ponía. No paraba de recordar sus besos y la verdad era que hubiera preferido que él se metiera en el despacho y no que se quedara allí,

mirándola. Se sintió aliviada cuando terminó y subieron a la habitación de la niña.

—¿Tienes todo lo necesario para instalarlas? —le preguntó él, cuando entró con la caja de herramientas en la mano.

—Eso me dijo el hombre del almacén.

Luego se pusieron al trabajo, pero Caroline procuró no acercarse demasiado a Nick, temiendo su propia reacción si lo rozaba.

Cuando terminaron, él le dijo:

—Me gusta lo que has hecho hasta ahora. Una niña pequeña necesita a una mujer cerca. Esta habitación ha quedado muy bonita.

Y era cierto, con sólo unas cortinas, la habitación quedaba más brillante y llena de color.

—He querido comprarle algo que le pueda durar hasta que, por lo menos, tenga diez años o doce y pueda decidir por sí misma lo que quiera. Esto no es demasiado de bebé, ¿no crees?

—No. Pero sí es femenino.

Nick la miró entonces y le recorrió el rostro con la mirada.

Caroline contuvo la respiración cuando sus entrañas empezaron a arder con ese calor ahora ya tan conocido. No pudo moverse ni apartar la mirada. De repente, volvió a sentirse como mareada.

—Tú misma eres muy femenina —dijo él suavemente mientras le acariciaba la mejilla y luego bajaba hasta llegar al escote de la camiseta.

Caroline respiró profundamente y casi se puso a temblar ante ese contacto. Posó su mirada en la boca de él, preguntándose si la iría a besar de nuevo como la otra noche. Se moría de ganas de sentir de nuevo esos labios contra los suyos y le costó mucho trabajo no arrojarse a sus brazos y suplicarle que volviera a besarla de esa forma cálida y erótica.

—Gracias por apoyarme antes —dijo ella suavemente, tratando de aliviar la tensión del momento.

—Eres mi esposa —dijo él, pasándole un dedo por el borde del escote de hombro a hombro—. Lo que dije fue en serio. Si no podemos ser felices aquí, construiré otra casa para nosotros.

—Pero tu abuelo…

—Mi abuelo sigue dolido por lo de Alex. Y tiene miedo por mí. No tiene mucha fe en el matrimonio y no cree que el nuestro vaya a durar. Yo conservo lo que tengo.

No te equivoques, Caroline, no te voy a dejar marchar aunque me lo supliques —dijo él, agarrándola entonces por los hombros.

Ella agitó la cabeza.

—No tengo ninguna razón para querer ninguna otra cosa, Nick. No me siento muy casada. De alguna manera, creo que me siento algo diferente. Supongo que es porque la casa ya estaba aquí de antes y yo soy una recién llegada.

—Bueno, pues organiza la casa como quieras.

Él le puso entonces las manos en la cintura y lentamente la atrajo hacia sí.

—¿Cuánto te han costado todas estas cosas? —le preguntó sin dejar de acercarla

—. ¿Has usado tu parte de la herencia?

—No. Todavía no he tenido que hacerlo. Me he

traído algo de dinero —dijo ella, casi incapaz de hablar coherentemente.

Nick frunció el ceño.

—Te pagaré todo lo que compres.

—Dado que estamos casados, he dado por hecho que todo lo mío será tuyo.

Salvo el dinero que necesito para mi abuela. ¿Para qué vamos a necesitar cuentas separadas?

Caroline le apoyó las manos en el pecho y se puso a acariciárselo.

Él la miró a los ojos y asintió.

—No las necesitamos. Pero, en el futuro, sólo tienes que cargar lo que compres a la cuenta de la estancia. Tenemos cuenta abierta en todas las tiendas del pueblo. Sólo tienes que decirles que eres la señora Silverman —dijo él arrogantemente y ella sonrió involuntariamente.

¿Es qué todo el mundo en Boolong Creek se inclinaba al paso de Nick Silverman y a partir de ahora lo harían con su esposa?

—Sí, lo diré.

Por primera vez casi se sintió casada y fue curioso. Hasta le gustó.

La puerta golpeó contra la pared de repente. George se quedó en la puerta, mirándolos.

—Creía que habíais venido a poner unas cortinas —dijo cuando

los vio así.

—Ya lo hemos hecho.

Nick soltó a Caroline y empezó a meter las herramientas en la caja.

—¡Hmmph! Pensé que te gustaría saber que Deirdre quiere venir a visitarnos.

Nick levantó la cabeza de golpe.

—¿Deirdre Adams?

—Quiere ver a Amanda y hablar de lo de la custodia. Dice que viene de parte de sus padre, pero estoy seguro de que tiene pensado llevarse a Amanda con ella a Sydney.

—Bueno, pues puede estar segura de que no puede hacerlo. He hablado por teléfono con nuestro abogado hace un par de días y le he contado que me he casado.

Él me aseguró que eso es lo único que necesitamos para mantener la custodia y ya he empezado con el procedimiento de adopción —le dijo Nick mientras se dirigía a la puerta.

—¿Quién es Deirdre? —preguntó Caroline, sintiéndose marginada.

—La hermana de Tessa —respondió George—. La tía de Amanda. Y quiere venir a visitar a su sobrina. 0 eso dice. Me apuesto cualquier cosa a que a lo que viene es a verte a ti, Nick.

Nick frunció el ceño.

—Lo dudo, eso terminó hace años.

Caroline sintió un destello de miedo.

—¿Qué terminó?

—Deirdre hizo lo que pudo por ligarse a Nick cuando Alex estaba haciéndolo con Tessa. Por una temporada llegué a pensar que habría una doble boda —dijo George con sorna y sin dejar de mirar a Nick para ver su reacción.

—Pero no la hubo. Y eso fue en el pasado —afirmó Nick.

Luego empezó a bajar las escaleras y Caroline se quedó donde estaba, muy quieta. Cuando Nick desapareció, George la miró.

—Hubieran hecho una pareja mejor. Deirdre es la tía de Amanda y Nick es su tío. Hay lazos de sangre.

—Y ella es australiana —añadió Caroline, empezando a ver alguna razón al antagonismo del anciano.

Él asintió y se dio la vuelta.

Capítulo 4

CAROLINE se quedó muy quieta, aún anonadada por lo que acababa de descubrir. ¿Nick y esa tal Deirdre? Y George que parecía preferir a Deirdre. Hacía sólo dos meses que Nick sólo había sido el nebuloso nieto sobrino de Edith, la amiga de su abuela y ahora estaba casada con él para conseguir llenar las condiciones del testamento de Edith. De repente, Caroline se dio cuenta de lo mucho que había contado con que ese matrimonio funcionara y durara. Cuando había hecho sus votos, lo había hecho en serio. ¿Es que Nick no le había dicho hacía un rato que nunca la dejaría marcharse? ¿Podía depender de él?

O, ¿con esa visita no podría Nick llegar a la conclusión de que había cometido un error? ¿No pensaría que sería mejor casarse con la mujer que, al fin y al cabo, era la tía de Amanda, que con una desconocida que venía de Estados Unidos? No quiso ni pensarlo. Pero lo cierto era que ya no había ninguna razón para continuar casados; ya había cumplido con los términos del testamento. ¿Podría destruir Deirdre ese acuerdo que tenían?

Durante los días siguientes no se volvió a hablar de la visita de Deirdre y Caroline logró quitársela de la cabeza. Al fin y al cabo, tal vez se había preocupado por nada.

Terminaron de arreglar la habitación de Amanda poniendo el papel de las paredes y luego, ella empezó con su dormitorio.

Cuando hubo terminado de pintarlo y decorarlo y había colgado el último cuadro de la pared, le echó un vistazo a la habitación, orgullosamente.

—¿Caroline? ¿Dónde estás, chica? ¡Ven corriendo! —gritó George desde fuera.

¿Qué estaba haciendo de vuelta en la casa tan temprano? Se habíay marchado con los peones esa mañana y le había dicho que no volvería hasta la cena. ¿Qué pasaría? Salió corriendo escaleras abajo.

Amanda seguía dormida, así que no podía ser ella. Cuando salió por la puerta, llegó a tiempo de ver a Nick desmontar de su caballo. Tenía la camisa llena de sangre, no llevaba sombrero y estaba muy pálido. George ya había desmontado y estaba a su lado, junto con

otros dos hombres de la estancia, uno de los cuales sujetaba el caballo de Nick.

—Nick está herido —dijo George innecesariamente.

Una de las mangas estaba también llena de sangre y Nick movía el brazo como si le doliera mucho. Desmontó por sí mismo y se apoyó un momento en la silla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, acercándose a toda prisa.

—Estoy bien —dijo él, tratando de minimizar el dolor de sus heridas.

Cuando ella se acercó, le pasó el brazo sano por encima de los hombros, apoyándose pesadamente.

—A mi caballo se le metió una piedra en el casco y me tiró. Cuando estaba en el suelo, algo asustó al ganado.

—Ha tenido suerte de que no lo arrollaran y lo mataran —intervino George seriamente.

Si Nick estaba pálido, el color del anciano no era muy bueno tampoco. Caroline se preguntó si no tendría que habérselas ahora con dos heridos.

—Vamos dentro y deja que te vea.

Caroline lo agarró con los dos brazos por la cintura para sujetarlo mejor.

—Puedo solo —protestó Nick, pero no se soltó.

—Tal vez, pero ahora estoy yo aquí, y puedo ayudarte.

Según se dirigían a la casa, George se ofreció a ver lo que le pasaba al caballo y Nick asintió con un gesto de la mano.

Tardaron mucho en subir las escaleras v, cuando llegaron al dormitorio de Nick, ella le abrió la puerta y lo ayudó a llegar al cuarto de baño. Lo hizo sentarse y le quitó la camisa con dedos temblorosos.

—No tienes que hacer esto, Caro —dijo él—. Yo puedo lavar la herida, ponerme un vendaje y ya estaré listo.

—Quédate quieto, machote orgulloso. Por supuesto que te voy a ayudar. Eres mi marido, ¿no? Y es para esto para lo que está el matrimonio... para estar con el otro cuando es necesario.

—Supongo...

Nick dijo eso mirándola a la cara, como buscando algo.

—Tú estuviste a mi lado cuando tu abuelo se puso desagradable, y ahora yo puedo hacer algo por ti. Sé algo de primeros auxilios.

La herida no era tan mala como había parecido al principio. La hemorragia casi estaba contenida y habría parado antes seguramente si él no hubiera seguido cabalgando. Caroline le lavó toda la zona y se la desinfectó.

—¿Qué te pasó? ¿Es que toda la manada te ha pasado por encima?

—Eso parece. Cuando estaba en el suelo, me golpearon dos reses antes de que pudiera levantarme.

Ella se estremeció cuando lo pensó. Podía haber resultado malherido. Incluso podían haberlo matado. Trató de imaginarse a ese hombre fuerte y duro muerto y desaparecido para siempre. No, era imposible.

—Más que nada son arañazos. Y ya casi has dejado de sangrar. No creo que tengas que ir al médico —dijo Caroline.

Pero tenía sus dudas. ¿Y si aquello se infectaba?

—No, yo tampoco lo creo.

Ella sonrió ante esa reacción, tan típicamente masculina, y empezó a vendarle el brazo. Mientras lo hacía, estaba de pie entre sus muslos, cerca de él, y podía sentir su cálida respiración en los senos.

Trató de ignorar la reacción de su cuerpo ante esa proximidad, esperando que él no se diera cuenta. Al fin y al cabo, estaba herido. No era el momento más apropiado para pensar en el sexo.

Pero no lo pudo evitar. Caroline se moría de ganas de acariciarle ese fuerte pecho, de descubrir si el vello que lo cubría era suave o rugoso. Se concentró en vendarle el brazo herido, pero él la atrapó entonces las piernas entre sus muslos.

—Levanta el brazo —le dijo.

Él lo hizo para facilitarle la labor de vendárselo, pero le puso la mano sobre la cadera. Caroline casi dejó caer la venda, sorprendida. Respiró profundamente y se centró en su trabajo. Pero entonces Nick le puso la otra mano sobre la otra cadera.

Estaba atrapada. Casi le fallaron las piernas. Él sólo tenía que tensar los músculos un poco para hacerla apretarse contra su cuerpo, para pegar el rostro contra sus senos.

El deseo de que lo hiciera fue casi incontrolable. Podía echarse hacia adelante y...

—Terminado —susurró ella con voz insegura.

¿Se imaginaría él la causa de esa inseguridad?

Nick la mantuvo como estaba, de forma que no se pudiera mover. Para mantener el equilibrio, ella le apoyó las manos en los hombros desnudos, acariciándole los sólidos músculos, y fijó la mirada en las manos, temiendo encontrarse con sus ojos, fascinada por la sensación de esa cálida piel bajo los dedos.

Eso no podía estarle sucediendo a ella; sabía muy bien que tenía que mantener las distancias.

—Se curará en uno o dos días —dijo él entonces.

—De todas formas, creo que esa camisa ya no va a servir de mucho.

Sus miradas se encontraron entonces y ella se quedó impresionada por el deseo que vio en sus ojos.

Entonces, Nick tiró de ella hacia su lado sano, la hizo sentarse en su rodilla y la besó mientras murmuraba:

—Gracias.

Caroline suspiró y cerró los ojos. Sabía que debía resistirse, pero no podía. Nick profundizó el beso y ella respondió.

—Nick ¿estás bien? —dijo la voz de George mientras subía las escaleras.

Caroline se apartó de golpe y Nick se rió de la cara que puso y la volvió a besar antes de dejarla ponerse en pie.

—Sí, abuelo, estoy bien.

Cuando George entró en el cuarto de baño, Caroline estaba al otro lado de la habitación, cerrando el botiquín. Miró primero a su nieto y luego a Caroline; por su expresión se podía decir que seguía preocupado.

—Me asustaste mucho cuando te vi caer.

—Sí, pero As es un buen caballo. Se quedó quieto allí y la manada no tuvo más remedio que rodearlo. Me visto y salgo ahora mismo.

—¡Oh, no, no lo harás! —dijo Caroline, mirándolo fijamente—. Te lo vas a tomar con calma el resto del día y ya veremos cómo te sientes mañana antes de que vuelvas a montar. Además de las heridas del brazo, parece que te diste un golpe en la cabeza.

—Oye, mira...

—Haz lo que te dice, muchacho. A las mujeres les gusta cuidamos de vez en cuando. Disfrútalo mientras puedas —dijo

George con un brillo inesperado en los ojos.

—¡Yo no necesito que me cuiden! —exclamó Nick, apretando los dientes—. ¡Y

no voy a dejar que me mimen por una heridita de nada!

—¡Una heridita, ja! Es más que eso. Además, todo el mundo necesita que lo mimen de vez en cuando. Me diste un susto de muerte cuando vi toda esa sangre.

Creo que deberías descansar ahora y ya veremos cómo te sientes más tarde —dijo Caroline firmemente.

—Ríndete, chico. Las mujeres tiene que salirse con la suya de vez en cuando, y no te hará ningún daño disfrutarlo.

George sonrió de repente al ver a esa chica bonita y delicada al lado de su nieto.

—¿Es qué voy a tener que esperarme esto cada vez que me haga un arañazo? —

dijo Nick, resistiéndose hasta el final.

—¿Un arañazo? ¡Por lo que sé casi te ha pasado por encima toda una manada en estampida! Y sí, la próxima vez que te hieras, puedes esperarte más de lo mismo —

dijo Caroline, enfrentándose a él y con los brazos en jarras.

Nick la miró y pareció como si estuviera haciendo un gran esfuerzo para no reírse.

—Muy bien, ven y mímame —dijo arqueando una ceja.

Caroline se quedó sin habla. Allí tenía ese ancho pecho que se moría por acariciar. ¿Cómo iba a poder resistirse?

—Creo que deberías tumbarte y descansar hasta la hora de la cena —dijo ella, aclarándose la voz trémula.

—Mejor que mejor —respondió él, mirándola fijamente.

George se rió cuando la vio ruborizarse.

—Vas a tener que perdonarnos, abuelo. Caroline quiere mimarme en la cama —

dijo Nick al tiempo que se acercaba a ella; parecía estar divirtiéndose mucho.

Entonces, Amanda lloró en su habitación y Carolina sonrió, aliviada.

—Métete en la cama, maridito'querido, Amanda y yo te traeremos un caldito de pollo.

Luego se marchó antes de que él pudiera decir nada más,

agradecida por que la niña hubiera llorado. Las cosas estaban yendo mucho más aprisa de lo que se había pensado y no sabía muy bien qué hacer.

Cuando volvió a la habitación de él algún tiempo después, lo hizo con un gran pote de té azucarado y unas aspirinas. Él ya estaba en la cama. Sus polvorientos vaqueros sobre una silla y las botas en el suelo hicieron que Caroline se detuviera en la puerta. Nick se incorporó un poco y su bronceado pecho hizo un fuerte contraste con las vendas blancas. Caroline casi se tropezó cuando entró en la habitación.

¿Llevaría él algo debajo de esa sábana que lo cubría.

—No he podido encontrar caldo de pollo —dijo mientras dejaba la bandeja en la mesilla de noche.

—¿Y por qué iba a quererlo yo?

Caroline le dio el pote de té y las aspirinas, pero él las tomó directamente de su mano, rozándosela con la lengua. Luego, la hizo sentarse en la cama y se acercó.

Caroline respiró profundamente y, cuando levantó la mirada, se encontró con los ojos de él.

—Yo.. El caldo de pollo es un tratamiento clásico allí de donde vengo yo. Tú estás enfermo, así que tienes que tomar caldo.

—Entonces, tendremos que conseguirlo. Pero no creo que tengamos por aquí.

—No, no tenéis.

—No tenemos —la corrigió él, agarrándola de la muñeca—. Ahora éste es tu hogar, Caroline.

—Cierto. Tengo que ir a ver cómo está Amanda.

—Está bien. No se la oye.

—Puede estar haciendo alguna trastada —respondió Caroline, tirando de la mano.

Pero Nick siguió sin soltarla.

—¿Dónde está esa esposa mimosa que me moría de ganas por ver?

—Es que... Nick, ¿llevas algo puesto?

Caroline cerró los ojos y se lamentó en silencio por haber dicho eso. ¡Qué poco sofisticada! ¿Qué iba a pensar él?

La risa de Nick la hizo mirarlo y se ruborizó cuando se encontró con su mirada.

Él dejó la taza sobre la mesa y levantó levemente la sábana. La tomó la mano y se la hizo pasársela por el pecho, por el costado y bajo el borde de la sábana.

Caroline contuvo la respiración y el corazón le latió tan fuertemente que le pareció como si se le fuera a salir del pecho. Él le bajó la mano lentamente hasta que rozó el borde de algodón de sus calzoncillos.

El alivio se apoderó de ella de tal forma que casi se cayó sobre él. Pero Nick no la soltó y sus dedos siguieron rozando ese pedazo de algodón mientras la miraba con ojos risueños.

—¿Quieres que juguemos a los médicos? —le preguntó él haciendo que subiera de nuevo al pecho, y sus dedos le rozaran el suave vello.

Caroline se rió nerviosamente, sabía que estaba bromeando, pero no cómo reaccionar.

—Creo que, por hoy, ya he jugado bastante a eso.

—En otro momento, entonces.

—Espero que no, Nick. Me has asustado.

—No te preocupes, Caroline. Estoy bien. En un sitio como éste es normal lastimarse. Pero mira al abuelo, sigue todavía por aquí. Demonios, Alex se mató en un accidente de carretera, no aquí.

—Pero tú podías haber muerto si tu caballo no se hubiera quedado allí para dividir a la manada.

—Tal vez sí, tal vez no. No se sabe. Creo que me gustan tus mimos de esposa.

Tal vez haya más en este negocio del matrimonio de lo que había pensado.

Caroline retiró la mano y se levantó, avergonzada.

—Creo que ahora deberías descansar. Tengo cosas que hacer.

—¿Huyes?

—Es más seguro —le dijo ella, desde la seguridad de la puerta.

—Este brazo no me ha puesto fuera de combate.

—Entonces, baja a cenar.

Caroline salió de allí a toda prisa y fue a ver cómo estaba Amanda. Se sentía como si se acabara de escapar de un desastre gigantesco.

Más tarde, cuando volvió a ver cómo estaba, Nick dormía profundamente. Lo miró por un momento y agradeció que no

hubiera sufrido heridas más graves. Ahora ella dependía de ese hombre. Y probablemente lo haría cada vez más a lo largo de la vida. No podía soportar pensar en él herido, o algo peor.

Nick se levantó para la cena y se reunió con los demás en la mesa de la cocina.

Parecía que se estaba recuperando bien y ya le había vuelto el color a la cara, aunque un golpe que tenía en la barbilla se le notaba mucho más ahora.

—Fui a verte hace un rato, pero la doctora Caroline no me permitió que te molestara —dijo George, gruñendo como siempre.

Nick sonrió y miró a Caroline mientras ella servía la cena.

—Todavía estaba mimándome.

—Tienes mucho mejor aspecto que antes —continuó George.

—Me siento mejor, pero un poco dolorido.

Durante la cena, Caroline siguió mimándolo un poco más, sirviéndole a él el primero y asegurándose de que tuviera todo lo que quisiera, incluso se levantó a llevarle una cerveza cuando él la pidió. Se daba cuenta de que él lo encontraba divertido, pero ella quería hacer algo por ese hombre e ignoró su reacción.

Cuando terminó la cena, Nick apartó su silla y se levantó.

—Caroline, ven conmigo, quiero ver cómo está el caballo y hablar un momento contigo. Abuelo, ¿puedes cuidar un momento de Amanda?

—Claro.

A Caroline le sorprendió aquello.

—¿No te parece mejor que antes friegue los cacharros y la cocina?

—Eso puede esperar. Ven.

Salieron de la casa y se dirigieron al establo. El olor a heno y a los caballos se imponían a todo lo demás. Caroline respiró profundamente y sonrió. Siempre le habían gustado esos olores. Si cerraba los ojos bien podía estar de nuevo en Texas. Sentía un poco de nostalgia.

Nick se detuvo delante de As y le echó un vistazo al animal. El caballo relinchó suavemente y apretó el hocico contra el hombro de Nick.

—Tranquilo, chico. Voy a echarte un vistazo.

—¿Lo han herido a él también? —preguntó Caroline, mirando

sobre la valla al gran caballo negro.

—Sí, unos arañazos. El abuelo se los ha curado, pero no lo voy a volver a sacar hasta que no esté curado por completo. Has estado muy bien hoy, socio —dijo Nick, acariciándole el cuello al caballo.

—Realmente te ha salvado, ¿verdad?

Mientras hablaba, Caroline le acarició el hocico al animal. Una oleada de gratitud la invadió entonces, dedicada a ese bien adiestrado compañero de trabajo.

Podía haber perdido a Nick si As no se hubiera quedado quieto. ¿Qué hubiera hecho ella si hubiera sido así? ¿Qué le habría pasado a Amanda?

—Vamos —dijo Nick, tomándola de la mano.

La condujo a un montón de heno y la hizo sentarse allí.

—Quiero hablar contigo en privado y ya sabes que no lo podemos hacer con el abuelo cerca.

Caroline asintió, recordando que ella había ido a la habitación de él cuando había querido hablar en privado. Y también recordó en que había terminado aquello.

—Voy a aceptar que Deirdre venga a visitarnos. Quiero que vea que Amanda estará bien cuidada aquí, por nosotros, para que se lo pueda decir a sus padres.

Deirdre es la tía de Amanda y yo no haré nada para mantener a la niña apartada de esa parte de su familia.

Caroline recordó entonces lo que le había dicho George de que Nick y Deirdre habían estado saliendo juntos en su tiempo. ¿Era ésa la verdadera razón por la que él quería que los fuera a visitar?

—Lo que tú quieras, Nick, es tu hogar y yo haré lo que esté en mi mano para que se sienta bienvenida.

—Es nuestro hogar —la corrigió él—. La mayor parte del peso de esa visita recaerá en ti, ya que yo estaré trabajando durante el día. La vas a tener que soportar todo el tiempo.

Caroline sonrió sinceramente. ¿Soportar? eso no le sonaba que lo pudiera decir un hombre interesado en una mujer.

—¿Cuánto tiempo se va a quedar?

Nick se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero no más de una semana.

—¿Qué es lo que le gusta hacer?

—Recuerdo que le gusta leer revistas de moda. Trabaja en una

boutique de lujo cerca de la ópera de Sydney.

—Bueno, si es así, me temo que no vamos a tener mucho en común.

—Probablemente, no. Ella nunca ha estado aquí, en la estancia; yo sólo la veía en Sydney. Le gustan las fiestas y los clubs nocturnos, y tú no parece que te preocupes mucho de esas cosas.

Caroline lo miró a los ojos, suspiró y se humedeció los labios, consciente de que la mirada de Nick había bajado hasta su boca.

—¿Tendremos que hacerle una fiesta mientras esté aquí? —preguntó ella por fin.

—Trataremos de organizar una barbacoa. Te daré una lista de vecinos y amigos para que los invitemos.

—Oh, se me había olvidado. El otro día, en el pueblo, conocí a uno de tus amigos, Nate Wilson.

La expresión de Nick cambió inmediatamente. En tornó los párpados y su mirada se hizo casi hostil.

—¿Nate Wilson?

Ella asintió, no sabiendo qué habría provocado ese cambio repentino.

—Me dijo que era amigo tuyo.

—¿Cómo lo conociste?

—Me paró cuando estaba metiéndome en el coche y se presentó. Me pareció muy agradable. ¿Hice algo malo?

—Mantente alejada de él, Caroline.

—¿Qué? ¿Por qué? ¿No es amigo tuyo?

—Lo era. Quiero que te mantengas apartada de él.

—Pero, ¿por qué Nick?

—Es…

Entonces un grito estridente resonó en el aire, se guido por un llanto infantil.

Capítulo 5

CAROLINE salió corriendo con Nick pisándole los talones. Cuando llegó a la parte delantera de la casa, Amanda estaba gritando y llena de lágrimas. George trataba de calmarla.

—¿Qué ha pasado? —preguntó tomándola en brazos.

La niña se abrazó a ella fuertemente y dejó de gritar, pero seguía llorando, como si le doliera algo.

—Algo la ha picado. Creo que una abeja —dijo George, señalándole la marca que tenía en el pie.

—Vamos a limpiarte y a echarle un vistazo, chica.

En cuestión de minutos, Caroline le había limpiado el pie y Nick le había quitado el aguijón. Pero Amanda no dejaba de llorar y parecía como si se estuviera hinchando.

—Voy a traerle un antihistamínico —dijo Nick—. Trata de que deje de llorar.

Pronto estuvo de vuelta. Disolvió una pastilla en una cuchara y se le dieron a la niña, que cada vez estaba más hinchada.

—Nick, parece que empeora. ¿Llamamos al médico?

—El más cercano está a una hora o así de camino, en Boolong Creek. Yo creo que el antihistamínico va a funcionar, sólo tenemos que esperar un poco. Tal vez sirva de algo ponerle un paño húmedo en la cara.

Caroline estaba asustada por la forma en que Amanda estaba reaccionando a la picadura, pero Nick seguía tranquilo y confiado. Apoyándose en su fortaleza, tomó el paño húmedo que él le ofreció y se lo puso en la cara a la niña.

—Necesitamos una mecedora —dijo Caroline, cuando se sentó con Amanda en brazos en una silla de la cocina.

Luego empezó a mecerse adelante y atrás.

—¿Otro remedio de Texas? —le preguntó Nick suavemente mientras se ponía en cuclillas a su lado—. No te preocupes, se pondrá bien. En cuanto empiece a funcionar la medicina.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces, llamaremos al médico.

—No es tan fácil como pensaba vivir tan apartados, no había pensado lo lejos que podía estar el médico.

—Has dicho que sabes algo de primeros auxilios, lo mismo que todos nosotros.

En caso de emergencia, podemos llamar al Servicio de Medicina Aérea o ir al pueblo

—dijo Nick.

—Ya me gustaría haber tenido eso a mano cuando mi Anna se puso enferma.

No habría muerto si hubiéramos podido traer antes al médico —murmuró George.

—Mira, ya está mejor —dijo Nick cuando Amanda dejó de llorar.

A la niña parecía gustarle toda esa atención que estaba despertando y pronto se apoyó en el seno de Caroline, mirando a su tío.

—Creo que ya ha pasado lo peor.

Nick se levantó y se inclinó sobre Caroline para susurrarle al oído:

—Me gustaría cambiar de lugar con Amanda. ¿Cómo es que tus cuidados de esta tarde no han incluido mecerme con la cabeza en tu pecho?

Caroline se ruborizó. Se dio cuenta de la mirada especulativa de George y apartó la mirada, temiendo que hubiera oído lo que le acababa de decir Nick.

¿Estaría él realmente tratando de ligar?

—Si la crisis ha pasado, me voy al despacho. Llamadme si me necesitáis —dijo George al tiempo que salía apresuradamente de la habitación.

Caroline miró a Nick entonces, con el ceño fruncido, aunque los ojos le brillaban divertidos.

—Eres demasiado grande como para mecerte.

—Pues entonces, me gustaría mecerte yo a ti, querida, pero no en una maldita silla. Vamos, dame a Amanda y así podrás limpiar la cocina.

—¿Y por qué no la limpias tú mientras yo juego con Amanda? —dijo ella, pero de todas formas le pasó la niña.

—Estoy herido.

Ella se rió y empezó a recoger la mesa.

—La herida la tienes en el hombro, no en la muñeca. Un poco de

limpieza no te haría mal.

—Pero quiero un poco de tiempo para jugar con mi niña —dijo él, poniéndose serio de repente—. Caroline, ya he empezado con los procedimientos de adopción para que Amanda sea nuestra hija. Para darle la seguridad de que nosotros seremos sus padres, no sólo sus tíos.

Caroline asintió, dándose cuenta de que Nick estaba poniendo otra cosa en su sitio. Para el futuro, para siempre. Él no se iba a marchar como lo habían hecho todos sus padrastros, no iba a ser como Stuart. Cuando vio el cariño con que trataba a la niña, ansió recibir algo de ese cariño ella misma, las lágrimas le nublaron la visión y se volvió para que él no se las viera. ¿Podría estar enamorándose de su marido?

Esperaba que no. Él había dejado muy claro que no quería que una mujer se enamorara de él. Y ella tenía que recordar a Stuart y su traición. Eso le enfriaría cualquier idea que tuviera de enamorarse.

—¿Estás de acuerdo en que seamos sus padres? —insistió Nick.

—Sí, estoy de acuerdo.

Cuando terminó de fregar, Nick y ella estuvieron jugando con Amanda hasta que llegó la hora de acostarla y, cuando ya estaba dormida, salieron de su habitación y cerraron la puerta.

—Mientras tú estabas fregando, he llamado a Deirdre y me ha dicho que llegará al final de la semana que viene —le dijo Nick, cuando estuvieron en el salón.

—¿Tan pronto? ¿Cuánto tiempo se va a quedar?

Llevaba casada menos de una semana y ya tenía un huésped en casa.

—Una semana.

De repente, a Caroline se le ocurrió algo y miró a Nick.

—¿Dónde va a dormir?

Él la miró con una expresión inexcrutable. Luego dijo muy decididamente:

—En tu cuarto. Y tú dormirás conmigo.

La forma en que la miró la invitó a sugerirle alguna otra cosa. Las otras habitaciones no tenían nada de mobiliario. No había otro sitio para Deirdre.

Ella no pudo apartar la mirada. Luego agitó la cabeza, se sentía

como mareada.

Sorprendida por la falta de resistencia por su propia parte, sólo pudo mirarlo mientras se los imaginaba a los dos en su cama.

—Es importante que Deirdre se crea que tenemos un matrimonio sólido. No quiero que surja nada que pueda estropear la adopción. Ella se espera que tú duermas conmigo. Siento que haya sido tan pronto, pero es algo que tenía que suceder más tarde o más temprano.

La verdad es que aquello tenía sentido. Sobre todo si iban a tener que convencer a Deirdre para que dejara a Amanda con ellos. Pero que tuviera sentido lógicamente y el hecho real eran dos cosas muy distintas. No creía que estuviera preparada para meterse en la cama con él.

Nick la abrazó y besó levemente.

—Ya es hora de que duermas conmigo, cariño —murmuró contra sus labios—.

Ya es hora de que sepas que eres mi esposa para siempre.

Caroline cerró los ojos para saborear mejor esas sensaciones.

De repente, Nick se apartó y la mira para preguntarle: —Caro ¿eres virgen?

El gesto de asentimiento de ella fue casi imperceptible, pero él se dio cuenta y sonrió triunfante.

—Así tiene que ser. Una mujer ha de reservarse para su marido —dijo arrogantemente—. ¿Quieres esperar a que llegue Deirdre o lo hacemos esta misma noche?

Por una décima de segundo ella deseó hacerlo, no había nada que se lo impidiera. Sería maravilloso amarlo.

Ese pensamiento la dejó helada y retrocedió de repente para mirarlo horrorizada. No había amor entre ellos y, tal vez, no lo habría nunca. Nick le gustaba, lo respetaba y, tal vez lo deseara. Pero ¿era eso suficiente? Dentro de una semana podría ser que sí. ¿Pero esa misma noche?

—¡No! Yo... Me gustaría esperar.

Él respiró profundamente y la agarró fuertemente por los hombros, pero no discutió. Luego la soltó y empezó a subir las escaleras pesadamente. Caroline se quedó donde estaba, preguntándose si no habría cometido un error.

Mas tarde, después de darse un largo y cálido baño, Caroline

salió del cuarto de baño vestida sólo con el camisón y una bata ligera. Se sentía cansada.

Nick estaba apoyado contra la pared al lado de la puerta de su dormitorio, con un pie en la pared y los brazos cruzados. Cuando lo vio allí, desapareció de ella toda la fatiga.

—¿Quieres algo? —le preguntó ella cuando estuvo a su lado.

—Sólo darte las gracias de nuevo por cuidar a Amanda. Lo has hecho muy bien

—dijo él suavemente.

—Me alegro de que lo pienses. No me había dado cuenta hasta ahora de lo lejos que estamos de cualquier médico.

—Nos las hemos arreglado bien desde hace ya muchos años y, seguiremos haciéndolo en el futuro.

Ella asintió, pero no supo qué decir por un momento.

—¿Quieres que te revise la venda? —dijo por fin.

El sonrió y le acarició la mejilla.

—Ahora no. Hoy me he sentido orgulloso de ti, yanky. No te has dejado llevar por el pánico y te has comportado como si hubieras nacido aquí. Lo harás bien, compañera.

Esta vez su voz fue como un buen vino y Caroline pensó que podía emborracharse con ella.

—Aquí dependemos de nosotros mismos. Mucho más que la gente de la ciudad

—continuó él, acariciándole ahora los labios.

—¿Por lo lejos que estamos de los médicos?

Caroline apenas se dio cuenta de lo que decía . Entonces él se apartó de la pared y la besó levemente.

—Eso es. Creo que lo vamos a conseguir, Caro.

Luego se metió en su habitación.

Según pasaban los días, Caroline seguía siendo muy consciente de la presencia de Nick cuando estaba cerca. Una noche, mientras él observaba cómo lavaba los platos, ella lo miró tímidamente y le dijo:

—¿Te das cuenta de que ya casi llevamos una semana casados?

Él asintió.

—Y creo que no nos conocemos mejor que el primer día —añadió ella.

—Tenemos tiempo de sobra para eso. Hace que la vida sea más

interesante.

¿Qué es lo que quieres saber?

—No sé. Por ejemplo, ¿siempre has querido llevar la estancia?

—Sí.

Caroline lo miró expectantemente.

—¿Sólo sí? ¿Te importaría extenderte más?

—Sí, siempre lo he querido. ¿Te parece bien así?

—No, más que eso. Algo como que siempre lo has querido porque te gustan las vacas o algo parecido.

—Caroline, a nadie le pueden gustar las vacas. Son estúpidas, sucias y dan un montón de problemas.

—Entonces, ¿te gusta montar a caballo?

—Sí.

—Oh, Nick, ¿cómo voy a averiguar algo si me respondes siempre con monosílabos?

Nick le quitó la fuente que tenía en las manos y la tomó de la mano. Salieron de la cocina y empezaron a andar fuera de la casa.

—Vamos a dar un paseo y te contaré todo lo que quieras, ¿qué te parece?

—De acuerdo.

—Cuando era pequeño siempre pensé que tendría que hacerme cargo de esto alguna vez. Pero mi padre vivía aquí entonces y yo pensaba que, naturalmente, sería él quien se hiciera cargo después del abuelo y yo lo seguiría a él. 0 lo habríamos seguido Alex y yo.

Esos últimos años siempre trabajamos juntos, pero papá se fue a Sydney cuando yo empecé la universidad.

—¿Por qué? ¿No le gustaba vivir aquí?

—El abuelo y él siempre andaban peleándose. Además, creo que se le rompió el corazón cuando mi madre nos abandonó. Él esperó hasta que casi éramos mayores y no lo necesitamos para marcharse.

—¿Tu madre os dejó cuando erais pequeños?

—Sí, Alex era un bebé y yo tenía sólo cuatro años. Mi padre se dedica ahora a llevar una compañía de fletes y eso le gusta más que el ganado. También parece que el abuelo y él se llevan mejor ahora. Hace unos años compramos una buena cantidad de acciones de su compañía. El fue quien presentó a Alex y Tessa. Durante meses, Alex se pasó más tiempo allí que aquí. A Tessa no le gustaba nada la idea de venirse a vivir aquí y el matrimonio fue mal desde el

principio.

—¿Echaba de menos ella el romance de cuando eran novios o algo así?

—Echaba de menos la ciudad. Alex debió darse cuenta de que ella no encajaba aquí para nada. Se pasaban el día peleándose, ya que ella quería que él se fuera a trabajar con nuestro padre y a él le encantaba la estancia y quería trabajar aquí.

Estaban enamorados, así que continuaron juntos. Yo creo que les habría venido bien una relación breve e intensa que un matrimonio. Al final, las emociones los apartaron. Esto fue demasiado para su amor.

Caroline no supo qué decir, pensó en su madre y en la vida llena de emociones atormentadas que había llevado, todo en nombre del amor. ¿Había sido ella como Tessa?

—El amor es algo superado —dijo.

—¿Lo dices por tu madre?

—Sí.

—Háblame de ella.

—No hay mucho que contar. Ya murió. Cuando yo era pequeña, mis padres se divorciaron y ella se enamoró otra docena de veces. Se casó seis veces más. Tenía mi custodia, pero me dejaba con mi abuela la mayor parte del tiempo. Cuando dejé el instituto, me fui a vivir con mi abuela.

—¿Y?

—¿Y qué? El amor es una ilusión que ella no paraba de buscar constantemente.

Realmente, no quería que yo viviera con ella. Sobre todo cuando crecí y ella se dedicó con todas sus fuerzas a parecer más joven de lo que era realmente.

—¿Y es ésa la razón por la que no te casaste nunca?

—Estoy casada.

—Me refiero a antes de lo nuestro.

—Sí. Mi madre no era precisamente el mejor ejemplo de fidelidad marital. ¡Se casó siete veces! Se quedaba hasta que las cosas se ponían difíciles y luego, se marchaba. O lo hacía el marido de turno. El amor nunca duraba, por lo que ella decía. Yo estuve prometida una vez y pensé que me iba a casar y a vivir felizmente.

Pero él no era de fiar. Por suerte, me di cuenta antes de casarme.

Era cierto que había visto matrimonios felices. ¿Por qué no habría podido encontrar ella la clase de amor en que estaban basados esos matrimonios? Si es que existía.

—¿Quién era él?

Caroline lo miró y le pareció como enfadado.

—Se llamaba Stuart Williams.

—¿Lo amabas?

—Eso creía, pero no me costó mucho olvidarloluego. Supongo que lo que me pasó fue que pensé que lo amaba.

—Entonces, ¿nunca has estado enamorada?

—Tal vez sea que no exista el amor verdadero —dijo ella amargamente.

—El amor es una emoción poderosa que se supone que tiene que llevar lo mejor a una relación. Pero no es así. Yo también estuve comprometido una vez, hace ya mucho tiempo. Rompí la relación cuando me encontré a Gina en la cama con otro.

Tal vez nosotros tengamos algo en común.

—Hay gente que tiene matrimonios felices.

—No mucha. Mira Alex. Estaba enamorado de Tessa, pero no paraban de pelearse. Ella decía que lo amaba, pero lo dejó para ir en busca de una vida más excitante. Mi madre nos dejó porque no se sentía suficientemente amada.

—Es raro que un matrimonio dure.

—El nuestro durará, porque está basado en una necesidad mutua, no en una emoción pasajera. Si somos sinceros el uno con el otro, tendremos una buena vida juntos, Caroline. Sin todas esas emociones temperamentales del llamado amor.

Ella asintió, decepcionada. Tal vez fuera una romántica en su interior.

Cuando volvieron a la casa. Nick la besó levemente y se dirigió al despacho.

Ella lo vio mientras se alejaba y pensó que un poco de amor entre ellos no les haría daño.

Caroline se secó las manos en los costados de los pantalones cortos. La entrevista que iba a tener a continuación la ponía nerviosa. Se detuvo delante de la puerta del despacho y respiró profundamente. Llevaba ya casi dos semanas en la estancia y, desde la primera noche, había tratado de evitar a George en lo posible.

Ahora iba a verlo deliberadamente.

Llamó a la puerta y entró. George levantó la mirada de la pantalla del ordenador y frunció el ceño cuando vio que era ella.

—¿Puedo hablar un momento contigo? —dijo ella sin que se le notaran los nervios.

George asintió y le señaló una silla. Caroline cerró la puerta y se acercó.

—Una charla privada, ¿eh? ¿Quieres marcharte?

Ella agitó la cabeza y se sentó en el borde de la silla.

—No, no quiero hacerlo. Ya sé que no crees que sea una mujer adecuada para Nick, pero estoy haciendo lo que puedo para ser una buena esposa. Yo no soy ninguna chica frívola que ha venido para conseguir mi parte de la herencia de Edith y marcharme. He hecho un trato y lo cumpliré. No es por eso por lo que estoy aquí.

Quiero saber cuál es el pastel favorito de Nick.

George la miró, sorprendido.

—¿Su pastel favorito?

—Sí. Como sabes, hoy es su cumpleaños y he pensado hacerle una tarta para esta noche. He dado por hecho que dais los regalos en la cena, ya que no lo has hecho en el desayuno.

—¿Su cumpleaños? Nosotros no les damos mucha importancia a los cumpleaños.

—No pienso hacer mucho. Sólo la tarta que más le guste, y unos filetes para cenar. Sé que eso le gusta.

—¿Es esto más de esos mimos de los que ha hablado él?

Caroline sonrió.

—No es demasiado, sólo una tarta.

—Eso será más de lo que haya tenido nunca.

Ella parpadeó, sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Sólo lo que he dicho. No hacemos nada los cumpleaños.

—¿Nunca?

Incluso sus distintos padrastros habían recordado siempre sus cumpleaños.

Siempre había tenido regalos y fiestas.

—Tal vez cuando era niño, antes de que se marchara su madre. Pero hace tanto tiempo de eso que no lo recuerdo.

—Bueno, pues yo quiero hacerle una tarta y quiero que sea de

las que más le gustan —dijo Caroline firmemente.

—Chocolate. Siempre lo pide cuando vamos a alguna parte.

George siguió mirándola como si no la hubiera visto nunca antes y añadió:

—¿Sabes que Deirdre Adams llega mañana?

Ella asintió. ¿Cómo podía olvidarlo? Lo estaba temiendo.

—¿Te vas a ocupar tú de ella?

Caroline lo miró, tratando de ver si él se había dado cuenta de que temía esa visita.

—Eso creo.

Luego, Caroline se levantó y se dirigió a la puerta, pero allí George la llamó.

—Voy a ir al pueblo dentro de poco. Podría traerte esa mecedora que mencionaste.

Caroline asintió y, sin saber qué decir, salió por la puerta y se dirigió a la cocina.

¿Era eso una oferta de paz? De repente, se le ocurrió una cosa y se dio la vuelta.

Asomó la cabeza por la puerta y le dijo:

—¿Podrías comprar también unas velas? Son para la tarta.

George asintió y volvió al ordenador. Por un momento, Caroline pensó que había visto un destello de diversión en sus ojos. Ya le resultaban suficientemente conocidas esas señales en los ojos de George. Ella parecía divertirle mucho.

Capítulo 6

CAROLINE estaba muy nerviosa ante la perspectiva de la cena. Agradeció incluso que Nick no fuera a almorzar, ya que así no se daría cuenta de nada y no se estropearía la sorpresa.

Cuando estaba llegando la hora, vistió a Amanda con sus mejores ropas y ella se arregló también, pero sin muchos excesos para que no se le notara.

Durante la cena, todo el mundo estaba de buen humor y, por primera vez, Caroline no sintió la hostilidad de George hacia ella. Tampoco es que estuviera amigable, sólo no ofensivo. Nick y él disfrutaron de la comida y no se apresuró a marcharse cuando terminaron.

—Espera. Tengo algo para ti —le dijo Caroline, mientras empezaba a recoger la mesa.

George se acomodó en su silla y observó a Nick.

—¿Pasa algo? —preguntó Nick.

—No —respondió George, divertido.

Caroline preparó la tarta y encendió las velas. No había puesto las treinta y cuatro, ya que no quería empezar ninguna pelea, y se limitó a rodear la parte de arriba. Cuando todas estuvieron ardiendo, tomó la tarta y la llevó lentamente a la mesa.

Vio entonces la sorprendida expresión de Nick. A ella casi se le saltaron las lágrimas al verlo y respiró profundamente.

Empezó a cantar cumpleaños feliz y George se le unió y Amanda se rió al ver todas esas velas ardiendo.

—Ahora tienes que pensar un deseo y soplarlas todas —dijo Caroline, cuando dejó la tarta sobre la mesa.

Viendo la expresión de él se alegró mucho de haberle hecho la tarta.

Nick sopló las velas y Amanda aplaudió.

—¿Cómo has sabido que hoy era mi cumpleaños? —preguntó Nick, mientras quitaba las velas.

—Lo vi cuando firmamos el certificado de matrimonio —dijo ella, mientras dejaba a su lado una caja envuelta—. Esto también es para ti.

George se levantó entonces y salió de la cocina. Cuando volvió,

lo hizo con otras tres cajas que dejó al lado de la de Caroline.

—Unos pocos más —dijo mientras se volvía a sentar.

Nick se ruborizó levemente. Levantó la mirada y se encontró con la de su abuelo y luego con la de Caroline. Su expresión no revelaba nada de lo que podía estar pensando. Caroline empezó entonces a cortar la tarta.

—¿Es por eso por lo que te has vestido así? —murmuró él, mientras tomaba el primer regalo.

Primero abrió los del abuelo. Una camisa de trabajo color azul oscuro, un juego de pañuelos y un álbum de fotos, regalo de Amanda.

Luego tornó el regalo de Caroline y lo abrió. Miró dentro de la caja y, entre un montón de algodón, había una hebilla de cinturón de plata que representaba un cuernilargo de Texas.

—Un detalle de Texas para ti —le dijo Caroline sin dejar de mirarlo.

La sonrisa que él le dedicó le llegó al alma. Luego, extendió los brazos y la abrazó con fuerza.

—Muchas gracias. ¿Lo trajiste contigo?

—Sí. La verdad es que lo traje como regalo de bodas, pero, como no los intercambiamos, lo guardé para tu cumpleaños. Menos mal que vi la fecha en el certificado,¿no?

Entonces, Caroline pudo ver en la mirada de él que se acababa de dar cuenta de lo pobre que había sido la boda, la ausencia de bienvenida que había habido en su familia hacia ella. Pudo darse cuenta de su arrepentimiento.

—Maldita sea —murmuró Nick—. Debería haberte comprado algo a ti. A las mujeres les gustan esas cosas.

—Eso es una tontería —dijo ella, escondiendo el disgusto que había sentido—.

Fui una romántica estúpida. Lo nuestro es una relación de negocios, no de amor.

Ahora tómate la tarta. El abuelo me dijo que era tu favorita.

Nick la miró, disgustado consigo mismo. Finalmente, aceptó un trozo de tarta.

El postre se desarrolló de una forma bastante sombría y Caroline se había dado de bofetadas por haber destruido el buen humor. No había sido su intención.

Al cabo de un rato, fue George el que habló.

—La verdad es que nunca lo había visto desde tu punto de vista. Viniste de lejos buscando algo. Abandonaste tu hogar y tu país por alguien a quien ni siquiera conocías.

Ella sonrió.

—¿Y no es bonito que haya funcionado?

George fue a abrir la boca como para decir que todavía era pronto, pero no dijo nada y se limitó a asentir.

Caroline pudo notar la tensión que surgía de Nick mientras se tomaban la tarta y luego el café. No paraba de recorrerla con la mirada mientras comía. Cuando terminaron todos, Nick la tomó del brazo y la hizo levantarse.

—Abuelo, ¿podrías ocuparte tú de los platos y de Amanda? Yo quiero hablar un momento con Caroline.

Luego tiró de ella, tomó su regalo y, después de salir de la cocina, subieron las escaleras.

Sólo segundos después, Nick cerró la puerta de su habitación y la miró extrañamente.

—¿Pasa algo? —preguntó ella, insegura de lo que él iba a hacer.

—Nada en absoluto —respondió él, mientras dejaba su regalo sobre la cama—.

Sólo que no voy a esperar a mañana por la noche a que compartas mi habitación.

Vamos a empezar esta misma noche.

Luego bajó la cabeza y la besó.

El corazón le latió fuertemente y una oleada de calor la invadió ante su contacto.

Abrió la boca y la lengua de él se introdujo dentro. Era demasiado pronto, no estaba lista. Aún así, la intoxicación que le produjo ese beso hizo que se olvidara de todos sus miedos, que se olvidara de protestar. Se relajó contra él, ansiando estar más cerca; le puso las manos sobre los fuertes hombros, deseando darle a él tanto placer como el que él le podía dar a ella.

Nick levantó la cabeza y la miró acaloradamente. Lentamente le soltó las horquillas del cabello y se lo soltó. Respiraba dura y rápidamente mientras la apretaba con su cuerpo contra la sólida puerta, aunque Caroline no estaba muy segura de quién estaba apretando a quién.

Volvió a bajar el rostro de nuevo y le recorrió el rostro con sus suaves besos hasta que ella estuvo llena de deseo.

Un deseo que pronto estuvo fuera de todo control y la llevó a unos niveles de pasión que ella nunca antes había conocido. Sus exploraciones la hicieron vivir. No era consciente de nada más que del hombre que la estaba abrazando. Estaba inflamada y se apretó contra él todo lo que pudo y siguió acariciándole febrilmente.

Cuando él empezó a acariciarle lentamente los costados y le llegó a los senos, Caroline se estremeció. Estaba flotando en un mar de sensaciones, cálido, excitante e incompleto. Sus dedos lucharon instintivamente contra los botones de la camisa de Nick, deslizándose entre ellos, sintiendo el calor de su piel y la dureza de sus músculos. Deseó sentirlo contra ella, absorberlo.

Por fin, los botones cedieron y la camisa se abrió. Sorprendida, Caroline se dio cuenta de que él le había abierto el vestido. Se apretó entonces contra él , disfrutando de la sensación de sentir su acalorada piel contra la de él. Casi se estaba ahogando, pero no quería apartar ni un milímetro la boca de la de Nick.

Él le quitó entonces el vestido y le apoyó las manos en el suave y redondeado trasero mientras ella le recorría el pecho con las manos hasta llegar a la cintura de los vaqueros. El gemido que soltó él la hizo sonreír, encontraba muy satisfactorio saber que podía darle tanto placer como él daba a ella. Le abrió los vaqueros y se quedó anonadada cuando vio lo mucho que él la deseaba.

Nick la miró entonces y se rió de su cara de sorpresa.

—Mi pequeña e inocente esposa. Pronto sabrás mucho más.

—Yo sé... algunas cosas —dijo ella sin dejar de mirarlo, mientras sus manos seguían explorando.

Nick respiró profundamente.

—¡Con cuidado, querida!

Luego se desnudó rápidamente del todo e hizo lo mismo con ella para depositarla a continuación sobre la cama. En décimas de segundo estuvo sobre ella y empezó el asalto de su cuerpo con la boca.

—Nick, es demasiado pronto —protestó ella entonces—. No puedo hacer esto.

—Ya es demasiado tarde para parar, Caroline. No me vengas con historias ahora.

Nick la volvió a besar y ella se apretó contra su cuerpo, mientras seguía acariciándole la piel. El mundo exterior dejó de existir y sólo quedaron ellos dos; un pequeño mundo de placer exquisito donde el éxtasis era lo más importante.

Entonces, Caroline se sintió como en una nube, satisfecha, flotando en una oleada de encantamiento.

—¿Estás bien? —le preguntó Nick suavemente, mientras su peso la apretaba contra el colchón.

—Mmm —murmuró ella.

Hablar habría sido algo de lo que no se sentía nada capaz y sus ojos se negaban a abrirse. Si el tiempo pudiera dejar de correr y pudiera flotar para siempre en esa situación...

—Gracias por mi tarta de cumpleaños y por el regalo —dijo él antes de volverla a besar—. Nadie había hecho algo así antes por mí.

—¿Es ésta tu forma de dar las gracias? —dijo ella, sonriendo involuntariamente.

—No, creo que esto lo considero otro regalo de cumpleaños. ¿Te estoy aplastando?

—No. Pero pesas más que una sábana. Y también me mantienes más caliente.

—Y tú eres más suave y blanda que cualquier colchón en el que haya dormido.

Luego la besó de nuevo en los labios, levemente, pero no profundizó en el beso.

—Mmm. Muy bonito. Creo que me gusta esto de estar casada.

—Es una buena cosa, ya que ahora estamos irrevocablemente casados.

Caroline asintió; estaba demasiado cansada como para responder. Deseaba desesperadamente permanecer despierta para que cada detalle se le quedara grabado en la memoria. No quería olvidar nunca esa noche. Pero, por fin, sintiéndose protegida por Nick, se quedó dormida.

Se despertó una vez por la noche, confundida por la inesperada presencia en la cama de otra persona, pero luego sonrió y volvió a dormirse.

Por la mañana, se despertó sola. Miró al reloj y vio que todavía era pronto.

Tenía que levantarse para preparar el desayuno a los hombres.

Amanda seguía dormida y Caroline esperaba que siguiera así hasta que los hombres se hubieran marchado. En la cocina se encontró con Nick y George, que la estaban esperando.

A ella le entró un repentino ataque de vergüenza. No se había dado cuenta de lo incómodo que podía ser entrar en un sitio donde todos los presentes supieran lo que había estado haciendo esa noche. La mirada de George no titubeó y su expresión no indicó nada. Casi tropezando, Caroline se dirigió al frigorífico a por los huevos. Nick se le acercó allí, la tomó la mano y le dio un beso en la palma.

—¿Has dormido bien? —le preguntó al tiempo que la soltaba y tomaba el bacon.

Ella se dio cuenta de que llevaba puesta la hebilla que le había regalado y eso la alegró.

—Sí.

Evitó su mirada y se dirigió a la cocina. Necesitaba la rutina de preparar el desayuno para recuperar su seguridad.

Se alegró cuando terminó el desayuno y los hombres se marcharon. Para la tarde ya se le habría pasado la tontería. La gente casada hace el amor todo el tiempo,

¿o no?

Nick se detuvo un momento antes de marcharse y le dijo:

—Volveré a eso del mediodía para ir al pueblo a recoger a Deirdre. Estaremos de vuelta a las tres.

—¿Querrás almorzar algo?

—Un sándwich para el camino.

Luego dudó, como si le fuera a decir algo más, pero se marchó. Caroline se preguntó entonces si no podrían Amanda y ella ir con él.

Cuando la niña se hubo despertado, Caroline se llevó sus cosas a la habitación de Nick. Luego cambió las sábanas y limpió su habitación, abriendo la ventana para que se ventilara. Estaba muy bonita y Deirdre no tendría nada de qué quejarse.

Pero Nick no la invitó a que fuera a recibirla y, cuando se marchó, ella se dio cuenta de que se llevaba la furgoneta nueva, no con la que la había ido a buscar a ella. Deseó comprenderlo mejor. Deseó no tener que preocuparse por esa tal Deirdre.

Cuando Nick volvió, Caroline estaba sentada en su nueva

mecedora y Amanda estaba jugando cerca con su muñeca y levantó la cabeza cuando oyó el coche. La niña estaba preciosa con uno de sus vestidos nuevos y, como el cabello le había crecido un poco, ya no parecía tanto un niño.

La mujer que salió de la furgoneta era alta y esbelta. Sus pantalones blancos se le ajustaban perfectamente y el top color azul oscuro se le sujetaba sólo a un hombro, dejando ver su cremosa piel. Llevaba el cabello rubio cortado a la última y el maquillaje resaltaba sus mejores rasgos, sus ojos castaños.

Por la forma en que se agarró a Nick cuando él la ayudó a bajar del coche y su manera de sonreír, Caroline se dio cuenta de que estaba tratando de conquistarlo.

Nick las presentó y Caroline hizo como si no se diera cuenta de la forma fláccida con que Deirdre le dio la mano.

—No me lo pude creer cuando Nick me dijo que se había casado. ¡Ha sido toda una sorpresa!

Y desagradable, a juzgar por su expresión.

Caroline se limitó a sonreír y asintió. Luego, acercó a Amanda a su tía.

—Y aquí está Amanda. ¿Cuánto hace que no la ves?

—Desde antes de la muerte de Tessa —respondió Deirdre, sonriéndole a Amanda como un anuncio—. Hola, sobrinita.

Cuando Amanda sonrió y fue a agarrarse a sus piernas, Deirdre retrocedió espantada.

—No, no querida. No toques los pantalones de tu tía.

Luego le dijo a Caroline:

—Esperaré a que esté limpia antes de tomarla en brazos. Está sucia.

Y con eso se volvió a Nick.

—Estoy ansiosa por que me enseñes la estancia. Tessa me habló mucho de ella.

Me muero por verlo todo.

—No creo que el blanco sea el mejor color para andar por aquí —dijo él, mientras Carolina tomaba en brazos a la niña.

A Caroline no le importaba estar un poco polvorienta, y sabía que la niña era demasiado pequeña para que le hubiera importado el rechazo de su tía, pero aún así, a ella le había molestado el comportamiento de Deirdre.

—He traído más ropa. Incluso unos vaqueros. Estoy segura de que estaré bien.

Caroline no se había esperado que Deirdre le cayera bien, y así era. Pero tampoco se había esperado los celos que la asaltaron al verla sonreír de esa forma a Nick y a él devolviéndole la sonrisa. Los observó mientras sacaban el equipaje del coche, con ella sin dejar de hablar. Teniendo en cuenta las tres maletas que llevaba, se preguntó cuánto tiempo pensaría quedarse. Y ¿dónde estaba su supuesta devoción por su sobrina? Parecía mucho más interesada en Nick que en Amanda.

Recordó que George le había dicho que habían salido un tiempo. ¿Hasta dónde habría llegado su relación. ¿Habrían hecho el amor? El corazón se le encogió.

Esperaba que no, no podía soportar ese pensamiento.

—Que habitación más bonita —dijo Deirdre, cuando Nick le dejó las maletas en la que había sido de Caroline hasta el día anterior—. ¡Es perfecta! Gracias, Nick

—Agradéceselo a Caroline. Ella fue la que la decoró. Está arreglando toda la casa. Si necesitas algo, háznoslo saber.

Nick no vio el destello de ira que apareció en la mirada de Deirdre cuando dijo eso.

—Estoy segura de que Caroline ha pensado en todo. Si no, le pediré lo que sea.

A pesar de que las palabras eran completamente inocuas, el tono no lo era en absoluto. Caroline se marchó antes de verse tentada a responder adecuadamente.

Caroline bañó y cambió a Amanda y luego, la llevó a la habitación de Deirdre.

Como no estaba allí y oyó voces en la marquesina, se dirigió allí. Estaba sentada en su nueva mecedora y George y Nick estaban sentados a cada lado. Por supuesto, todos se conocían desde hacía años. Por un momento, Caroline se sintió una extraña, como una invitada que fuera tolerada de mala gana.

—Aquí está mi preciosa sobrina. Ven con tu tía, querida. Te he traído una muñeca preciosa y un libro para que leas. Es increíble lo mucho que ha crecido y lo bien que está —dijo Deirdre mirando a Nick.

Nick la observó con los párpados entornados y sonrió levemente

cuando ella dijo que Amanda tenía buen aspecto.

—Deberías haberla visto antes de que llegara Caroline y se ocupara de ella.

Parecía un duende.

Sin mirar a Caroline, que seguía manteniéndose en la periferia del grupo, Deirdre dijo entonces:

—Debería haber venido antes. No me di cuenta de lo difícil que ha debido ser para vosotros. Podría haberme ocupado yo de Amanda. Después de todo, también es mi sobrina. Podríamos haber compartido el deber.

Era como si estuviera hablando sólo con Nick.

—Tú tenías tu trabajo en Sydney y ella está bien aquí.

—Siéntate —le dijo George a Caroline cuando vio que ella seguía en pie.

Nick ni siquiera la miró.

—No, gracias, tengo que empezar ya con la cena.

Luego se volvió y se dirigió a la cocina, llena de ira y celos. ¿Quién se creía que era, jugueteando de esa forma con su marido? Nick era suyo y, cuanto antes se diera cuenta Deirdre de ello, mejor. Y¿qué estaba haciendo él prestándole tanta atención?

¿Es que no se acordaba que tenía una esposa que lo amaba?

Caroline se paró en seco. ¡Cielo Santo! ¡Amaba a Nick! No había querido enamorarse, ni nunca había pensado hacerlo. Pero no podía evitarlo. Si se ponía a pensarlo, él era lo que había querido toda su vida. Un hombre fuerte, fiable, atractivo, cariñoso. Lo pensó un momento más. Y autoritario, arrogante y exigente, y esas eran cosas que a ella no le gustaban demasiado. Pero todas juntas hacían lo que él era. Sonrió. ¡Lo amaba! ¿Podría amenazar eso la visita de Deirdre? ¿Podría ser que Nick encontrara más de su gusto una esposa australiana? ¿Podría pensar que la tía de Amanda era una elección mejor para ser además su madre que una desconocida venida de Estados Unidos?

Estaba claro que lo amaba, pero no se lo iba a decir. No a no ser que Nick le mostrara de alguna manera que él sentía algo parecido por ella.

Durante la cena, Deirdre no paró de hablar. Caroline tuvo que reconocer que sabía ser entretenida. Fue bastante cáustica contando algunas anécdotas sobre la vida en Sydney y pareció interesarse

sinceramente en los progresos de Amanda, aunque seguía sin querer tenerla en brazos o pasar mucho tiempo con ella.

Pero Caroline estaba más preocupada por el juego que estaba jugando con Nick.

No la ayudaba mucho saber que estaba celosa de ella, y no muy segura de sí misma por la tenue relación que tenía ella con su marido.

—Me muero de ganas de ver la estancia, Nick —repitió Deirdre —. ¿No podríamos después de la cena? Voy a estar aquí muy poco tiempo y no quiero perderme nada.

—¿Y Amanda? Creía que habías venido a verla a ella —intervino Caroline sin poderlo evitar.

—¿Es que no se acuesta pronto? Ahora es el momento perfecto para explorar esto. De esa manera podré pasar mucho tiempo con ella mañana, cuando se despierte.

Aquello pareció de lo más lógico, pero irritó mucho a Caroline.

—Después de cenar podemos ver los alrededores de la casa, antes de que esté demasiado oscuro. Caroline puede cuidar de la niña —dijo entonces Nick, frunciéndole el ceño a Caroline, como si le hubiera disgustado su comentario.

El corazón se le cayó a los pies. El único rnomento íntimo del que solían disfrutar siempre había sido después de cenar. Por supuesto, ella había sabido de antemano que no podían desaparecer y abandonar a su invitada, pero le dolió que él destruyera esa intimidad para pasar el rato con Deirdre.

Ya había oscurecido por completo y Caroline y George estaban sentados en la marquesina, esperando a que volvieran. Ambos en silencio, enfrascados en sus pensamientos. Caroline había tratado de no contar los minutos que llevaba Nick fuera, pero ya era de noche.

Y todavía no habían vuelto.

Capítulo 7

CAROLINE se metió en la cama y los recuerdos de la noche anterior la asaltaron. Estuvo bastante rato despierta en la oscuridad hasta que un haz de luz se coló por debajo de la puerta y Nick la abrió poco después. Dudó un momento y luego la cerró, acercándose a la cama en la oscuridad.

—¿Caroline? —preguntó en voz baja.

—Estoy despierta, por si quieres encender la luz —respondió ella, escondiendo su enfado.

Se negó a mirar al reloj, no quería saber qué hora era.

—Voy al cuarto de baño.

Luego lo oyó prepararse para meterse en la cama y, cuando lo hizo, Caroline se quedó muy quieta, obligándose a sí misma a ignorar el intenso deseo de apretarse contra su cuerpo.

Evidentemente, a Nick no le pasaba nada de eso, ya que la abrazó inmediatamente y, por un breve instante, ella se relajó. Pero luego frunció el ceño.

—Hueles a su perfume —le dijo fríamente.

—Deirdre es una sobona. Se ha pasado todo el rato agarrándome del brazo.

Decía que no se quería caer. No debería haber llevado esos zapatos de tacón. No podía mantener el equilibrio.

Caroline sonrió tristemente. Muy lista. Tal vez ella debiera intentar algo parecido.

—Habéis tardado mucho —dijo sin poder evitarlo.

—Hay muchas cosas que ver; ella no ha estado nunca en la estancia.

—Ni yo. Podías haberme llevado a mí también.

—Si querías ir, ¿por qué no lo dijiste?

—Porque me dijiste que me quedara con Amanda.

Además, no me gusta meterme donde no me llaman.

—No te pongas a imaginarte cosas que no existen.

Cielos, te estás pareciendo a Tessa.

—¿Tenía ella razones para sospechar de Alex?

—¿Sospechar de qué? Por Dios, lo que yo he hecho ha sido enseñarle esto a una visita y ella me ha hecho un montón de

preguntas y por eso he tardado. Parece que estás celosa.

—¡No! —exclamó ella demasiado rápidamente.

—Duérmete, estoy cansado y tengo muchas cosas que hacer mañana.

Caroline esperó un momento, pero él no dijo nada más. Ni siquiera le dio un beso de buenas noches. Probablemente ya había conseguido besos más que de sobra para esa noche.

—¿Tienes problemas con la ley? —le preguntó Deirdre la tarde siguiente cuando las dos estaban sentadas en la marquesina y apareció un coche de la policía.

Efectivamente, el coche aparcó delante de la casa y Caroline sonrió cuando reconoció al ocupante. Era Nate Wilson. Entonces, recordó también que Nick le había dicho que se mantuviera apartada de él. Pero no podía meterse corriendo en la casa y darle con la puerta en las narices. Además, ¿no era él amigo de Nick?

—Hola —dijo y se puso en pie para darle la bienvenida.

Deirdre siguió sentada, observándolos ávidamente.

—Pensé que podía pasarme por aquí para ver cómo te va la vida.

Entonces, él le dio un ramo de rosas.

—¡Son preciosas! Me encantan las rosas, son mis flores favoritas. Espero plantar algunas por aquí cuando termine de arreglar la casa. Adelante, estábamos aquí, disfrutando de la sombra. ¿Quieres un té helado o una limonada?

—Limonada.

Caroline lo presentó entonces a Deirdre y se fue a poner las rosas en agua y llenar otro vaso de limonada.

Cuando volvió, los dos estaban charlando. Caroline se sentó y entonces, Deirdre sonrió maliciosamente a Nate.

—Ya me sonaba tu nombre, Tú eras un amigo muy especial de mi hermana Tessa, ¿no?

El la miró, sorprendido.

—No sabía que fueras la hermana de Tessa.

—No hay ninguna razón para que lo supieras. ¿Vienes ahora a visitar a la esposa de Nick?

—Es sólo una visita amigable —dijo él, entornando los párpados.

—Qué buen vecino. Ella es nueva en Australia, ¿sabes? No tiene

muchos amigos por aquí.

—Lo sé. Ya conocerá gente en su momento.

Caroline se dio cuenta de que había algo que se le estaba pasando por alto, pero no sabía qué. Recordaba las palabras de Nick de que se mantuviera apartada de ese hombre, pero parecía inofensivo, amigable. Seguramente, Nick no se enfadaría porque estuviera allí con él y Deirdre.

—No has ido al pueblo recientemente, ¿verdad? —le preguntó Nate, sonriendo.

—No. Hay mucho que hacer por aquí. Sólo fui un día a comprar algunas cosas.

—Tengo entendido que estás arreglando esto.

Caroline se preguntó dónde lo habría oído.

—Un poco. Parece que hace años que nadie lo ha intentado.

Luego se dirigió a Deirdre.

—Me sorprendió ver que Tessa no hubiera hecho casi nada.

La otra se encogió de hombros.

—Ella quería que Alex construyera otra casa para ellos solos. Aquí se sentía como una extraña y no quería perder el tiempo decorando la casa cuando pensaba mudarse pronto.

—No era feliz aquí —intervino Nate.

—No, ella era una chica de ciudad y fue una mala suerte que se enamorara de Alex. Pero el dinero era bueno, y estoy seguro de que formaba parte del atractivo.

—¿Dinero? —preguntó Caroline, sorprendida.

—No me digas que no sabes lo ricos que son los Silverman. Además de esta estancia, tienen intereses en minas de oro, de ópalos, además de en la compañía naviera. Aunque, viendo este lugar, no se podría decir. Está muy claro que necesita un poco de trabajo.

—Por lo que yo sé. Aparte del breve período que estuvo Tessa, por aquí no ha pasado otra mujer desde hace unos treinta años. No me extraña que esté en este estado. Y no, no sabía nada del dinero.

Caroline volvió a sentir un destello de ira. ¿Es que Nick no había confiado lo suficiente en ella como para contarle que tenía más cosas en su vida que esa estancia?

¿Cómo se había atrevido George a decir que los iba a arruinar cuando se fue de compras al pueblo?

—Bueno, lo que es seguro es que ese dinero no se ha utilizado para comprar muebles o ropas —dijo Deirdre.

Caroline apartó la mirada. Tal vez Nick había necesitado dinero en efectivo y, casándose con ella, había visto la oportunidad perfecta para obtenerlo. ¿Le habría mentido acerca de las verdaderas razones del matrimonio? ¿Era Amanda sólo una excusa?

Precisamente entonces Amanda la llamó desde su habitación. Cuando Caroline se levantó, Deirdre puso su vaso sobre la mesa y le dijo:

—Yo iré a verla, tú quédate con tu amigo.

Luego desapareció por la puerta.

—No me esperaba ver a alguien de la familia de Tessa por aquí. He oído que Nick está tratando de quedarse con la custodia de Amanda. ¿Por qué está ella aquí?

—le preguntó entonces Nate.

—Ha venido a visitar a Amanda. Nick estaba preocupado por que hubiera venido por lo de la custodia. Sus padres quieren ser ellos los que se queden con Amanda. Pero, de momento, no ha mencionado nada al respecto.

—No es como su hermana.

—¿Cómo era Tessa? —le preguntó Caroline—. No he visto ninguna foto. Espero que sus padres tengan alguna para que Amanda pueda ver cómo era su madre cuando sea mayor.

—Tessa era pequeña, con el cabello claro y unos ojos castaños, parecidos a los de Deirdre. Pero no era fuerte, como parece ser Deirdre. Tenía una noción muy romántica del matrimonio y de la vida en general aquí, en el campo. La realidad fue demasiado dura para ella.

El tono de voz de Nate era cariñoso y parecía tener los pensamientos muy lejos de allí.

—Así que se marchó.

—Trató de convencer a Alex para que se mudaran a Sydney o, incluso, a Darwin, pero él era demasiado terco y quería quedarse aquí.

—Su trabajo estaba aquí. Ella lo sabía cuando se casaron.

Nate asintió.

—Pero yo no he venido a hablar de gente a la que no conoces, y a la que nunca conocerás ya. La próxima vez que vayas al pueblo

nos tomaremos unos cafés y te presentaré a la gente.

—Probablemente vaya la semana que viene. Cuando se marche Deirdre, quiero seguir decorando la casa y luego plantaré un jardín. ¿Dónde has conseguido las rosas?

—Mamie Jorden las cría. Tiene la casa del pueblo con el jardín más grande.

—¿Y cómo la has convencido para que te dé unas cuantas?

—Le dijo que eran para una mujer hermosa que todavía no estaba acostumbrada a la dureza de este lugar.

Caroline se sintió incómoda ante ese cumplido. Ella era una mujer casada

¿Debería él hablarle de esa forma?

—Son preciosas. Me alegro de saber que han crecido aquí. Pero te equivocas, no encuentro duro este lugar. Es más, incluso tiene su propia belleza.

—Yo ya estoy acostumbrado a él, pero, de vez en cuando, un viaje a Darwin ayuda a romper la monotonía. Aquello es muy verde, tropical.

—Tendré que ir alguna vez.

—Bueno, el deber me llama. Tengo que marcharme. Recuerda ir a verme cuando vayas al pueblo.

Luego le dio la mano a Caroline y se la mantuvo un poco más tiempo del necesario, luego la soltó y sonrió.

Caroline se quedó mirándolo incómoda mientras se marchaba, preguntándose por qué habría ido allí. Estaba segura de que a algo más que a saludarla. Luego entró en la casa y empezó a preparar la cena.

Esa noche, cuando llegó Nick y todos estaban sentados a la mesa, le preguntó a Deirdre:

—¿Cómo lo has llevado con Amanda hoy?

—Es un ángel. Hemos pasado juntas mucho tiempo. Y estoy segura de que Caroline se ha alegrado de que estuviera yo aquí cuando llegó la visita.

Nick se dirigió entonces a su esposa.

—¿Has tenido visita? ¿Quién?

—Me pareció un amigo muy íntimo —murmuró Deirdre, antes de que Caroline pudiera responder.

La expresión de Nick se oscureció.

—No sabía que hubieras tenido la oportunidad de hacer amigos por aquí.

¿Quién era?

Caroline se humedeció los labios, ya que la boca se le había secado de repente.

—Nate Wilson.

—Ya te dije que te mantuvieras apartada de él —dijo Nick, airado.

—Oh, Caroline, lo siento, no me he dado cuenta de que no debiera haber dicho nada. Aunque, tal vez no debieras tú haber puesto las rosas en la mesa —dijo Deirdre.

Nick miró las flores y luego a Caroline. Su ira era evidente.

—Ya sé que me dijiste que me mantuviera apartada de él, pero pasó por aquí y

¿qué iba a hacer? ¿Darle con la puerta en las narices? Me dijo que era amigo tuyo.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que los dos hombres pensaban que había hecho mal, pero no sabía por qué.

—Lo fue en su momento, pero ya no lo es. Maldita sea, no tengo que darte ninguna razón para que hagas algo que te haya dicho que hagas, ¡yo soy el jefe en esta operación y tú te limitas a seguir mis órdenes! No quiero tener que repetírtelo

¿está claro? —exclamó él, echando chispas por los ojos.

Caroline lo miró incrédulamente. No se podía creer que le diera órdenes como si ella fuera un peón y que la tratara de esa forma delante de todo el mundo.

Pero antes de que ella pudiera decir algo, Deirdre volvió a hablar.

—Vaya, Nate Wilson. Ahora recuerdo el nombre. ¿No fue ese el hombre con el que se marchó Tessa?

El silencio que se hizo fue estruendoso. Caroline miró horrorizada a Deirdre. Y

esa mujer, toda inocencia, miró a Nick fijamente. Caroline miró lentamente las demás caras. En la de George se reflejaba la ira y, cuando vio la de Nick, se estremeció por la condena que se leía en su expresión.

—Lo siento, no lo sabía. No volveré a hablar con él —susurró.

Poco después, la conversación se reanudó en la mesa, pero

Caroline fue excluida. Mantuvo la mirada fija en el plato y terminó de cenar en silencio. ¿Qué estaba haciendo allí? No tenía nada que ver con aquella gente. La razón de que estuviera allí, y lo sabía muy bien, era el dinero que necesitaba para su abuela, y eso no había cambiado.

—Me encantaría bañar a Amanda esta noche —dijo Deirdre cuando terminaron de cenar—. Nick, ¿me puedes enseñar dónde está todo? No tengo mucho tiempo y me gustaría verla lo más posible.

Las lágrimas le quemaban en los ojos a Caroline y le dolía la garganta mientras recogía la mesa ella sola y luego empezaba a lavar los platos. Todo el mundo había escapado de allí en un tiempo récord y la habían dejado a ella sola para que limpiara.

Parpadeó fuertemente, decidida a no llorar. El suyo había sido un error involuntario, ya que ella no sabía la historia de Nate y Tessa. Pero estaba muy claro que Deirdre lo había sabido desde el primer momento. Su actuación durante la cena no la había engañado ni por un momento.

Pero eso no importaba, sí había engañado a Nick. El daño ya estaba hecho.

George no la había aceptado desde el principio. ¿Se estaría arrepintiendo ahora Nick de ese matrimonio? Se sentía desplazada. Tal vez un acuerdo de matrimonio no era suficiente. Tal vez, tuviera que haber por lo menos una relación de afecto primero para asegurar que la relación fuera duradera.

Llevaba allí más de dos semanas, haciendo todo lo que podía para cocinar y hacer que esa casa fuera un hogar. Y en sólo dos días, Deirdre lo había destruido todo.

¡Y Nick se lo había permitido!

Cuando terminó con los platos, Caroline salió por la puerta trasera y se dirigió al establo de los caballos. Una vez dentro, apoyó un montón de heno contra la pared y se sentó en él, observando a los caballos mientras comían. Las lágrimas se deslizaron por sus mejillas mientras recordaba la escena que se había producido allí entre ella y Nick. Deseó poder estar con su abuela, pero ella estaba ahora en el hospital, recibiendo el tratamiento que necesitaba para su recuperación. La echaba de menos. Nunca antes se había sentido tan sola.

Nick la encontró allí media hora más tarde.

—¿Caroline?

Ella se quedó helada cuando lo vio.

—Siento haber hablado con Nate después de que me dijeras que no lo hiciera.

—Y yo siento haberte gritado delante de todo el mundo. No estuvo bien.

Entonces la tomó la mano izquierda, donde tenía la alianza y añadió:

—Tessa era infeliz aquí e iba a Boolong Creek todas las veces que podía, lo que era casi todos los días. Nosotros sabíamos que quería más de la vida que ser ama de casa aquí, pero a Alex le encantaba esto y no quería irse a vivir a la ciudad. Estaba pensando construirle una casa y, tal vez eso la hubiera hecho feliz. Debería haberte explicado todo esto antes.

Caroline fijó la mirada en la mano que él le estaba acariciando y esperó a que él continuara.

—De todas formas, un día se marchó. Nate vino a buscarla y se la llevó a Darwin. Desde allí, ella se fue a Sydney.

—¿Se marchó con Nate? —le preguntó Caroline—. ¿O él se limitó a llevarla allí?

Nick la miró, confundido.

—Se marchó con él, por supuesto.

—Entonces, ¿qué te imaginas ahora? ¿Que yo me voy, a marchar también con él?

El la miró a los ojos por un largo rato, en silencio, como buscando la verdad de la situación.

—Tal vez —dijo por fin, apretándole los dedos fuertemente—. Ya sé que no hay amor entre nosotros y que los dos sabíamos en lo que no estábamos metiendo con este matrimonio. Pero estoy completamente seguro de que no quiero que te enamores de cualquier otro. Tú conocías los términos del acuerdo antes incluso de que salieras de Texas. Y yo espero lealtad e integridad de mi esposa.

—¿Pero no amor? —susurró ella.

—No, no espero amor. Eso no era parte del trato.

—¿Por qué te casaste conmigo?

—Ya hemos hablado de esto, Caroline. ¿A qué viene ahora esta

pregunta? Ya te lo dije al principio. Quería una madre para Amanda.

—¿No lo hiciste por el dinero?

—Si me hubiera casado contigo por el dinero, ¿crees que eso habrían hecho parecer tus motivos más puros? Mira a tu alrededor, ésta es una estancia próspera.

¿Te parece como si necesitara dinero?

—Mis motivos nunca estuvieron en cuestión. Tú sabías desde el principio que yo necesitaba ese dinero para el tratamiento de mi abuela.

—Los dos salimos beneficiados de este acuerdo.

—Tal vez uno más que el otro —dijo ella, empezando también a enfadarse.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sólo que yo lo dejé todo para venirme aquí. Incluso el dinero no me sirvee de mucho aparte de lo del tratamiento de mi abuela. ¿En qué me lo podría gastar aqui?

—Ya es demasiado tarde para que te arrepientas. Ya sabías lo que te esperaba cuando viniste —dijo él secamente—. No habrá fiestas salvajes, viajes a Sydney o a Darwin, y tampoco te irías con otros hombres. Ése era nuestro trato.

—Y tampoco tú te irías con otras mujeres.

—No tengo necesidad de eso. Para esas cosas tengo una esposa.

—Mira Nick, yo no siento nada por Nate Wilson, y supongo que no lo sentiré nunca. Yo no huiría de ti, Nick. Estamos casados y yo mantendré todos mis votos —

dijo ella, resignada.

—Ya me ocuparé de que así sea —dijo él, soltándola y mirándola con una cara que todavía mostraba su enfado.

Luego, la agarró por un brazo y la hizo ponerse en pie.

—Vuelve a la casa ahora, tenemos que entretener a una invitada.

Caroline estaba dormida cuando Nick se acostó, pero la despertó e hicieron el amor. No dijo ni una palabra en todo el rato y, cuando estuvieron saciados, ella se quedó con la cabeza apoyada en su hombro y las piernas entrelazadas con las de él.

Lentamente le acarició los músculos del pecho y, cuando le rozó un pezón, éste se endureció como los suyos hacían a su contacto,

sintiendo el fuerte latir de su corazón.

La vida era algo inesperado. Se preguntó si era así como se sentía su madre cada vez que se creía enamorada. ¿Cómo había soportado el rechazo cuando la abandonaban? Los sentimientos de Caroline eran agridulces. Amaba a ese hombre, aunque tenía que afrontar el hecho de que él nunca la amaría y su único propósito con ella era proporcionarle una madre a Amanda. ¿Habría sido mejor si nunca hubiera ido a Australia?

Él tomó su mano entonces y se llevó la muñeca a la boca, besándola suavemente. Caroline, que ya estaba toda acalorada y lánguida por hacer el amor, se sintió derretir.

Volvió la cabeza, pero estaba demasiado oscuro como para verlo. Le hubiera gustado ver su expresión. ¿Sería de amor? ¿O sólo le estaba poniendo su marca? ¿Era ella sólo un sujeto conveniente para sus deseos sexuales?

Nick la hizo ponerle de nuevo la mano en el pecho y dijo:

—Caroline, ¿Te ha dicho algo Deirdre sobre Amanda?

—Algo más allá de lo cotidiano, no. ¿Por qué? ¿Te preocupa lo de la custodia?

—Sí. Me atosigó a preguntas la primera noche. Le sorprendía que me hubiera casado. Cuando le conté que lo habíamos hecho para proporcionarle a la niña un hogar estable, pareció satisfecha. No ha vuelto a hablar del tema, pero me pone nervioso.

A Caroline le dio un salto el corazón. ¿Así que Deirdre sabía que el suyo era un matrimonio de conveniencia, no uno de verdad? Aunque Nick no se lo hubiera contado, ella lo habría supuesto sólo por la forma en que la trataba Nick, más como a una empleada que como una esposa querida.

—Es importante que comprenda que Amanda tendrá un hogar estable y lleno de cariño. Es por eso por lo que me enfadé tanto por lo de Nate. No quiero que vaya a pensar que algo va a destruir la felicidad de la niña. Ella es la hija de Alex y quiero que sepa que éste es su hogar.

—Comprendo. ¿Es por eso por lo que estamos haciendo el amor, para hacer parecer esto un matrimonio normal para enseñárselo a Deirdre?

Caroline casi contuvo la respiración esperando su respuesta.

Nick se apoyó en un codo y la miró en la oscuridad.

—¡Yo nunca hablaría de esto con Deirdre!

—Entonces, ¿por qué?

—Estamos casados, atados por unos votos de apoyo mutuo. Y esto es algo normal entre los hombres y las mujeres. Y tú eres muy mujer, Caroline. Muy deseable. Pero la situación entre Nate y tú tiene que quedarle muy clara a Deirdre. Si no fuera así, eso les daría motivos para seguir tratando de conseguir la custodia.

—No hay ninguna situación entre Nate y yo. Pero, ¿y si él vuelve?

—Yo me ocuparé de él. No volverá.

—¿Y Deirdre?

—También me ocuparé de ella. No se va a quedar mucho más tiempo aquí.

—No creo que ella se haya creído lo de nuestro matrimonio —murmuró ella.

—Lo hará antes de marcharse.

Capítulo 8

CUANDO Caroline se despertó a la mañana siguiente, la cama estaba vacía.

Oyó ruido en el cuarto de baño y se dio cuenta de que Nick no se había marchado todavía. Miró al reloj y vio que había tiempo de sobra para el desayuno.

Nick salió completamente vestido y ella se deleitó con su aspecto de ganadero.

—Buenos días, dormilona —dijo él.

Luego se acercó a la cama y la besó en la boca.

—Ponte unos vaqueros hoy. Os voy a llevar a Deirdre y a ti a ver la estancia.

Caroline se emocionó.

—Me gusta la idea. Me muero de ganas de ver más desde que llegué aquí.

¿Vamos a ir a caballo?

Se sentó de golpe en la cama y se ruborizó cuando recordó que no llevaba nada encima, así que tiró de las sábanas hasta el cuello. Nick se rió y le dijo al oído:

—No es justo que me tientes tan temprano. Tenemos cosas que hacer hoy.

Vístete. Iremos en la furgoneta. Date prisa para que tengamos tiempo de desayunar.

Luego se marchó y Caroline se vistió a toda prisa.

George se había ofrecido para cuidar a Manda, así que, cuando Nick apareció con la furgoneta, Caroline estaba de lo más excitada por la idea de la excursión.

Deirdre vestía unos vaqueros de diseño y unas botas a juego. El top que llevaba revelaba más piel de la que Caroline pensaba que era apropiado, pero se encogió de hombros, decidida a que esa mujer no la molestara ese día. Si Deirdre se quemaba sería sólo por su culpa.

La furgoneta estaba bastante sucia, pero a Caroline no le importó. Sabía perfectamente que, al final del día, todos estarían cubiertos de una capa de polvo rojo. Cuando fue a subirse, Nick la miró y sus miradas se quedaron entrelazadas por un largo

momento, luego sus rasgos se suavizaron levemente y le dio unos golpecitos al asiento a su lado.

—Pégate a mí, querida. Así Deirdre tendrá sitio.

Cuando Deirdre subió y cerró la puerta, inmediatamente abrió la ventanilla.

—Ya hace calor. ¿Cómo va a ser esto luego? —le preguntó directamente a Nick por encima de Carolíne.

—Más calor —dijo él y arrancó.

Mientras daban saltos por el campo, Caroline se dio cuenta de que no tenía nada a lo que agarrarse. Deirdre, por lo menos, podía hacerlo a la puerta, así que se vio arrojada una y otra vez sobre Nick.

—Lo siento —murmuró ella por décima vez cuando casi aterrizó en su regazo en uno de los baches.

—Tranquila, Caro —dijo él, poniéndole un brazo sobre los hombros —.Sujétate a mí. Iré un poco más despacio.

—¿Usas a menudo la furgoneta? —le preguntó ella cuando se dio cuenta de que no había ni pista por la que ir.

Aquello era ir completamente campo a través y sabía perfectamente que, normalmente, Nick llevaba su semental negro, As.

—Si tengo que llevar algo de equipo. Si no es así, prefiero ir a caballo.

Deirdre tosió y agitó la mano delante de la cara.

—Nick, este polvo es horrible. ¿Puedes ir un poco más despacio?

—Sube la ventana un poco. Si vamos más despacio, no llegaremos a ninguna parte.

Deirdre volvió a agitar la mano y subió la ventanilla.

—Ahora hace calor. No me extraña que parezca como si te hubieras revolcado en el polvo todos los días si siempre es así.

Volvió a bajar la ventanilla y, poco después, empezó a toser de nuevo.

—¿Y si Caroline se cambia de sitio conmigo? Tal vez el polvo no la afecte a ella tanto —sugirió brillantemente.

Nick paró entonces la furgoneta.

—Podemos intentarlo. ¿Te parece bien, Caroline?

Ella deseó negarse, pero la educación se impuso.

—Vamos a ver.

Momentos más tarde reanudaron el viaje, esta vez con Deirdre en el asiento central. Caroline no sufrió demasiado por el polvo, sólo entraba de vez en cuando y era preferible al calor que hacía dentro del coche con las ventanillas cerradas. Y

además, podía agarrarse a la puerta.

Pero ahora Deirdre tenía el problema de los botes. Pronto le puso una mano en el muslo a Nick para guardar el equilibrio. Caroline lo vio y deseo quitarle la mano de allí y arañarla por atreverse a tocar a su marido. Pero no dijo nada y miró por la ventanilla, tratando de no hacer caso de los modales de esa mujer y de sus propios celos. Pero le dolió el doble cuando Nick no dijo nada.

—Éste es uno de los bebederos que te dije, Caroline.

Nick se detuvo delante de una pequeña poza con las orillas de barro. Salió del coche y Deirdre lo siguió rápidamente mientras él iba a ayudar a bajar a Caroline.

Cuando bajó miró a su alrededor ávidamente. El agua estaba limpia y parecía muy fresca. El ganado andaba por ahí cerca.

—Realmente hace calor —dijo Deirdre, haciendo toda una actuación del hecho de apartarse el top para que circulara el aire.

Nick se dio la vuelta y miró a Caroline. Sin decir nada, se quitó el sombrero y se lo puso a ella, inclinándoselo para que le diera la sombra en la cara. Cuando ella lo miró, sorprendida, él sonrió.

—No quiero que te vayas a quemar.

—¿Tienes un sombrero para mí? —preguntó Deirdre inmediatamente.

—Lo siento, no he traído otro. Tú no tienes mucho problema con tus ojos castaños. Los que tienen más problemas con este sol son los que tienen el cabello rubio y los ojos azules.

Mientras hablaba ya se estaba dirigiendo hacia la poza. Caroline casi estalló de alegría ante su preocupación por ella. Se contuvo de dedicarle una sonrisa triunfante a Deirdre y siguió a Nick con el corazón más ligero de lo que había estado desde hacía días.

Una vez en el borde del agua, Nick se puso a explicarlo la forma de hacer pozos para soportar la estación seca, ya que, en la húmeda, había agua de sobra.

Caroline aprovechó la ocasión para hacerle algunas preguntas certeras acerca de la cría del ganado y, gracias a ello, Nick y ella

empezaron una conversación acerca de la forma de llevar una estancia de esas características, cosa de la que ella sabía bastante por haber vivido en Texas y haberse dedicado a llevar la contabilidad de los ranchos de la zona.

—Los cercamos en primavera y otoño. Marcamos a los becerros en primavera. A veces, empezamos a vender muy pronto, si el año ha sido malo y la tierra empieza a resentirse del pastizaje.

—Es curioso que los filetes que comemos en Sydney vengan de vacas como éstas —dijo Deirdre incómoda, sin dejar de mirar al ganado, por si acaso.

—Y no sólo los filetes, hay muchos más productos que se sacan del ganado, los cuernos, la piel y demás —dijo Caroline, mirando a la otra mujer.

No podía evitar el pequeño destello de placer que sentía al darse cuenta de repente de que a Deirdre le fastidiaba el que ella tuviera todos esos conocimientos y sonrió abiertamente. Ahora sabía que ella podía ser mejor esposa para Nick que esa mujer. Nick las miró a las dos y sonrió levemente.

—¿Mostrando tus conocimientos? —le dijo en voz baja a Caroline levantando una ceja.

Ella contuvo la respiración y asintió tímidamente, pero no dejó de sonreír.

—Por lo menos no eres sólo otra cara bonita —dijo él en voz alta y mientras le acariciaba la mejilla con un dedo.

Luego se dirigió de nuevo a la furgoneta.

Caroline trató de contener su alegría mientras Deirdre seguía dando tumbos.

Stuart nunca la había llamado bonita y Nick lo había hecho varias veces. Tal vez podría ignorar a Deirdre, sobre todo, si él la volvía a piropear.

Pero esa decisión fue imposible de mantener. Para cuando llegaron a los alrededores de la casa, a últimas horas de la tarde, ya estaba más que harta de los descarados intentos de ligar de Deirdre y de la tolerancia de su marido. Cierto que él no hacía nada por animarla, pero tampoco parecía negarse.

Nick, por otra parte, parecía divertirse por el comportamiento de las dos. Su mirada se había cruzado con la de Caroline varias veces cuando se habían detenido a ver algo y ella sabía que se estaba

riendo de su frustración. Pero también parecían divertirle los intentos de Deirdre de aproximarse más a él.

George los fue a recibir. Estaba apoyado negligentemente en uno de los postes del porche trasero y observó a Caroline cuando salió de la furgoneta y luego se dirigió a toda prisa a la casa. Cuando Deirdre y Nick estuvieron suficientemente cerca como para que lo oyeran, le dijo:

—Te han traído hoy un regalo, Caroline.

Luego, miró a Nick y después a ella de nuevo.

—¿Un regalo? ¿De quién?

—Está delante del porche.

—¿Qué es? —preguntó Nick, endureciendo las facciones.

George se encogió de hombros sin dejar de mirar a Caroline.

—Ahí está.

Curiosa, Caroline se apresuró a rodear la casa y se detuvo cuando vio los rosales apoyados contra la vaya de la marquesina. Eran cuatro, ya florecidos. Dos rojos, uno rosa y el otro blanco.

—¡Qué bonitos! —dijo inclinándose para oler su fragancia y acariciar los pétalos con los dedos.

—Vaya, vaya. Indudablemente son de tu amigo el del pueblo —dijo Deirdre en cuanto los vio.

Nick frunció el ceño y le preguntó:

—¿Qué quieres decir?

—Caroline dijo muy claramente lo mucho que le gustaban las rosas cuando estuvo aquí Nate Wilson. Evidentemente, él está tratando de agradarla.

—¿Son de Nate? —le preguntó malhumorado a su abuelo.

George se encogió de hombros.

Caroline vio la tarjeta que tenía colgada uno de los rosales y deseó con todas sus fuerzas que no fueran de Nate.

Eso causaría más problemas. Pero no se le ocurría nadie más que pudiera habérselas mandado.

Para que puedas empezar con tu jardín. Estas rosas sólo enaltecerán la belleza de tus ojos.

Nate.

Tragó saliva y se volvió hacia Nick. El enfado de él era casi tangible. Le pasó la nota lentamente y él se la quitó y la leyó. Luego la arrugó entre sus dedos cuando terminó. Caroline supo que estaba

enfadado, pero ahora ella no había hecho nada malo y no estaba dispuesta a sentirse culpable.

—Creí que tú te ibas a ocupar de él —dijo.

Nick entornó los párpados y su mirada se encontró con la de ella, Caroline se estremeció.

—Pensé que iba a esperar hasta que tuviera que ir al pueblo, pero ya veo que he subestimado la atracción.

—Nick, sólo son rosas. Yo mencioné que me gustaban y que quería empezar con un jardín cuando tuviera decorada la casa. Sólo se está comportando como un buen vecino mandándomelas.

—Tú eres mi esposa, Caroline. Si quieres rosales, yo te los compraré. Tira estos.

—¡Qué los tire! Son preciosos. No los puedo tirar.

—Tal vez tengan un significado especial después de todo —murmuró Deirdre, acercándose a Nick.

—¡Cállate, Deirdre! ¡Esta discusión es entre Nick y yo y no necesitamos para nada tus comentarios, que sólo empeoran la situación! —gritó Caroline.

—Caroline, eso ha sido inexcusablemente rudo.

Deirdre es nuestra invitada, discúlpate enseguida —le ordenó Nick.

Ella respiró profundamente y lo miró desafiante. Por un momento se preguntó qué pasaría si lo desafiaba. Pero tenía razón, había sido muy maleducada.

—Perdona, Deirdre. No debería haberte hablado así.

Luego se volvió y corrió hacia la casa, cerrando la puerta de un portazo. Arriba de las escaleras las lágrimas le empeñaron la visión. Oyendo unos fuertes pasos detrás suya, corrió más aún y ya estaba delante de la puerta del dormitorio cuando Nick la agarró y la hizo detenerse. Él dudó un momento y luego casi la arrastró al interior, cerrando la puerta a continuación.

—Le he dicho al abuelo que se libre de las flores —dijo entre dientes.

—No es culpa de las rosas. Son preciosas. No quiero que las tiren —dijo ella tratando de soltarse.

—No quiero que las flores de Nate Wilson me reciban cada vez que vuelva a casa, maldita sea. Tessa se dedicó a esos juegos con Alex y le hizo pasar por un infierno. Yo no te voy a tolerar nada

parecido, ¿queda claro?

Entonces le enjugó una lágrima con el pulgar, pero su expresión era implacable.

—No estoy jugando a nada. Yo no le pedí que me mandara las flores. Tú dijiste que te ocuparías de él, ¡así que deja ya de culparme!

—Lo segundo que no te voy a tolerar es tu rudeza con Deirdre. Caroline, es nuestra invitada, mi invitada, si tú no quieres tener nada que ver. Estoy tratando de asegurarme de que los Adams no van a poder reclamar la custodia y tu rudeza con ella no ayuda a demostrar que aquí hay la clase de atmósfera necesaria para criar a una niña.

—Bueno, tú la conoces desde hace más tiempo. Tal vez debieras haberte casado con ella después de que Tessa y Alex murieran. Eso es evidentemente lo que ella quiere —dijo ella volviendo a intentar soltarse, pero no lo logró.

Él se acercó entonces de forma que sus narices casi se encontraron.

—Me he casado contigo. Para siempre. Así que hazte a la idea, querida. Ya te dije que conservo lo que es mío. Y tú eres mía, no te equivoques. Deirdre se va a marchar pronto, pero tú permanecerás aquí ¡y te vas a mantener apartada de Nate Wilson!

Luego la soltó como si le desagradara y se marchó. Caroline se quedó donde estaba, frotándose el brazo.

La cena fue bastante tensa y Caroline comió sin decir nada, haciendo lo que podía para ignorar la conversación que se desarrollaba a su alrededor.

En un momento dado, Deirdre dijo:

—¿Quieres ayudarme a bañar a Amanda, Nick? Está casi tan sucia como nosotros mismos antes.

Deirdre había ignorado a Caroline durante toda la cena. Nick la miró entonces, pero Caroline siguió mirando su plato.

—Claro. Luego podemos leerle algo de ese libro que le has traído. Le gusta mucho.

Caroline se mordió el labio e hizo un esfuerzo para contenerse de decir nada.

Antes de su llegada, Amanda no había tenido ni juguetes ni libros, pero Nick nunca había mencionado los que ella le había

comprado. Sólo los regalos que le había llevado Deirdre.

Cuando terminó de lavar los platos y arreglar la cocina, Caroline se dirigió al establo y buscó hasta que encontró los rosales. Los arregló un poco y dejó apoyados contra la pared del establo. Al día siguiente, los devolvería.

Estaba despierta en la cama cuando Nick se acostó algunas horas más tarde. No quería más discusiones, así que casi se lo dijo cuando él se acostó y la abrazó.

Momentos más tarde ya estaba dormido. Caroline se quedó muy quieta y en silencio.

¿Siempre la agarraba así cuando se dormía? Gradualmente, el calor de su cuerpo la tranquilizó y, lentamente, se quedó dormida.

Sería imposible mantener en secreto el viaje al pueblo, así que Caroline lo hizo muy a las claras. Después de desayunar, llevó el coche hasta el establo, metió los rosales en la parte de atrás, volvió a la casa, recogió a Amanda. Cuando se encontró con la sorprendida Deirdre, le dijo tranquilamente que tenía cosas que hacer y se marchó.

Volvió a la casa ya tarde. Se había quedado deliberadamente todo ese tiempo charlando con Mamie Jorden, ya que no quería pasar nada de tiempo a solas con Deirdre. Esperaba poder volver antes que Nick. Era importante que fuera ella la primera que le contara lo que había hecho. Deirdre adornaría demasiado la situación.

Cuando llegó a la casa, parecía desierta. Llevó a Amanda a la cocina y empezó a preparar la cena. La niña se dedicó a jugar en el suelo haciendo como si friera cosas.

El tiempo pasó lentamente y ella se fue poniendo cada vez más nerviosa.

¿Dónde estaría Nick?

Cuando apareció casi le entró el pánico. Lo vio desmontar por la ventana de la cocina y llevar el caballo al establo. Cuando entró por fin en la cocina se enjugó las manos en los vaqueros y dijo:

—¿Nick?

Él la sonrió, hizo un gesto con la cabeza y se inclinó para saludar a Amanda.

Caroline se aclaró la garganta y se le acercó lentamente.

—Nick, he devuelto las rosas —dijo a toda prisa.

Él la miró, extrañado.

—¿Qué?

Luego se levantó lentamente y se acercó hasta casi tocarla.

—¿Qué quieres decir con que las has devuelto?

Ella lo miró entonces a los ojos.

—Eran unas plantas muy bonitas y no quería que fueran destruidas sólo porque el que las mandó no te cae bien. Se las devolví a Mamie Jordan.

—Creía que el abuelo las había tirado.

—Yo las rescaté.

—¡Las rescataste, demonios! ¿Es que significaban tanto para ti?

—No. No significaban nada para mí. Pero eran unas plantas bonitas que habían significado algo para quien las hizo crecer. Mamie se alegró de verlas y, dado que yo no las quería, las aceptó de nuevo. No lamento haberlas devuelto.

—Ya te dije...

—No me dijiste que no las devolviera a la persona que las hizo crecer. No te he desafiado, de verdad, Nick. Eran muy bonitas y no quise que terminaran en el cubo de la basura.

Él la miró, incrédulo y agitó la cabeza lentamente.

—Eres una mujer de cabeza dura. ¿Qué voy a hacer contigo?

Ella respiró profundamente y fue a contestarle, pero entonces él la besó fuerte y posesivamente, provocándole una respuesta involuntaria. Luego su lengua le recorrió lentamente el interior de la boca, saboreándolo. Sólo era necesario que él le tocara la boca para que la pasión le recorriera todo el cuerpo. Ansió estar más cerca, que la inflamara por completo. Pero no se podía mover, sólo podía agarrarse a la realidad de ese beso, sabiendo que, sin él, ella no sería nada.

—Oh, lo siento. No quería molestar —dijo entonces Deirdre desde la puerta mientras observaba ávidamente la escena.

Nick levantó lentamente la cabeza sin dejar de mirar fijamente a Caroline, ignorando por completo a Deirdre.

Sin decir nada más, él se volvió y abandonó la habitación.

—No has molestado —dijo Caroline entonces—. Sólo estaba dándole la bienvenida a mi esposo después de estar un día separados.

—Qué delicado —respondió Deirdre, mientras se sentaba en una

silla.

Carolina no quería que se quedara, pero no sabía cómo librarse de ella sin ser maleducada.

—Me pregunto si él se sentirá tan amoroso cuándo sepa que hoy has ido al pueblo a ver a Nate Wilson. ¿No lo encontrará interesante?

Caroline se volvió y la miró. Por una vez se sentía que controlaba la situación.

—Ya le he dicho a Nick que volví para devolver los rosales. Y me he pasado el día entero con Mamie Jorden, en sus jardines y recibiendo sus consejos para que me crezcan algunas flores aquí. Si no te lo crees puedes ir a preguntárselo. Lo mismo que Nick, si quiere. No he visto a Nate Wilson.

Deirdre no dijo nada por un momento y miró a Amanda, que estaba jugando con unas sartenes.

—¿Es qué no tiene juguetes de verdad? —preguntó.

—Claro que los tiene. Pero a ella le gusta jugar con las sartenes mientras yo cocino.

Caroline deseó que entrara alguien para charlar con Deirdre. Incluso George sería bienvenido en ese momento.

—Cuando se venga con nosotros tendrá montones de juguetes. No va a tener que jugar con sartenes viejas.

Caroline la miró, extrañada.

—¿Qué quieres decir?

—¿Es qué Nick no te lo ha contado? Amanda se va a venir a Sydney. No quiere que esté apartada de esta rama de su familia.

—¿Cuándo va a ser eso?

—Todavía no lo he decidido. Y realmente eso no te importa, ¿no? Yo soy su tía.

—Y yo también lo soy por matrimonio. Y, cuando la adoptemos, seré su madre

—dijo Caroline, tratando de contener su enfado.

—Es pronto todavía para hablar de la adopción.

Luego Deirdre se levantó y añadió:

—¿Puedo ayudarte con la cena?

—Lo tengo todo controlado —dijo Caroline, mirándola fijamente.

¿Qué habría querido decir con eso de que todavía era pronto?

¿Es qué Nick no había empezado ya con los trámites? ¿Estaba Deirdre dándole a entender que había problemas?

—Puede que tú te lo creas, pero yo lo dudo.

Luego Deirdre salió de la cocina.

Caroline respiró profundamente y trató de relajarse. ¡Esa mujer la volvía loca!

Estaba segura de que Nick se lo diría si Amanda se fuera a marchar.

Durante la cena, Deirdre dejó caer la bomba que tenía guardada.

—¿Sabes, Nicky? Creo que, después de todo, me voy a quedar un poco más e iré a esa acampada contigo.

Nick levantó la cabeza de golpe y la miró en silencio. Luego asintió y dijo:

—Muy bien. Podemos salir pasado mañana. Estaremos fuera unas cuantas noches. ¿Estás dispuesta a montar tanto a caballo?

Caroline sintió ganas de vomitar. ¿Qué acampada? ¿Cómo podía él? ¿Y cómo se atrevía él a permitir que esa mujer lo llamara Nicky?

Capítulo 9

CLARO, seré el mejor jinete de la partida —dijo Deirdre.

—¿Te vas? ¿Quieres que vayamos Caroline y yo también? —preguntó George, al tiempo que dejaba de comer y miraba fijamente a su nieto.

—Por supuesto.

—¿Qué acampada? —preguntó Caroline, todavía sorprendida.

—Vamos a ir al sur a ver cómo está una parte del ganado. Tardaremos varios días porque está bastante lejos. Podríamos ir en avión, pero de esta forma podréis ver más de la estancia y podremos dormir en el campo.

—Alguien tiene que quedarse con Amanda —dijo Deirdre, frunciendo el ceño cuando vio que Caroline los iba a acompañar.

Estaba claro que eso no entraba en sus planes.

—No hay problema —afirmó George—. Maggie nos ayudaba con ella antes de que llegara Caroline, así que se puede quedar con ella.

Carolina estaba dolida porque Nick hubiera hablado de esa excursión con Deirdre y a ella ni se la hubiera mencionado. Bajó la mirada a su plato. ¿Cómo podía haber hecho eso? Pudiera ser que el suyo fuera un matrimonio de conveniencia, ¡pero las conveniencias no iban a estar siempre del lado de él!

—Nick ¿podrías ayudarme a recoger la mesa? —le preguntó cuando terminaron de cenar, sin importarle que su voz revelara lo dolida que se sentía.

Estaba cansada de que la hicieran de lado y lo iba a dejar claro con él esa misma noche. Tenía las emociones demasiado al desnudo como para continuar así.

Él pareció sorprendido.

—Esto es trabajo de mujeres —gruñó George.

—No seas tonto, ¿quién lo hacía antes de que yo llegara? —dijo Caroline, enfadada.

No le extrañaba que Tessa no fuera feliz allí. ¿Habrían estado a solas alguna vez ella y Alex?

—Lo hacíamos nosotros, por supuesto, abuelo. No hay problema, yo aclararé los platos y Caro los lavará. Deirdre y tú os podéis llevar a Amanda a la marquesina.

Poco después, cuando estuvieron solos en la cocina, Nick le dijo:

—Tú no querías que te ayudara, Caroline. ¿Qué es lo que quieres?

—¿Invitaste a Deirdre a esa excursión?

Él le puso entonces las manos en los hombros y la hizo mirarlo.

—La primera noche que pasó aquí le mencioné que, a veces, pasamos varios días fuera revisando la parte sur de la estancia. Le dije que, si alguna vez estaba por aquí cuando lo fuéramos a hacer, podía venirse. Pero, por supuesto, no la invité a esta excursión precisamente. No tenía pensado hacerla hasta dentro de, por lo menos, dos semanas. Ya oíste que George se extrañó y es que se necesita por lo menos un día para preparar las provisiones y demás. Podemos salir pasado mañana, estaremos fuera tres días o así y luego, ella se volverá a Sydney.

—¿Y no se marcharía antes si no hiciéramos la excursión?

—Estoy tratando de aclarar algunas cosas.

—¿Sobre Amanda?

—Sí. Entre otras cosas. Pero Deirdre no se quedará mucho tiempo más. Te gustará la excursión, Caro. Me dijiste que solías montar a caballo, ¿has acampado antes?

—Sí. ¿De verdad que quieres que vaya?

Deseó entonces que la hubiera invitado a ella antes que a Deirdre. Ahora parecía como si no hubiera tenido más remedio que incluirlos a George y a ella.

—¡Demonios, sí! Necesito que vengas. Tú no me dejarías solo con esa tigresa,

¿verdad? —dijo él y la diversión se reflejó en sus ojos.

—¿Con esa tigresa?

Caroline se humedeció los labios y respiró profundamente. Le resultaba muy difícil concentrarse con él tan cerca.

—No te preocupes, puedo controlar a Deirdre. Pero quiero que vengas. ¿Puedes montar tantos días seguidos?

—Por supuesto. No se puede ser de Texas y no montar a caballo —respondió ella, apoyándole las manos en el pecho.

De repente, la tremenda atracción que sentía por su marido la invadió de nuevo.

Suspiró levemente y levantó la cabeza lista para un beso. Nick la tomó en sus brazos y la besó. Suavemente al principio, más

profundamente después. Esos labios encendieron el deseo en ella y respondió cada vez más apasionadamente.

Sus senos se aplastaron contra el duro pecho de él. Sus cuerpos se amoldaron el uno al otro y ella se sorprendió al notar claramente su evidente deseo.

Entonces, Nick se apartó y apoyó la frente en la de ella.

—Terminemos con los platos y podremos continuar con esto arriba.

A Caroline le gustó saber que no había sido ella la única afectada por el beso.

Asintió levemente y empezó a separarse de él, pero él no la soltó.

—No puedo lavar los platos así.

Nick suspiró exageradamente, le dio un beso en los labios y la soltó.

—Lo haremos entre los dos.

Nunca antes habían limpiado todo tan deprisa. Pero Caroline sabía que no se podían deslizar inadvertidamente escaleras arriba. Había demasiada gente por allí y tenían obligaciones hacia su invitada. Pero era divertido soñar con ello. Tal vez Tessa hubiera sido más feliz si hubiera tenido una casa propia. Si Nick y ella tu vieran la suya propia, podrían hacer lo que qu¡sieran, y en cualquier parte.

Una visión de Nick haciendo el amor con ella allí mismo, en la cocina, la hizo ruborizarse.

—¿Y ahora qué? —le preguntó él lacónicamente.

Luego se sentó en una de las sillas, observándola.

—Nada.

No podía decirle lo que estaba pensando. Y tampoco tenía que pensar cosas semejantes.

—Caroline...

Ella apartó la mirada y no dijo nada.

—Estamos casados, me lo puedes contar todo.

Ella lo miró a los ojos por un momento y luego, volvió a apartar la mirada.

—Todavía no. No puedo —murmuró.

Entonces, él se levantó y le puso las manos en los hombros.

—¿Qué significa eso?

—No estoy acostumbrada a compartir mucho mis pensamientos. Salvo los pocos años en que vivía con mi abuela, nadie se mostró especialmente interesado en lo que yo pudiera pensar. Yo… no nos conocemos muy bien todavía.

—Pero podemos conocernos, compartir nuestros pensamientos.

—¿Y tú vas a compartir tus pensamientos conmigo?

Él la besó cariñosamente.

—Lo intentaré. Supongo que yo tampoco estoy mucho más acostumbrado que tú, pero puedo aprender a compartirlos, como tú puedes también. ¿Qué ha hecho que te ruborices?

Ella se volvió a ruborizar y agitó la cabeza.

—Es una tontería.

—Cuéntamelo.

—¡Muy bien, de acuerdo! Estaba pensando en que, si viviéramos solos, no tendríamos que apresuramos a lavar los platos para subir arriba. ¡Podríamos hacer el amor aquí mismo, en la cocina!

Él se rió y la apretó más firmemente.

—No me extraña que Alex no dejara de hablar de hacerse una casa para Tessa y él. Nunca lo comprendí por completo hasta ahora. Olvida los malditos platos.

Entonces la soltó, la tomó de la mano y tiró de ella. —Nick, para. ¿Qué vas a hacer?

—Llevarme a la cama a mi esposa.

—Ahora no —dijo ella, tratando de soltarse.

—En cualquier momento que me parezca bien.

Dos días más tarde, Nick despertó temprano a Caroline con un suave beso.

—Hora de levantarse. Quiero que salgamos pronto para poder hacer algo de camino cuando todavía hace un poco de fresco.

Él ya estaba vestido, la luz del cuarto de baño estaba encendida, pero fuera todavía estaba oscuro.

Ella parpadeó y asintió.

—Bajaré dentro de unos minutos.

—Llévate una camisa de manga larga, tienes la piel demasiado clara como para estar al sol todo el día sin quemarte.

Caroline fue la última en llegar a la cocina. George y Deirdre estaban terminando con unos huevos con bacon y Nick se estaba tomando un café. Maggie Taylor estaba cocinando y saludó a

Caroline con una sonrisa.

—Siento llegar tarde —dijo Caroline, mirando los platos casi vacíos.

—No llegas tarde. Tienes tiempo para comer —le dijo Nick, mientras Maggie le servía unos huevos—. Jacko está ensillando los caballos y Phil ya ha preparado los de carga. Empezaremos tan pronto como todo el mundo esté listo.

Deirdre parecía cansada y dormida por levantarse tan temprano, pero estaba impresionante con sus vaqueros de diseño. George desayunaba tranquilamente, sin hacer caso de nadie. ¿Es qué ninguno de ellos era pájaro mañanero, aparte de Nick?

Al amanecer ya se estaban alejando de los terrenos de la casa. El cielo estaba hermosamente claro y, lentamente, en el horizonte oriental, estaba cambiando de color, primero de negro a malva, luego a rosa y, por fin, a la brillantez del sol de la mañana. El aire todavía estaba fresco.

Nick guiaba el camino y Deirdre pronto se colocó a su lado y empezó a hacerle preguntas sobre las plantas que veía. Caroline sintió el ya familiar destello de celos y deseó que Nick la mandara a paseo y le dedicara a ella su atención.

Ella era la nueva en Australia. Pero no podía acercarse a ellos.

George se colocó entonces a su lado y los demás jinetes se pusieron en fila de dos detrás de ellos con los caballos al paso.

—Nick me ha dicho que le devolviste los rosales a Mamie Jorden —le dijo George.

—Eso es —respondió ella, esperándose otra regañina.

—¿Qué le dijiste a Nate?

—Nada. Supongo que debería escribirle una nota dándole las gracias —dijo ella pensativamente—. Sería de mala educación ignorar ese gesto suyo.

—Ya sabes que causó problemas entre Tessa y Alex.

—Eso me ha dicho Nick. Pero tal vez no fue sólo culpa suya. Estoy empezando a comprender un poco las razones que pudo tener Tessa para marcharse.

—Ya sabía yo que no te quedarías mucho tiempo —dijo él con satisfacción.

Ella lo miró entonces con ojos brillantes.

—¡Escúchame, George Silverman, tú no sabes nada de eso! Yo

me voy a quedar.

Estoy casada con Nick y pienso seguir así. Pero es duro ser una recién casada, sobre todo con la clase de matrimonio que tenemos, y no tener nada de intimidad. ¿Has pensado alguna vez en eso? Tú sabes si me estoy dando una ducha, si estoy con Amanda, o...

—O si Nick y tú estáis haciendo el amor —continuó George, riéndose.

—¡Si! Y eso hace las cosas muy desagradables.

George observó a la pareja que tenían delante y se perdió en sus pensamientos por un momento antes de decirle:

—Ya veo lo que quieres decir. Sobre todo con alguien como tú, que no estás acostumbrada a los hom

bres y, para empezar, no tienes una muy buena impresión de ellos.

—No mejor de la que Nick y tú parecéis tener de las mujeres.

—Eso es cierto, pero nosotros tenemos motivos.

—¿Y yo no?

—Nick no sabe mucho del amor de una mujer. No se da cuenta de lo poderoso que puede ser y de lo mucho que un hombre lo puede echar de menos una vez que lo ha experimentado.

Ella no respondió a eso.

—Tú estás enamorada de él y se te nota. Algún día él lo verá. Deirdre lo ve, y no le gusta nada.

—Nick no quiere que yo me enamore de él —dijo Caroline, preguntándose si todo lo que sentía sería tan evidente a los ojos de los demás.

—Sólo porque no sabe lo que es el amor. Su madre se marchó cuando él era pequeño. Su novia lo engañó con otro hombre. Tessa no fue suficientemente fuerte para Alex. Esos son los únicos ejemplos de amor femenino que ha visto.

Caroline miró fijamente al anciano.

—¿Es que me estás vendiendo a Nick?

George la mantuvo la mirada.

—Tal vez sólo te lo estoy explicando.

Caroline lo pensó un momento y se dio cuenta de que, posiblemente, George tuviera razón.

Espoleó su caballo y se colocó al lado de Nick.

—¿Te diviertes? —le preguntó él.

—Sí. Aunque me imagino que esta noche voy a estar destrozada. Hace ya tiempo que no cabalgo el día entero.

—Todos estaremos cansados esta noche —dijo Deirdre mirando a Nick—.

Espero que hayas traído algo de linimento, Nick.

Caroline se dio cuenta de que, lo que esa mujer esperaba era que él le diera el linimento. ¡Por encima de su cadáver!

—¿Hasta dónde vamos a llegar hoy? —preguntó Caroline.

—Cabalgaremos unas ocho o diez horas.

—¿Y mañana?

—Seguiremos hacia el sur hasta que lleguemos al ganado que quiero controlar y luego, volveremos a casa dando una vuelta. ¿Te animas a ir un poco más deprisa?

Caroling sonrió y asintió. Le encantaba montar a caballo. Como parte de su trabajo con la asociación de ganaderos, había tenido acceso a los caballos y había montado siempre que había podido. Lo echaba de menos desde que había llegado a Australia.

—Deirdre, será mejor que tú vayas con el abuelo. Nosotros nos adelantaremos

—dijo Nick entonces.

Carolina sonrió encantada y espoleó su caballo. Pronto iban a toda velocidad, los cascos resonando en el tranquilo aire de la mañana. Pronto todos los demás quedaron atrás mientras ellos galopaban juntos.

Un rato después tiraron de las riendas de sus caballos y Carolina se rió, encantada.

—¡Ha sido magnífico!

—Montas muy bien. Te voy a regalar un caballo —le dijo Nick, mientras ponían los caballos al paso.

—Con Amanda no voy a tener mucho tiempo para montar —dijo ella, acariciándole el cuello a su montura.

—Normalmente siempre hay alguien cerca cuando está durmiendo. Es la parte más cálida del día, pero podrías montar entonces. O podemos montar por las noches, si quieres.

Ella asintió, pero no dijo nada. Sabía perfectamente que él volvía a casa todos los días muy cansado y que no le apetecería mucho volver a montarse en un caballo.

De todas formas, la oferta le gustó.

Cuando llegaron a uno de los escasos árboles, Nick se detuvo y desmontó a la sombra.

—Esperaremos aquí a los demás. Seguiremos después de almorzar. Tengo pensado parar a pasar la noche en una poza en particular y quiero estar seguro de que llegaremos antes de que se haga de noche.

Mientras esperaban a los demás, sentados a la sombra, estuvieron charlando y Nick le contó más cosas sobre la estancia antes de que el resto del grupo llegara.

Llegaron a la poza que había mencionado Nick a última hora de la tarde. Los hombres prepararon rápidamente el campamento y luego se marcharon a ver cómo estaba el ganado de la zona y Caroline empezó a hacer la cena mientras Deirdre no paraba de quejarse de lo mucho que le dolía todo. Cuando volvieron los hombres, su comportamiento cambió radicalmente y fue de lo más alegre y entusiasta. Se sentó al lado de Nick y le dijo que se lo estaba pasando muy bien.

Caroline estaba cansada. El día había sido largo y no estaba acostumbrada a cocinar en campo abierto. La cena le salió bien de todas formas, cosa que agradeció, lo mismo que los elogios que despertó en todos, lo que provocó una mirada llena de celos por parte de Deirdre.

—¿Haces estas excursiones a menudo, Nick? —le preguntó Deirdre a él mientras tomaban el café.

George y Nick habían colocado los sacos de dormir cerca del fuego, pero nadie estaba suficientemente cansado como para irse a dormir todavía.

—Varias veces al año —dijo él, mirando a su esposa.

—¿Con cuántos jinetes?

—Depende de lo que vayamos a hacer. Esta vez quiero cubrir tanto terreno como sea posible en bastante poco tiempo. Otras veces venimos sólo dos.

—¿Siempre salís para varios días? —insistió Deirdre, tratando de llamar su atención.

Caroline levantó la mirada y se encontró con la de Nick y, por un momento, le pareció como si el resto desapareciera y sólo estuvieran ellos dos.

—Normalmente. Es una estancia muy grande. Cuando queremos

ir a ver la parte más al sur, llamamos a Ben para que nos lleve en avión a la casa de allí —

respondió él sin dejar de mirar a Caroline.

—¿Es esa casa tan grande como en la que vivís?

—No.

—Si necesita algún arreglo yo podría ayudar, si quieres.

—Caroline lo hará —dijo Nick sonriendo levemente.

Caroline sintió cómo una oleada de calor la invadía ante esas palabras y le devolvió la sonrisa.

—Es el hogar de Caroline y sólo ella tiene derecho a arreglarla como quiera —

dijo George de repente desde el otro lado del la hoguera.

Todas las miradas se dirigieron a él. Carolina estaba anonadada. ¿George defendiéndola a ella? ¿Había dicho que era su hogar? ¿George? No se lo podía creer.

—Eso es cierto —le confirmó Nick con una expresión ilegible.

A Caroline la había impresionado que George saliera en su defensa. Tal vez, después de todo, todavía tenía alguna esperanza por ahí.

—Estoy cansada. ¿Has traído ese linimento? —dijo Deirdre entonces—. No estoy acostumbrada a montar tanto en un sólo día.

Nick asintió.

—Te lo traeré.

Se levantó y se acercó a donde estaba el equipaje. Cuando volvió, le arrojó una botella.

—Espero que funcione. Vamos, Caroline, es hora de acostamos.

Ella lo miró extrañada.

—¿Qué?

Nick tomó dos sacos de dormir bajo un brazo y con el otro la agarró a ella y la hizo ponerse en pie.

—A dormir. Parece como si te fueras a quedar dormida sentada.

—¿Dónde?

El siguió agarrándola de la mano y se apartaron de la hoguera.

—¿A dónde vamos? —dijo ella, mirando por encima del hombro y viendo que todo el mundo los estaba mirando—. Nick, por Dios, ¿a dónde vamos?

—A algún sitio apartado. No te preocupes, todos saben que seguimos de luna de miel.

—Oh, Nick. Ahora todo el mundo va a pensar... ¡Nick, para!

—Cuando estemos más lejos. ¡Y eso es exactamente lo que quiero que piensen todos! —dijo él sin dejar de arrastrarla.

Pronto la hoguera no fue más que un punto luminoso a lo lejos y no les llegaba ningún ruido desde allí.

—Ya estamos suficientemente lejos —dijo Nick por fin, satisfecho, y tiró al suelo los dos sacos de dormir.

—No era necesario alejarnos tanto. Sólo vamos a dormir, por favor...

Entonces se oyó un aullido a lo lejos, luego otro. Caroline se estremeció levemente y se acercó a él.

—¿Qué ha sido eso?

—Dingos. No están cerca y no nos molestarán esta noche. Nada nos molestará

—respondió él, abrazándola.

—Nick, ¿por qué has hecho esto?

—No puedes ser tan tonta, Caroline.

—¿Es sólo para hacerle una demostración a Deirdre?

—Ya te dije que me ocuparía de ella.

Entonces, Nick bajó la cabeza y la besó...

A la mañana siguiente, se separaron mientras seguían camino hacia el sur y Nick le dijo a Caroline que cabalgara junto a George, cosa que ella hizo sin rechistar, pero cuando montaron, se dio cuenta de que Nick iba a ir emparejado con Deirdre. El corazón le dio un salto y apartó la mirada.

George y ella fueron primero hacia el oeste y luego al sur. Mientras, el anciano le iba explicando cosas del ganado que a Caroline le parecían de lo más interesantes.

Sólo deseaba que fuera Nick el que fuera con ella en vez de George. ¿Por qué habría elegido él a Deirdre?

—¿Lo estás llevando bien? —le preguntó George cuando pararon a almorzar.

Caroline sonrió y asintió.

—Creo que me duelen algunos músculos que ni sabía que tenía.

—Vas a tener que mantenerte en forma si quieres ir con Nick en estas cabalgadas. Hace varias excursiones de éstas al año. Anna solía venir conmigo —dijo él, como perdido en sus pensamientos—. Eso fue hace ya mucho tiempo.

—Háblame de ella —dijo Caroline, preguntándose si Nick querría que fuera con él en futuros viajes.

¿Por qué habría preferido él ir con Deirdre? ¿Para suavizarla y que no creara problemas con Amanda? ¿O por otras razones? Se estremeció levemente a pesar del calor del sol y escuchó los recuerdos de George.

Esa tarde llegaron a la siguiente zona donde iban a hacer noche. Jack y Phil ya estaban preparando el campamento, pero los otros no había llenado todavía.

Caroline se dejó caer, cansada, cerca de la hoguera y se dedicó a observar cómo Jacko hacía la cena, agradeciendo que Nick hubiera decidido que eso había que hacerlo por turnos. Estaba demasiado cansada como para comer y se moría de sueño.

Se preguntó si tendría tiempo para dar una cabezada antes de la cena.

Los demás llegaron de uno en uno y de dos en dos y se ocuparon de sus caballos, preparándolos para la noche. Jacko sirvió los platos y Caroline empezó a comer preguntándose dónde estarían Nick y Deirdre.

Cuando estaban terminando la cena, aparecieron los dos y Caroline los recorrió con la mirada, dándose cuenta del aire de satisfacción de Deirdre y de la expresión cerrada de Nick.

—¿Has disfrutado del día? —le preguntó Nick, cuando se sentó a su lado con su plato en la mano.

Ella asintió y se apartó levemente de él. Miró a Deirdre y frunció el ceño cuando vio las miradas posesivas que la otra le dedicaba a Nick.

—Deirdre no sabe montar —le explicó él con un tono de voz inexpresivo.

Caroline se preguntó si estaba harto de su invitada o sólo resignado al hecho de que una habitante de la ciudad no pudiera montar como los ganaderos de la estancia.

—¿Os habéis llevado bien el abuelo y tú?

Caroline volvió a asentir. Ahora se daba cuenta de que era cierto. George ya no había vuelto a gruñir ni a quejarse o a atacarla. Y se había dado cuenta de la soledad del anciano cuando le había hablado de su difunta esposa. Se tomó su café, pero no le surtió mucho efecto. Estaba tan cansada y le dolía tanto el cuerpo que casi

no se enteraba de nada. Echaba mucho de menos su saco de dormir.

—Hemos tenido un día maravilloso, ¿no es así, Nick? —dijo Deirdre, sentándose al lado de él y sonriendo inocentemente a Caroline—. No puedo esperar a mañana. Nick me ha dicho que me va a enseñar dónde hay una poza natural, y que el agua no será tan salobre.

Nick asintió y se levantó a por más café.

—Tal vez nos bañemos —dijo Deirdre a Caroline bajando la voz levemente—.

Hace tanto calor a mediodía...

—No sabía que te hubieras traído bañador —dijo Caroline, deseando que Nick la hubiera invitado a ella.

Deirdre se rió y miró a Nick.

—No lo he traído, pero no será la primera vez que me bañe desnuda. Y seguro que Nick tampoco.

Caroline se puso tensa. ¿Cómo se atrevía Nick a llevarse a bañar a Deirdre y no ofrecérselo a ella? ¡Y ya podía guardarse de nadar desnudo con otras mujeres! Estaba casado con ella y sería mejor que lo recordara.

Caroline se levantó casi de un salto y se dirigió a donde estaba Nick, enfurecida.

Él estaba hablando en ese momento con Jacko.

—Quiero hablar un momento contigo —le dijo secamente.

—Dentro de un momento. Deja que termine con Jacko —respondió él, mirándola un momento antes de dedicarle de nuevo su atención al otro hombre.

Ella asintió y dejó su plato en el cubo con agua jabonosa. Mientras esperaba allí, la ira se fue apoderando cada vez más de ella. ¿Cómo se atrevía él a pasar todo el día con Deirdre cuando debía estar dejándole muy claro que ellos estaban casados y que hacía frente común con su esposa?

Capítulo 10

DE ACUERDO, vamos a oírlo —dijo Nick, tomándola del brazo —. Pareces muy enfadada, Caroline.

Ella lo miró.

—Y tú también lo estarías si me encontraras haciendo el tonto con otro, ¿no?

—¿Con quién se supone que estoy haciendo el tonto yo? ¿Con Deirdre?

—Me ha dicho que mañana la vas a llevar a una poza natural, ¡desnudos! —

siseó ella en voz baja para que los demás no la oyeran.

—¡Yo no he dicho eso! Le hablé de la poza. Si ella quiere bañarse es cosa suya.

Hace calor durante el día y no ha parado de quejarse.

Nick se interrumpió un momento y añadió a continuación:

—Tal vez lo del baño no sea tan mala idea.

—¿Desnudos?

Nick la miró, divertido.

—¿Qué pasa? ¿Tienes miedo de que yo no pueda resistir sus lujuriosos encantos si la veo sin ropa?

Eso era exactamente de lo que ella tenía miedo, pero no se lo iba a decir.

—Los hombres no necesitan el amor para unirse a las mujeres —dijo por fin—.

Eso me lo dijiste tú mismo.

La diversión se desvaneció en un momento y la miró duramente a los ojos.

—Demonios, tú te estás creyendo que me he acostado con ella, ¿no?

—Te acuestas conmigo y no me amas.

—Yo creía que tú eras una mujer que estaba escarmentada del amor, que no creías en él. ¿Es que lo que quieres ahora es que te declare mi amor?

Ella agitó la cabeza.

—No es eso.

—Yo hice los mismos votos que tú, *señora Silverman*, y los

cumpliré lo mismo que tú. Tú y yo estamos casados, y eso significa que yo no me acostaré con otras,

¿queda claro?

—Pero éste no es un matrimonio normal.

—¡Narices no lo es!

—Pero nosotros...

—Tal vez no nos hayamos casado de una forma convencional, pero puedes estar muy segura de que va a ser un matrimonio normal. Así que, ya puedes dejar de andar pensando tonterías. ¿Comprendido?

Ella asintió, dolida. Estaba claro que él no la amaba. No estaba segura de que nada estuviera solucionado con Deirdre, pero comprendía que él quería terminar con esa discusión.

—Mañana cabalgarás con Jacko —le ordenó él y se volvió a la hoguera.

Y mientras tanto, él iría a bañarse desnudo con Deirdre. Los ojos se le llenaron de lágrimas y se dirigió a donde tenía el saco de dormir, lo tomó bajo el brazo y se fue a dormir cerca de los caballos. Dos de los jinetes ya estaban allí, dormidos, pero el resto estaba cerca de la hoguera.

Durante la noche se despertó una vez y se encontró con el ya familiar peso de uno de los brazos de Nick sobre el cuerpo y eso le dio una cierta confianza.

A la mañana siguiente, cuando se despertó, él ya no estaba a su lado, pero su saco seguía allí.

A pesar de echar de menos a Nick, Caroline disfrutó del día, estuvo todo el rato hablando del ganado con Jacko y el hombre le contó mas cosas todavía de la estancia y del trabajo que se hacía allí.

Ya casi había anochecido cuando llegaron al sitio donde iban a acampar esa noche. Nick y Deirdre no habían llegado todavía y ella deseó entonces haberse quedado en casa. Por lo menos allí, se imaginaría que él estaría trabajando con los hombres, no acostándose con Deirdre.

George se le acercó cuando desmontó.

—Caroline, ha habido un accidente. Deirdre se ha hecho daño en una pierna y hemos tenido que llamar para que Ben la viniera a buscar con la avioneta. Los ha recogido a Nick y a ella y se los ha

llevado a la casa.

—¿Nick ha vuelto con ella? —preguntó Caroline, incrédula.

—Alguien tenía que hacerlo. Es nuestra invitada y no la podíamos mandar de vuelta sola. Phil me lo dijo cuando llegué al campamento.

—¿Cómo ha sucedido?

—No lo sé. Nosotros tenemos las radios pequeñas y Nick llamó a Phil, que estaba empaquetando la radio principal. Él los encontró, llamó pidiendo ayuda y Ben logró encontrar una zona relativamente buena para aterrizar cerca de ellos. Phil se ha traído sus caballos.

Caroline asintió y sintió ganas de vomitar. ¿Y ahora qué? ¿Deirdre y Nick solos durante varios días? ¿Qué significaría eso?

—¿Vamos a volvernos ahora?

—No, continuaremos hasta mañana, al próximo día iremos al este y luego de vuelta.

—¿Se reunirá Nick con nosotros?

—No creo. No le resultó fácil a Ben aterrizar donde lo hizo y no quiere correr más riesgos innecesarios. Yo me las puedo arreglar con esto. He hecho estos viajes hasta hace un par de años, así que, todavía no he olvidado cómo se hace.

Caroline asintió. Lo que le preocupaba no era que George se hiciera cargo. Lo que quería era estar con Nick y que Deirdre estuviera en Sydney. ¿Se habría marchado para cuando estuvieran de vuelta en la casa? No creía que fuera a tener esa suerte.

No pudo hacer nada para que los siguientes cuatro días pasaran más deprisa, así que, se acomodó lo mejor que pudo a la situación y cabalgó con todos los jinetes, aprendiendo de todo lo que le contaban sobre ellos, el ganado y la vida en esa parte del país. Era la mujer del jefe y la trataban con respeto y admiración y, a la vez, les agradaba sinceramente su interés y sus preguntas, así que, le enseñaron todo lo que pudieron.

La tropa que llegó a la casa principal por la tarde del quinto día después de que Nick y Deirdre se fueran, estaba cansada y sucia. Los músculos doloridos del principio del viaje ya no se notaban y Caroline estaba de lo más orgullosa por haber soportado aquello. Pero estaba ansiosa por ver a Nick, casi temía que algo hubiera cambiado por esa separación.

Amanda estaba jugando fuera y oyó los caballos. Corrió a

saludarlos, toda excitada por ver a su bisabuelo y a Caroline. George desmontó y la abrazó, luego se la pasó a Caroline.

—Dale una vuelta por aquí, le encantará.

Y así fue, Amanda se mostró encantada. Caroline la había echado de menos.

¿Dónde estaba Nick? Desmontó después de que George se hiciera cargo de la niña y Jacko se llevó el caballo.

—Usted entre y lávese, yo cuidaré su caballo. Ha sido un placer tenerla con nosotros —dijo y se llevó el caballo al establo.

Caroline sonrió cansadamente y se reunió con George.

—¿Dónde está Nick?

—Maggie me ha dicho que se ha llevado a Deirdre al pueblo. Tenía que verla el médico de nuevo. Se ha roto el tobillo, ¿sabes? Hoy la van a poner una escayola para que pueda andar.

Así que no se había marchado. ¿Es que estaba pensando quedarse a vivir con ellos?

—Bueno, eso nos da la oportunidad de lavarnos. No me había dado cuenta hasta ahora de lo mucho que me gustan las duchas.

—Maggie ya ha empezado a hacer la cena. Yo la ayudaré. Tú descansa un poco.

—Tú también tienes que estar cansado.

—Un poco, pero estoy acostumbrado. No soy un señorito de ciudad. Anda, ve a lavarte.

Caroline subió las escaleras encantada por el nuevo trato que estaba teniendo con el anciano. Mientras se duchaba, pensó si Nick la habría echado de menos como ella lo había hecho con él.

Cuando terminó de ducharse y vestirse, bajó las escaleras. Nick no había vuelto todavía. En el momento en que pasó por delante del teléfono, éste sonó y ella contestó automáticamente. Ni siquiera pensó en el que había en el despacho y desde el que podía haber contestado George.

—¿Diga?

—¿Caroline? Soy Nate Wilson, ¿cómo estás?

¡Nate! Y ella ni siquiera le había explicado lo de su regalo. Se sintió avergonzada.

—Estoy bien, Nate.

—Llamé hace unos días, pero Maggie me dijo que estabais recorriendo la estancia. He visto a Nick en el pueblo hoy y supe que

habíais vuelto. ¿Te gustaron las rosas?

—Oh, Nate. La verdad es que sí. Eran muy bonitas, pero no me las pude quedar. Yo... Bueno, hemos hecho este viaje y acabamos de volver hoy mismo. Y

quiero terminar de decorar la casa antes de empezar con el jardín, así que se las devolví a Mamie Jorden. Pero eran preciosas y te agradezco que hayas pensado en mí.

Al otro lado de la línea se produjo un momento de silencio.

—Me alegro de que te gustaran. No pensé que no las fueras a querer ahora.

Bueno, no hay problema, estoy seguro de que Mamie te las devolverá cuando las quieras plantar. ¿Qué te ha parecido Silver Creek, ahora que ya has visto un poco más de la zona?

—¡Ha sido magnífico! Es difícil de creer lo grande que es. Y he aprendido mucho sobre la forma de llevar un rancho por aquí.

Deirdre abrió entonces la puerta y la miró con una sonrisa en la cara. Caroline fue inmediatamente consciente de que esa mujer le iba a causar problemas si supiera que el que estaba hablando era Nate.

—Sí, cuando éramos chicos, Nick y yo anduvimos por ahí semanas. Estuvo bien, pero el ganado nunca me interesó como a Nick.

—Tengo que colgar, la cena está casi en la mesa —dijo ella, deseando terminar la conversación.

—Claro. Ya nos veremos la próxima vez que vengas al pueblo.

—Muy bien. Adiós.

Caroline colgó y miró a Deirdre.

—¿Cómo está tu tobillo? —le preguntó educadamente.

—Mejor. ¿Quien era? ¿No sería Nate Wilson?

Caroline se debatió entre contestarle o no, pero antes de decidirlo, Nick y George salieron del despacho.

—Hola Caroline, ¿has disfrutado del viaje? —le preguntó Nick acercándose.

Cuando vio a Deirdre se puso serio.

—Me lo he pasado bien —respondió ella pensando que, llevaba varios días sin verla y, lo único que se le ocurría era preguntarle por el viaje.

—No me lo puedo creer —dijo Deirdre, mirando a Caroline—.

Llevas fuera una semana y, nada más volver, llamas a Nate Wilson antes de ver a tu propio marido.

Caroline vio la ira que se reflejaba en la mirada de Nick y dijo:

—Yo no he llamado a Nate. Ha sido él el que ha llamado.

—¿Cómo ha sabido que estabas en casa?

—Os vio hoy a Deirdre y a ti en el pueblo.

—¿Y no ha podido esperar para llamarte?

—Lo ha hecho para interesarse por las rosas. Yo debería haberle mandado una nota o algo así. Hubiera sido de mala educación ignorarlo.

—¡Ya te dije que...!

—Me dijiste que te ocuparías de la situación. ¿Cuándo lo vas a hacer? ¿después de que él haya llamado una docena de veces? No te enfades conmigo porque haya llamado. Si no te gusta, haz algo para cambiarlo.

Luego salió corriendo hacia la cocina y, poco después, oyó la puerta del despacho cerrarse de golpe.

—Ya se está ocupando del asunto —dijo George.

—Tu nieto es capaz de volverla a una...

Estaba tan enfadada que no se le ocurrían las palabras.

George asintió, pensativo.

Durante la cena, Nick no habló nada, Deirdre no paró de sonreír, satisfecha, sin dejar de mirarlos a los dos, y George y Caroline trataron de llevar la conversación.

Cuando Nick terminó, se levantó de la mesa.

—Voy a hablar con Jacko —dijo y se marchó.

—Yo me ocuparé de los platos esta noche, Caroline. Tú vete si quieres con la niña —se ofreció George.

Ella asintió, sorprendida por su oferta, tomó a Amanda y se la llevó al piso de arriba.

Allí estuvieron jugando hasta que llegó la hora de acostar a la niña. Una vez estuvo dormida, salió de la habitación y se preguntó si no sería mejor meterse en su cuarto y leer algo antes de acostarse.

Pero no, Deirdre no la iba a obligar a batirse en retirada de esa forma, así que bajó a la marquesina. Seguramente estarían allí y, tal vez así descubriera cuánto tiempo pensaba quedarse esa mujer.

—¡Oh, Nick!

La exclamación de Deirdre le llegó desde la marquesina, así que

estaban allí.

Respiró profundamente y abrió la puerta. Cuando lo hizo, se quedó helada.

Deirdre estaba sentada en el regazo de Nick, con los brazos rodeándole el cuello y él tenía las manos apoyadas contra su cuerpo. Caroline los miró por un largo instante, incapaz de creer lo que veían sus ojos.

—Caroline —gritó Nick al tiempo que hacía ponerse en pie a Deirdre y se soltaba.

Caroline se volvió entonces, dispuesta a entrar de nuevo en la casa.

—¡Caroline, espera! —dijo él, agarrando a Deirdre por un brazo y arrastrándola con él hasta que alcanzó a Carolirie.

Agarrándola con la mano libre, sujetó así a las dos mujeres.

—Díselo, Deirdre, y rápido —ordenó Nick, sin dejar de mirar a Caroline.

—¿Qué, querido? —dijo Deirdre sin dejar de sonreír.

Nick la miró y la sacudió un poco.

—¡Bruja! ¡Dile lo que ha pasado o ya puedes estar segura de que te vas a volver andando a Sydney y empezando ahora mismo!

Deirdre se encogió de hombros.

—Perdí el equilibrio. La escayola es nueva y todavía no estoy acostumbrada a ella —dijo insolentemente mientras trataba de soltarse.

—Ya veo —afirmó Caroline sin querer mirar a ninguno de los dos.

—Maldita sea, Caroline ¡No te imagines cosas que no existen!

Como el amor, que no existía entre ellos. Como la lealtad y demás. Como la devoción por el hombre al que amaba. No, no se imaginaría cosas que no existían, sin importar lo mucho que las deseara.

—No lo haré. Sólo venía a decirte que me voy a acostar. Estoy muy cansada y me muero de ganas de dormir en una cama de verdad.

Esas palabras sonaron falsas incluso a sus propios oídos, pero se soltó y se dirigió hacia las escaleras. ¿Cuándo aprendería?

Una vez en su habitación, Caroline deseó que Nick la siguiera. Incluso su ira le podría indicar que sentía algo por ella. Pero él no

la siguió y supo que había dado por zanjado el asunto. Suspiró levemente y se preparó para acostarse.

Por la noche se despertó y Nick estaba a su lado, con un brazo sobre su cuerpo, como ya era habitual. Caroline cerró los ojos y se apretó todo lo que pudo contra su cuerpo. Le gustaba el peso de ese brazo sobre ella, el calor que emanaba de su cuerpo. Quería hacer que ese matrimonio funcionara. ¿Qué podría hacer para asegurarse de que Deirdre no iba a terminar con él?

A la mañana siguiente, cuando se despertó, Nick ya se había marchado.

Caroline se vistió y se apresuró a bajar a preparar el desayuno.

—Parece que hoy va a llover —dijo Nick cuando entró en la cocina.

Luego se acercó a ella, la hizo girar el rostro y la besó cariñosamente.

Se sentaron a la mesa y George empezó a comer sin hacer ningún comentario acerca del beso de Nick, y Caroline se lo agradeció.

—Ya era hora de que lloviera —dijo George al cabo de un momento—. Siempre me alegro con las primeras tormentas. Luego me canso de ellas. Pero hace ya meses que no llueve por aquí.

—¿Va a hacer que florezcan los campos? —preguntó ella.

—No sé cuánta agua va a traer ésta. Las nubes están creciendo y eso puede ser malo. Pero, normalmente, no se ven muchas flores después de sólo una tormenta.

Voy a salir esta mañana, pero volveré pronto. No quiero empaparme tan pronto. Ya habrá días de sobra para hacerlo más adelante —dijo Nick.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Caroline.

—Hoy no. Quédate con Amanda. Te echa de menos cuando no estás.

¿Y él? ¿La echaba de manos?

—Llévale algo de desayunar a Deirdre, ¿quieres? Le resulta difícil moverse con esa escayola y, si desayuna en la cama, puede tomarse su tiempo en vestirse.

Caroline asintió sin dejar de mirar a su plato. Lo último que quería era hacer de enfermera de esa mujer. Pero tenía que ser hospitalaria. Al fin y al cabo, era su huésped.

Cuando Caroline le llevó la bandeja con el desayuno, ella ya estaba despierta, pero no se había levantado. Pareció disgustada cuando fue Caroline la que apareció.

—Gracias, Caroline. Normalmente es Nick el que me ha traído el desayuno, pero supongo que te lo ha dejado a ti ahora que ya estás de vuelta.

—Supongo. ¿Quieres algo más?

—Siento lo de anoche. Nick me dijo que había estado muy mal que te gastara esa broma. De verdad, tropecé y me caí en su regazo. Tuve suerte de que me sujetara

—dijo Deirdre, observando la reacción de Caroline.

Ella se encogió de hombros.

—Voy a buscar a Amanda, si quieres algo, llámame.

—¿Está Nick por aquí?

—Ha salido.

—Supongo que, después de todos estos días de estar en la casa conmigo, ha tenido que salir a ver cómo van las cosas —murmuró Deirdre y empezó a tomarse el café.

Caroline no quiso responder a la provocación, sonrió y se dirigió a la habitación de Amanda. Cuando hubo lavado y vestido a la niña, volvió a la habitación de Deirdre para recoger la bandeja.

Poco después, sonó el teléfono. Sabía que George no estaba en el despacho, así que contestó ella.

—¿Caroline Silverman?

—Sí.

—Soy James Doolittle, de la oficina de correos de Boolong Creek. Tenemos aquí unas cajas grandes para usted. Acaban de llegar esta mañana.

Caroline sonrió. Aquella era una oportunidad perfecta para salir de la casa un rato.

—¡Muy bien! Iré hoy mismo a recogerlas.

—Se trata de algo más que de correo ordinario —le advirtió el hombre.

—Lo sé, son el resto de mis cosas que han llegado ya de Estados Unidos. Estaré allí pronto.

Caroline colgó y sonrió. Tenía una excusa perfecta para salir de allí y escaparse de Deirdre por unas horas. Y estaba ansiosa por recoger sus cosas. Tal vez con alguna de ellas por allí se sentiría

más parte de la familia.

—Por la cara de alegría que tienes, es seguro que se trata de una llamada de Nate Wilson, ¿no? —dijo Deirdre cuando se le acercó desde el salón.

Tenía una revista en las manos y una cara de curiosidad evidente.

—No seas tonta —le respondió Caroline impacientemente—. No lo era, pero he de ir al pueblo un rato. ¿Podría cuidar tú a Amanda?

—Claro, soy su tía, ¿no?

Carolina la miró sin querer meterse en esa discusión.

—Le daré su almuerzo y haré que duerma la siesta. ¿Podrás ocuparte de ella si se despierta antes de que vuelva?

Caroline ya se estaba preguntando cuánto tiempo tardaría en ir al pueblo, cargar las cajas y volver. Suponía que, en unas tres horas estaría de vuelta.

—Claro, voy un poco lenta con esta cosa, pero no estoy completamente inmóvil.

¿Qué tengo que decirle a Nicky?

Caroline frunció el ceño.

—Ya me las arreglaré yo con él, no es necesario que te molestes.

Capítulo 11

CAROLINE sólo se acordó de lo que Nick había dicho de que iba a llover cuando estaba de camino hacia el pueblo. Por el aspecto que tenían las nubes que venían por el norte, iba a ser una buena tormenta, pero el sol brillaba todavía, así que, tal vez no lloviera en las próximas horas.

Pero, cuando llegó a las afueras del pueblo, ya empezó a ver cómo podía ser la tormenta. Llovía torrencialmente, de tal forma que los limpiaparabrisas no servían para nada y la tierra era incapaz de absorber al agua suficientemente deprisa.

El arroyo, normalmente casi seco, que pasaba bajo el puente cerca del pueblo, iba casi desbordado de agua fangosa.

Esperó que la oficina de correos tuviera una entrada cubierta para que no se le mojaran las cajas cuando las cargara en la furgoneta.

Poco después, mientras ya las estaba cargando, se dio cuenta de que no había forma de mantenerlas secas. Al cabo de pocos minutos ella misma estaba empapada.

Le dio las gracias al encargado de correos, se metió en el coche y puso la calefacción al máximo. Luego arrancó y se dirigió de vuelta a su casa.

Casi parecía de noche a pesar de que estaban a mediodía. Mantuvo el coche en la carretera con bastante esfuerzo a causa del viento y se fue acercando lentamente al puente.

Pero el arroyo se había transformado en un auténtico río de aguas bravas que sobrepasaba por completo el pequeño puente. Caroline detuvo el coche en el mismo borde del agua. Iba a tener que vadear para llegar a la otra orilla y no sabía la profundidad que había ni dónde terminaban de verdad los extremos del puente.

Justo entonces vio unas luces por el retrovisor, se volvió y vio el coche de policía de Nate Wilson que se detenía detrás de ella. Segundos más tarde, él estaba al lado de la ventanilla vestido con un impermeable amarillo.

Caroline bajó la ventanilla.

—Caroline ¿qué estás haciendo aquí? —dijo él, sorprendido, tratando de que no entrara agua en el interior.

—Trataba de volver a casa, pero tengo miedo de cruzar el río.

—He venido para echarle un vistazo. Tiene tendencia a desbordarse. No te recomiendo que lo intentes. Es mejor que esperes a que termine la tormenta, luego el nivel del agua bajará rápidamente. No tardará más allá de un par de horas.

—¡Un par de horas!

—Vuelve al pueblo. Cuando baje, podrás volver a casa. Llámalos si crees que se van a preocupar.

Ella asintió de mala gana. El consejo era bueno. Se tomaría algo y esperaría a que pasara la tormenta.

Minutos más tarde, estaba sentada en el pub tomándose un té. Se había secado lo mejor que había podido y estaba sentada todo lo cerca que podía de un pequeño calentador. El té le estaba sentando tan bien como la tarta de frambuesa que acababa de tomarse. Afuera todavía llovía con ganas.

Nate Wilson entró, miró a su alrededor y se sentó con ella después de quitarse el chubasquero y dejarlo en el respaldo de una silla.

—¿Has llamado a tu casa? —le preguntó.

—Todavía no. Esperaba que esto terminara.

—No lo hará. Hay una cabina justo aquí fuera. Toma mi chubasquero.

Ella se lo puso, le quedaba grande, pero así por lo menos no se mojaría más.

Cuando salió fuera se sorprendió al ver el frío que hacía. La línea telefónica estaba llena de ruidos.

—¿Diga? —contestó George.

—¿Abuelo? Soy Caroline.

—¿Dónde demonios estás, chica? ¡Están cayendo chuzos de punta!

—Ya lo sé. Estoy en Boolong Creek, en el pub. Nate ha cerrado el puente.

La estática era de lo más desagradable y casi no se oía nada.

—No te puedo oír, Caroline. Habla más alto.

Ella lo hizo y continuó.

—No voy a volver a casa...

Entonces se produjo un ruido más grande y lo volvió a intentar.

—No voy a volver a casa hasta que no pare la lluvia. Pero estoy

bien.

Luego no oyó nada más que ruidos al otro lado de la línea.

—¿Abuelo?

Nada.

Caroline colgó lentamente y esperó que hubiera oído que estaba bien.

—Gracias, Nate —dijo cuando estuvo dentro del pub de nuevo y se quitó el impermeable.

—¿Lo has arreglado?

—Eso creo. Había mucha estática y luego se cortó la línea, pero le dije a George que estoy aquí.

Nate había pedido un café y ella se sintió incómoda al recordar que Nick le había dicho que se mantuviera apartada de él. ¿Qué le habría dicho Nick por teléfono el otro día?

—Te invitaría a mi casa hasta que pasara la tormenta, pero Nick me arrancaría la cabeza. Es bastante posesivo —dijo Nate—. ¿Es qué me he pasado en algo contigo, Caroline? No he querido hacerlo.

Ella agitó la cabeza.

—No. Sé que a Nick le molestó lo de las rosas, pero...

—Pero es posesivo. Sí, ya lo sé. Lo dejó muy claro cuando me llamó advirtiéndome que me mantuviera alejado de ti.

Entonces terminó el café y se levantó.

—El deber me llama —dijo—. Te haré saber cuando haya bajado el agua.

Ella le sonrió y le dio las gracias.

Iba ya por la tercera taza de té y estaba terminado un crucigrama cuando Nate volvió, le dijo algo a una de las camareras y se acercó a donde estaba Caroline.

—Ya veo que sigue lloviendo —dijo ella, sonriendo al ver el agua que caía del chubasquero.

—Sí, pero está amainando. Le he echado un vistazo al puente y sigue cubierto, pero cuando termine de llover, bajará el nivel lo suficiente como para que puedas pasar dentro de una hora, como mucho. Iré contigo por si tienes problemas.

—Te lo agradezco.

Nate pidió una taza de café y se sentó a la mesa con ella.

—¿Ha habido algún accidente? —le preguntó ella.

—Ninguno. La gente se quedó en su casa cuando vio lo que

venía.

—Como debería haber hecho yo.

Nate asintió.

—Pero no sabías lo mal que se podía poner.

—No. En realidad, no empezó a llover hasta que casi estaba en el pueblo.

Luego, se puso tan mal que casi no podía ver.

—No es el tiempo habitual por aquí, pero tampoco es raro.

En ese momento se abrió la puerta del pub con violencia y Nick entró. Iba empapado y lleno de barro. Se detuvo sólo un momento hasta que vio a Caroline y, luego se acercó decididamente a la mesa. Las conversaciones se pararon y los pocos clientes que había lo miraron.

En la mano llevaba un gran ramo de rosas rojas, empapadas también. Entornó los párpados cuando vio que Nate se volvía y lo miraba. Luego. Nick miró a Caroline. Sin desviar la mirada, se acercó a la mesa y tiró las flores sobre ella. Parecía de lo más amenazador.

Caroline lo miró y se dio cuenta de que estaba lleno de furia.

Nick se dirigió entonces a Nate.

—¿Qué estás haciendo tú con mi mujer?

Caroline no había visto tanta ira en su vida. Estaba como fascinada por la escena que se desarrollaba delante suya. Debería explicarse, pero no sabía la razón del enfado de Nick. ¿Sólo porque Nate estaba con ella? Bueno, eso era un sitio público.

De todas maneras, antes de que ella pudiera decir nada, Nate habló.

—Sólo estábamos hablando de cuándo se podrá cruzar el puente. ¿Has pasado tú por él?

—¿Y es necesario que te tomes un café para contarle el estado del puente?

Podrías haberlo hecho en menos de tres segundos.

Caroline miró las rosas y se preguntó si él sabía que las rosas rojas significaban amor.

Por otra parte, en Silver Creek no había rosas, así que tenía que haberlas conseguido de Mamie Jorden.

Entonces levantó la cabeza y lo miró a él. Parecía como si fuera a golpear a Nate.

—Nick —dijo suavemente.

Él la miró.

—Ya hablaré contigo cuando haya terminado con él.

Caroline se levantó, tomó el ramo de rosas y su chaqueta y se colocó entre los dos hombres. El ambiente estaba lleno de tensión, pero no iba a permitir que esos antiguos amigos se pelearan por ella.

Le puso la mano en el pecho a Nick y él la miró a los ojos.

—Gracias por venir a por mí. Pensé que me iba a quedar horas aquí.

—¿Y no te podrías marchar? Siento que la lluvia arruinara tus planes. Nate, vas a ver que yo no cedo a mi esposa tan fácilmente como hizo Alex.

—¿De qué demonios estás hablando? —le preguntó Nate, extrañado.

—El abuelo me dijo que Caroline había llamado para decir que no iba a volver.

Pero lo va a hacer. Aunque tenga que seguiros hasta Darwin, Sydney o hasta Texas.

¡Es mi esposa y yo conservo lo que es mío!

Nick le agarró fuertemente la mano a Caroline hasta que le hizo daño, pero a ella no le importó. El corazón le latía fuertemente por esas palabras. No diría que la seguiría hasta Texas si no le importara algo, ¿verdad?

—La línea se cortó —dijo ella.

—¿Qué?

—Que la línea se cortó cuando estaba hablando con el abuelo. Le estaba diciendo que no volvería a casa hasta que no parara la lluvia.

—¿Y qué estás haciendo tú en el pueblo?

—Vine por el resto de mis cosas. Llegaron esta mañana de Texas y he venido a recogerlas. No sabía que la tormenta fuera a ser tan fuerte. En Texas raramente lo son tanto.

—¿No te estabas escapando con Nate?

Caroline oyó la explícita palabrota de Nate a sus espaldas, pero no apartó la mirada del rostro del hombre al que amaba.

—¿Por qué lo iba a hacer? Mi familia está en Silver Creek Station.

—Sólo para que conste, Nick, yo no me dedico a escaparme con las esposas de los demás —dijo Nate secamente.

Nick lo miró a los ojos y, por un momento, nadie dijo nada.

—¿Y Tessa? —preguntó Nick por fin.

—¿Qué pasa con ella? —dijo Nate, sorprendido—. ¿Te crees que me escapé con ella? ¡Cielo Santo! Ese día yo tenía que ir a Darwin y me pidió que la llevara. Hasta luego no supe que se marchaba de Silver Creek Station. ¿Así que has pensado todo este tiempo que me había escapado con ella?

Nick asintió.

Nate sacudió su impermeable y se lo puso. Luego se colocó el sombrero y miró primero a Caroline y luego a Nick.

—Después de veinticinco años de conocernos y me vienes con que me crees capaz de hacer eso. ¡Hay que ver!

Luego se dio la vuelta y salió del pub.

Caroline tenía los dedos dormidos y trató de soltarse. Él miró a su alrededor y la gente empezó de nuevo con sus conversaciones hasta que nadie les hizo caso.

—Nick, ¿podemos irnos ya?

Él asintió y notó su intento de liberar la mano. La soltó lentamente y ambos salieron al exterior. Todavía llovía, pero no tan fuertemente.

—La furgoneta está allí —dijo ella y Nick asintió.

—Vas a venir conmigo. Ya mandaré a alguien más tarde para que la recoja.

Momentos más tarde, estaban metidos en el furgón de las herramientas, con la calefacción a tope. Nick pasó lentamente por el puente, todavía cubierto de agua, y luego se dirigieron rápidamente a Silver Creek Station.

—No me puedo creer que estuvieras con Nate —gruñó.

—Una taza de café no se puede ni comparar con cinco días solos y juntos, Nicky, querido.

Luego permanecieron en silencio un momento y ella añadió:

—¿De verdad que habrías ido a Texas por mí?

—Eso dije, ¿no?

—Y, ¿por qué piensas que yo me podría marchar?

—Deirdre me dijo que te habías ido con Nate porque habías recibido una llamada esta mañana.

Caroline se sintió culpable por un momento. No había negado las suposiciones de Deirdre cuando había aparecido. Pero aún así, la razón era suya.

—¿Es que no sabes lo que le gusta causar problemas?

—Claro que sí, es su forma de ser. Lo sé desde siempre. El truco está en no dejar que eso te afecte.

—Eso es más fácil de decir que de hacer.

—Si ella sabe lo que te puede hacer, seguirá insistiendo. Cuando se da cuenta de que no puede hacer nada, acaba por aburrirse y abandona. ¿Qué ha estado haciendo que te moleste?

Caroline lo miró y se preguntó si se atrevería a decírselo. Trató de encontrar algo que le diera una pista de que ella sentía algo diferente ahora acerca de su matrimonio. Que podía ser algo más que un trato comercial.

—Deirdre sabe que el nuestro no es un matrimonio de verdad y no deja de hacer comentarios al respecto. Supongo que eso hizo fallar mi confianza en que lo pudiéramos lograr.

—Ya hemos hablado antes de esto, Caroline. El nuestro es un matrimonio verdadero. Es cierto que las circunstancias que nos condujeron a él no fueron normales, pero no te equivoques, esto es un matrimonio. Tú has puesto toda la carne en el asador y yo también. Juntos estamos construyendo una vida, vamos a criar a Amanda. ¿Qué tiene eso de irreal?

Ella se quedó en silencio por un largo rato, sin saber cómo explicarle que lo amaba casi desesperadamente.

—¿Y bien? —dijo Nick.

—Bueno, supongo que pensé que debía haber algo más. Algo que lo hiciera parecer real.

—¿Como qué?

—Como que hablemos, que compartamos ideas y sueños. Cosas como ésas…

—Yo no soy muy hablador, Caroline —dijo Nick pesadamente—. Y tampoco soy muy dado al matrimonio, aparte de lo que ya tenemos. El único matrimonio que he conocido ha sido el de Tessa y Alex y se pasaban el tiempo peleándose. Ella era infeliz en la estancia y él no podía vivir en la ciudad. Yo pensé que nosotros nos llevaríamos mejor porque tú eres de campo y estás acostumbrada al ganado, no te gustan los vestidos de última moda y vivir en la

ciudad.

—Encajamos —dijo ella—. Pero tú estuviste tan distante conmigo durante la excursión...

—¿Distante? Estaba trabajando. No se trataba de una excursión de placer, Caroline, era cosa de trabajo. Además, he utilizado esa excursión para ayudarte. Te hice formar pareja con el abuelo con la esperanza de que os conocierais mejor. Me sorprendió cuando él se puso de tu lado en la cena, aunque siempre había esperado que terminaría aceptándote.

—Y también me emparejaste con Jacko. ¿Por qué tuve que ir con él?

Nick sonrió.

—Querías ir conmigo, ¿eh?

Cuando ella asintió. a él le brillaron los ojos.

—Lo hice porque Jacko te podía enseñar todo lo que sabe de la estancia y así podrías llegar a conocerla mejor. Y también eso hizo que él te conociera mejor a ti. El abuelo me ha dicho que fuiste con todos los demás. Ahora los conoces y eso fortalecerá tu sentimiento de pertenencia.

Ella se quedó en silencio. Era verdad. Ahora se sentía más parte de la estancia por esa excursión. Y había sido Nick el que lo había planeado así. Viéndolo bajo esa luz empezó a llenarla un calor interior.

—Hemos empezado a formar lazos que durarán toda la vida. Estamos casados.

Estamos adoptando a Amanda. Nos lo pasamos muy bien en la cama... ¿Qué más puedes querer, querida?

Ella le puso una mano en el muslo y pudo sentir su tensión, preguntándose qué sería lo que la producía. ¿Seguiría enfadado?

—¿Tal vez amor?

—Si lo que quieres es amor, yo tengo todo un corazón lleno para ti —dijo él sencillamente.

Capítulo 12

CAROLINE lo miró y se dio cuenta de la tensión de sus rasgos. Era como si se estuviera preparando para un golpe, como si tuviera miedo. ¿De qué? No se podía imaginar que ese ganadero fuerte y arrogante pudiera tener miedo de nada en el mundo.

A no ser que fuera miedo a la reacción que ella pudiera tener a sus palabras.

¿Sería vulnerable a su reacción a esa oferta de amor?

¡Entonces era que la amaba!

—¡Oh, Nick! —exclamó entonces arrojándose contra él.

La furgoneta se agitó y aminoró la marcha hasta detenerse a un lado de la pista.

Nick dejó las luces puestas y la abrazó fuertemente.

Sus labios eran cálidos y exigentes cuando se juntaron con los de ella. Se olvidó de todo menos de Nick, al que se apretó con todas sus fuerzas.

¡La amaba!

En semejante frenesí, le dio un codazo al cláxon, que sonó, sorprendiéndola.

—Querida, no es necesario que anuncies a todo el mundo lo que estamos haciendo —bromeó él, mientras le recorría el cuerpo con las manos.

—No hay tráfico —susurró ella—. Oh, Nick, te amo tanto. ¡No me puedo creer que me ames! Siempre te he deseado mucho, pero tú no me parecía que sintieras nada distinto al primer día.

—Probablemente porque me enamoré de ti entonces. Me dejaste atontado cuando te vi bajar del avión —dijo él, sin dejar de besarla y acariciarla.

—Creo que yo también me enamoré entonces —respondió ella entre besos—.

Pero, cuando lo supe realmente, fue cuando llegó Deirdre. Me puse celosa. Pero tenía miedo de que yo fuera a ser como mi madre. Yo creía que había amado a Stuart, pero lo que siento por ti es mucho más fuerte, diferente, duradero. Ni siquiera Nate me gusta. Ninguno de los hombres de la finca tiene un encanto especial, para mí. ¡Nunca podría amar a otro hombre como te amo a ti!

—Me alegro de oír eso, querida. Yo, al principio, tampoco estaba seguro de mis propios sentimientos. Cada vez que parecíamos acercarnos, tú te apartabas. Tenía miedo de presionarte.

—Porque yo pensaba que no creías en el amor. Eso lo has dicho muchas veces.

¿Por qué no me lo dijiste?

—No sé cuándo me di cuenta. Pero pensar en que estuvieras con Nate me ponía tan celoso como Deirdre a ti. Tenía miedo de que te marcharas con él. Y no te dije nada porque estaba esperando a que algo me indicara que estabas interesada en mí.

¿Tienes frío? —le preguntó él, abrazándola más fuertemente.

Caroline agitó la cabeza.

—Eso nunca cuando estoy contigo.

Entonces, fue ella la que lo besó. Le parecía como si el corazón le fuera a explotar de felicidad.

—Me gusta sentirte, querida —dijo él al tiempo que le acariciaba un seno por encima de la camisa—. Desde el primer momento, mi cuerpo se sintió atraído por el tuyo. No te parecías en nada a lo que me esperaba por las descripciones de Tía Edith y te deseé desde el principio.

—Yo también. Y pensé que sólo me pasaba a mí. Lo escondiste muy bien.

—Mira quién habla. La primera noche pensé que venías a mi habitación para hacer el amor y lo que querías eran las llaves del coche. me costó mucho dormirme esa noche.

—A este paso no vamos a llegar nunca a casa. Tenías razón cuando dijiste que haríamos el amor cuando tú lo dijeras, pero nunca pensé que fuera en una furgoneta.

El se rió y arrancó el motor.

—Una cosa de éstas tiene muchas utilidades, pero como cama deja mucho que desear.

Una vez estuvieron de nuevo en marcha él la tomó de la mano y se la apoyó en el muslo.

—Acerca de Deirdre… —empezó de nuevo Caroline.

—Mañana mismo la mandaremos a su casa. No sé cuándo volverá, pero vendrá de vez en cuando, Caroline. Es la tía de Amanda y quiero que la niña conozca a toda su familia.

—Lo sé.

Así que estaba atada para siempre a Deirdre, pero Amanda se lo merecía. Y

también sabía que podía enfrentarse a Deirdre con mucha más confianza ahora que tenía el amor de Nick.

—Cuando Amanda sea mayor, podrá visitar a sus abuelos y tía en Sydney.

—Deirdre me dijo algo así.

—Sólo cuando hayamos terminado con la adopción y ya no tengamos que preocuparnos por la custodia. Ella siempre será nuestra pequeña.

—Otra de la que enamoré a primera vista.

Caroline se agachó luego para recoger las flores, que habían caído al suelo antes y le agradó ver que no se habían estropeado.

—Es increíble que me hayas traído rosas. Debes haberlas cortado en mitad del aguacero.

—Mmmm.

—¿Porqué?

Caroline no se lo podía imaginar cortando las rosas con la que estaba cayendo entonces. No encajaba con la imagen del rudo australiano con que se había casado.

Con el que no creía en el romance. Pero tenía la prueba en el regazo.

Nick se quedó en silencio por un rato y luego, se encogió de hombros.

—Deberías saberlo. Me puse furioso cuando volví a casa y Deirdre me dijo que te habías marchado a ver a Nate. Ya sabes lo que pensaba de él. Luego, antes de que hubiera podido salir de la casa, el abuelo me dijo que habías llamado y le habías dicho que no ibas a volver. También le había parecido oír algo acerca de Nate.

—No oyó lo que dije en realidad porque la línea estaba muy mal. Le dije que Nate había cerrado el puente.

—Cierto. Pero yo no lo sabía entonces. Me puse como loco.

Ella se estremeció, ya que sabía cómo se ponía cuando se enfadaba.

—Pero el abuelo me detuvo antes de que me marchara. Me dijo que a las chicas os gusta el romance; que lo necesitáis. Incluso un semi desconocido como Nate te había traído flores.

—¿Y fue por eso por lo que te paraste a cortarlas?

—De camino al pueblo, pensé en lo que me había dicho y, cuando se me pasó algo del enfado, pensé que tú no estabas teniendo nada de romance. Nada más llegar te habíamos metido en la casa y sus labores. Incluso dijiste que no teníamos nada de intimidad. Tessa se quejaba de eso mismo. Recordé lo contenta que te habías puesto nada más ver los rosales que te envió Nate. Así que, pensé que me resultaría más fácil arrastrarte de vuelta a casa si te llevaba unas rosas.

—¿Así que me ibas a arrastrar de vuelta?

—Eso es. ¡Eres mi esposa!

—¿Sabías que las rosas rojas significan amor? —le preguntó ella, curiosa.

—Claro. Rosas para mi amor. Y será mejor que las mías sean las únicas que tengas en el futuro. Te compraré una docena de rosales y así, si quieres, podrás tener rosas todos los días de tu vida.

—Lo que quiero conmigo todos los días de mi vida es a ti.

—Y eso lo tendrás, mi amor. Lo tendrás.

—Podías haberlo dicho antes.

—Pero tú eras la que no creías en el amor.

—Tú tampoco.

—No creía nada en él, pero es que, en mi caso, no lo había visto nunca antes. No sabía cómo se siente uno. Pero, cuando pensé en ti con Nate, deseé matarlo y a ti encerrarte en algún sitio donde ningún hombre te pudiera volver a ver.

—¡Qué primitivo!

—Así es como me siento contigo.

—Y yo que creía que sólo te querías unir conmigo por una especie de instinto animal de conservación de la especie —bromeó ella.

Nick se rió y le apretó la mano.

—Si pensabas eso, es que realmente eras muy inocente, querida. Nunca he podido mantener las manos apartadas de ti. Nunca antes he sentido esto por ninguna otra mujer, ni siquiera por Gina. Quise acostarme contigo en nuestra noche de bodas y creo que me comporté de una forma digna de admiración, ya que logré contenerme hasta mi cumpleaños.

—Al principio, pensé que eras demasiado hombre para mí —admitió ella tímidamente.

—¿Y ahora?

—Ahora sé que encajamos perfectamente. Seré una buena esposa, Nick.

—Lo sé, ya lo eres. Ahora, ¿crees que algún día podrás considerar éste un matrimonio normal? Quiero empezar una familia contigo, Caroline. ¿Serás la madre de mis hijos?

Ella sonrió y asintió.

—Por supuesto.

Qué padre más maravilloso sería él. Ya era un marido fantástico. Su amor se iba a desarrollar mucho más ahora que ambos sabían lo que había entre ellos.

Por un momento, Caroline pensó en su madre y en Tessa, incluso en la madre de Nick. Ella no repetiría sus errores. Se agarraría a su amor y a su marido para siempre.

—Me gustaría tener rosas en la marquesina —dijo ella, mientras acariciaba las espinosas flores que tenía en el regazo.

—Te compraré una decena de rosales y, cada vez que los mires, cada vez que tomes un ramo para la casa, sabrás lo mucho que te amo.

Ella le sonrió profundamente satisfecha mientras seguían camino en la lluviosa tarde. Tenía que llamar a su abuela. ¿Quién se habría imaginado que la herencia de Edith le iba a traer tanto amor y felicidad? Se lo agradeció en silencio a la anciana que había hecho posible aquello y se apretó contra su marido mientras veía llover a través del parabrisas.

Era un día glorioso.

Epílogo

Querida abuela:

Por fin te envío las fotos que te prometí. La primera es una de Nick, ¿no es guapísimo?

Soy tan feliz. No creía en el amor después de lo de Stuart, pero Nick me demostró que estaba equivocada. ¡Hasta ahora no tenía ni idea de lo perfecta que puede ser la vida! Lo amo tanto que casi me duele, y él me ama a mí lo mismo. Sé que seré feliz aquí durante el resto de mi vida. Habíamos hablado de hacernos una casa propia, pero hemos decidido quedarnos con el abuelo, aunque Nick le ha prohibido acercarse a la cocina después de cenar. Lo siento, esto es una broma privada.

La siguiente foto es de nuestra hija, Amanda. ¿No es preciosa? La adopción está yendo muy bien y será realmente nuestra dentro de sólo unas pocas semanas más. Ya está hablando y lo hace sin parar, pero yo no cambiaría nada en ella. Sólo espero que nuestro hijo sea igual que ella.

Sí, habrá otra generación para que tú la mimes dentro de poco. Por favor, mejora aprisa para estar aquí entonces. Será en primavera, una época muy bonita para conocer esta parte del mundo. Nick dice quiere un niño; va le he dicho que no le puedo prometer nada, pero a él no le importa.

La siguiente foto es del caballo que me ha regalado Nick, con la casa en segundo plano.

La última es del abuelo. Creo que ya se está empezando a creer que voy en serio en lo de quedarme aquí. Está contento con la felicidad de Nick y ha tardado bastante en aceptarme.

¿Quién sabe? Tal vez dentro de unos años yo tenga ya acento australiano y deje de llamarme esa yanky con la que se ha casado Nick.

Sigo echándote de menos, abuela. Pero aparte de la distancia que nos separa, yo no cambiaría nada en mi vida. Ahora que sé que Nick me ama, puedo afrontarlo todo, hasta a Deirdre. Bueno, ésa es otra broma de la familia.

Me alegro mucho de que todo te esté yendo bien y espero que sigas recuperándote tan rápidamente. Me muero de ganas de que veas todo esto y conozcas a Nick. Te encantará, si no por otra razón, porque yo lo amo.

Con todo mi amor, Caroline.

Fin